

Dedúcese de todo lo dicho que el comercio español se enriqueció en aquel mercado cuando su economía en enviar mercancías era tal que podía poner la ley al comprador; que el cambio de sistema político ha hecho disminuir considerablemente la riqueza de aquel país, y que en el día tendríamos que luchar en él con rivales muy poderosos. Puede sin embargo asegurarse que, no bien desatados todavía de los antiguos lazos que les han unido tantos años á España, concederian con gusto los peruanos á su antigua metrópoli, si otras ventajas no, al menos la de dispensar preferencia á su comercio, y mirar como á hermanos á los que fuesen á ejercer tan honrosa profesion á tan lejano cuanto hermoso país. Tampoco se puede poner en duda que los peruanos prefieren nuestros géneros á los extráñjeros, y que desean vivamente estrechar con la Península lazos de fraternidad.

El actual ministro de relaciones exteriores de la república peruana, con cuya íntima amistad se honra el autor de este artículo, estuvo hace poco nombrado para venir á España como encargado de entablar negociaciones con el gobierno de S. M. Ignorando cuales fuesen sus poderes, se puede asegurar que, hijo de españoles y amante de una nacion en que recibió su educacion, aquel digno funcionario hubiese proporcionado á España todas las ventajas posibles. Con mucha mas razon y medios de lograrlo lo haria ahora. Parece, pues, que el gobierno de S. M. no debe desatender tan dichosa circunstancia.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

**MAXIMILIANO ROBESPIERRE.**

---

Pocos nombres entre cuantos recuerda la historia han sido tan citados como el de Maximiliano Robespierre: pocas famas han corrido tan varia fortuna. Al nombrarle, ó solo al pensar en tan terrible sugeto, se nos presenta su imagen á la fantasía como alzada en medio de un lago de sangre, y este espantoso accesorio nos distrae y turba la vista, no permitiéndonos clavarla en el objeto principal para examinarle con atencion la fisionomía, y formarnos de él una idea cabal y exacta. Aunque vivió Maximiliano en la época mas importante de la historia del mundo representando en ella por breve pero memorable plazo el principal papel; aunque habló, y escribió, y hizo mucho, y constan todos sus discursos, sus escritos, y sus acciones; aunque de los grandes sucesos en que tuvo parte hay escritas muchas historias, de ellas no pocas singulares en mérito; aunque de su tiempo corren impresas memorias particulares, especie de trabajo histórico para dar á conocer los hombres mejor aun que la historia misma; y aunque viven todavía no pocos que conocieron su persona, y fueron testigos de sus hechos, y que á semejante hombre y semejantes cosas hubieron de considerar con viva y escrupulosa atencion y no pueden fácilmente olvidar; todavía es materia de controversia muy reñida si el célebre vocal de la convencion y de la comision de salvacion pública de Francia, en quien vino á mirarse como representada y cifrada gran parte de la revolucion francesa, fue hombre de grande ó de corto talento; si mero hipócrita, ó mero fanático; si el mas ó el menos cruel entre sus compañeros; si aspiró al mando absoluto ó solo á seguir ejerciendo un influjo equivalente al supremo poder; por fin hasta si fue un disfrazado parcial de los Borbo-

nes, ó un republicano sincero, estremado en su amor á la democracia.

Resolver estas dudas, siendo cosa que no han logrado tantos habiéndolo intentado, no es posible que el autor de este ligero trabajo lo consiga. Pero no estará de mas dedicar un rato á la consideracion de un caracter como el de Robespierre, empresa provechosa especialmente en España, donde poco se sabe de él sino por ideas vagas y confusas en que los afectos de odio y de amor, no á la persona del difunto diputado francés, sino á otros hombres mirados como de su escuela, influyen en los juicios, é influyen de mala manera por influir sin suficientes datos ni meditacion detenida.

Hay en Francia misma quien afirma que Robespierre no ha sido juzgado hasta ahora. A este aserto respondió una vez un escritor del *Diario de los Debates* con mas agudeza que solidez diciendo «*que bien juzgado estaba con solo pensar cuantos habian sido juzgados y condenados, mandándolo él.*» Pero no fue buena razon esta, y si solo un dicho ingenioso, pues lo que tocante á Robespierre se disputa es si las numerosas víctimas que cayeron sacrificadas, imperando ó dominando él, perecieron por su mandamiento, y si fueron muchas de ellas de todo punto inocentes.

Recien caido Maximiliano no podia ser juzgado, y no lo fue ni en la acepcion técnica de la voz, pues á su suplicio no precedió sentencia ni formacion de causa. Registrados sus papeles hizose una acusacion larga y terrible á su memoria, no pudiendo ser á su persona desaparecida ya del mundo cuando se practicó la diligencia judicial que mencionamos. Mal puede conocerse la justicia ó injusticia de una acusacion no habiéndose oido la defensa, y ademas son malos fundamentos para hacer cargos documentos que pudieron ser en todo ó en parte fraguados, y que segun las apariencias estaban incompletos.

Los primeros historiadores de la revolucion escribieron casi todos cuando aun vivian y estaban en auge y pujanza los causadores de la muerte de Robespierre, y cuando se estaban todavía arrastrando los lutos de las víctimas degolladas cuando dominaba en la convencion aquel hombre tremendo.

vero. Así es que hablando de él los escritores poco posteriores á su caída son extremados en vituperarle. *Fantin des Odoards*, historiador leído y estimado hace treinta ó cuarenta años, y á quien hoy tienen todos en poco, y casi nadie consulta, dice de Maximiliano «*que era un monstruo mil veces mas bobo que Claudio, y mas cruel que Neron.*» Mal pudo acertar en la segunda calificación quien tanto erró en la primera, pues si Robespierre no era un talento portentoso, fue hombre que se ganó por sus fuerzas propias el alto puesto en que llegó á colocarse, y no se gana sin un mérito sobresaliente puestos semejantes disputados por rivales numerosos, y de ellos muchos insignes en ingenio, ciencia y osadía.

Con alguna menos injusticia tratan al famoso convencional los escritores que se apellidan «*los amigos de la libertad*» en su historia, obra de diferentes manos y desiguales doctrinas. Pero aun estos en vez de juzgarle le baldonan, lo cual no es de extrañar, pues en ellos influía demasiado el horror á los recién cometidos delitos para que pudiesen con ánimo sereno dedicarse al juicio de los delinquentes.

Casi por el mismo tiempo escribió *Montjoie* su obra titulada *Conjuracion de Orleans*, tejido de suposiciones y patrañas en que se achacan todos los sucesos pasados en Francia desde 1788 hasta 1793 al duque de aquel nombre, de quien se supone haber sido meros satélites pagados cuantos en la gran tragedia de la revolucion francesa tuvieron una parte señalada. Se figura este autor ó pretende que crean sus lectores que entre los parciales del de Orleans era uno Robespierre.

Casi lo mismo viene á decir *Regnault Warin* en su novela intitulada: «*el cementerio de la Magdalena,*» composición que, con crédito entre muchos de obra histórica, ha corrido traducida por España, donde leída con gusto y sin discernimiento, ha contribuido (1) á dar ideas muy equivocadas de

(1) En España salió á luz con título de historia de la revolucion de Francia, un centon repartido en varios tomos en octavo antiguo cuyo autor, el Sr. *Grimand de Felaunde*, insertó en su mosaico larguísimo pedazos de la *conjuracion de Orleans*, como historia fidedigna, y otros del *cementerio de la Magdalena*, como historia de cualquier clase. Como este pseudo historiador no cita cuando copia, resulta

los sucesos de Francia, durante la prision y al tiempo del suplicio de Luis XVI y su esposa.

El historiador *Lacretelle*, mas atento á las galas del estilo y dición que á examinar los sucesos con detencion y madurez; y faltar del criterio filosófico, indispensable para juzgar acertadamente á los hombres y las cosas, cuando habló de Robespierre se contentó con seguir las ideas corrientes al tiempo de la publicación de su historia. Si no le declaró un necio, tampoco le puso en el lugar que merecia, y en cuanto á su crueldad, si no la abultó, la pintó como superior á la de todos sus colegas. Por último, conformándose con el parecer, á la sazón casi universal, dió por supuesto que Robespierre aspiraba á la potestad suprema, y que cayó por haber intentado sentar de firme su tiranía.

La historia de la convencion por *Lacretelle* salió á luz gobernando ya Napoleon Bonaparte. Por entonces los escritores todos acomodaban sus ideas á las del esclarecido varon legislador y pacificador de la nacion á cuyo trono supo remontarse, restablecedor del orden y de la autoridad, receloso de cuanto pudiese encaminarse á producir nuevos disturbios, absoluto como ninguno, y cuya ambicion hermanada con un entendimiento gigante no contentándose con avasallar y amoldar á su voluntad las personas y las acciones, aspiraba á fin mas alto y de difícil logro como era el de sujetar y dirigir segun le agradaba los pensamientos y aun las conciencias. Patrocinó Napoleon entre los literatos á aquellos cuyas máximas eran contrarias á las puestas en práctica durante el periodo turbulento de la revolucion francesa. Y estos hablaban de Robespierre como de un hombre malo entre malos ó el peor de los peores, sin entrar de lleno á calificar su maldad, mientras los del bando opuesto callaban contentándose con encomendar á la tradicion verbal sus opiniones.

Derribado Napoleon y recobrado el trono de Francia por los Borbones, parece que la fama de Robespierre no podia encontrar quien volviese por ella. Pero no sucedió así. Con la

ser su obra un caos lleno de contradicciones, pues por ejemplo, ya pone á *Fergnaud* en las nubes significado á *Regnault Warin*, y siguiendo á otros le llama un monstruo. De Robespierre nunca habla sino disparatando, y así de los demas.

carta constitucional vino á Francia la libertad de imprenta, imperfecta, cercenada á veces, pero existente desde 1814 y tan vigorosa que los golpes á ella asestados y aun descargados no la acababan aunque la lastimasen, dejándole fuerza bastante para recobrase del daño recibido, y volver á poder igual ó superior al que antes tenia. Además el gobierno de los Borbones era débil, no muy temido y nada amado, con lo que cesaron la admiracion de dominar y el amor de seducir los pensamientos, y nacieron deseos de resistir á la autoridad cuando menos hasta punto de juzgarla tanto en lo pasado cuanto en lo presente.

Entonces hubo ya quien celebrase á los olvidados ó abominados héroes de la famosa montaña de la convencion nacional. Publicóse hácia el año de 1820 una coleccion de los informes de comisiones, dictámenes y discursos pronunciados en los cuerpos deliberantes de Francia durante la revolucion, obra en que iba acompañada la publicacion de los documentos con algunos bien que breves retazos históricos y críticos del colector, quien encubrió mal su pasion á Robespierre y sus colegas, dándoles hasta cierto punto la preferencia sobre sus rivales los célebres y malhadados girondinos. Miróse esto como una osadia, pero la pasion y preferencia, aunque se traslucian bien, y hasta asomaban, no se mostraban de lleno, y por otra parte no siendo la obra una historia sino una mera compilacion, y no pudiendo tenerse los retazos en donde estaba el daño por de mucho valor, el escándalo no fue grave.

Hacia el mismo tiempo un autor de mas nombradía en una obra de muy superior mérito aventuró una opinion semejante y muy atrevida. Hablamos de *Garat* y de sus memorias sobre Mr. Suard y el siglo décimo octavo, libro excelente donde el escritor reproduciendo una defensa de *Robespierre* hecha por él mismo años atras, si bien defensa que no pasaba de exculpatoria; y convirtiendo la mitigacion de censura en elogio, sobre alabar en su defendido la pulidez del estilo, se arrojó á una comparacion blasfema y extravagante entre la vida pobre y austera del convencional francés, y la del hijo de Dios hecho hombre.

No cayó en semejantes yerros *Madama de Staël*, cuyas

consideraciones sobre la revolucion francesa salieron á luz poco antes. Era esta autora, como es notorio, ingeniosa, y á veces profunda, pero siempre muy apasionada en la alabanza ó en el vituperio. Así es que pintaba mejor los sucesos que los caracteres; y si bien dió bastante buena idea de la época del terror, solo pudo emplear censuras vagas para retratar á quienes durante aquel tiempo dominaron. Esto hizo tocante á Robespierre, al cual miraba con odio justo, sí, pero excesivo, siendo en ella, como en todos, el odio ardiente á los malos llevado á punto de no descubrir en ellos una buena calidad, prenda honrosa á la probidad de la persona que así piensa; pero perjudicial á su juicio, y agena del criterio filosófico necesario para escribir bien la historia.

Bastante despues aparecieron impresas casi á un tiempo mismo dos historias de la revolucion, cuyos autores eran íntimos amigos, profesaban casi idénticas doctrinas, coincidían en casi todas las opiniones, y ambos tenían talentos de primera clase, especialmente para el trabajo á que se habían dedicado, resultando de todo ello ser sus obras ambas de mérito sobresaliente, y poco aunque un tanto diverso. Ya se conocerá que hablamos de los señores *Mignet* y *Thiers*. El primero, metódico con exceso, redujo los sucesos de la revolucion á un sistema tan arreglado y cabal como los que en las ciencias naturales adoptan los mas rigurosos clasificadores. El segundo pintó los sucesos con algun mas desórden, considerándolos, como habia un observador atento á ver y notar los efectos, y menos cuidadoso de averiguarles las causas. A uno y á otro se ha puesto la tacha ó apodo de fatalistas suponiendo que, segun su modo de juzgar, debió suceder cuanto sucedió como si lo hubiese ordenado un destino inevitable, no quedando á los hombres ni mérito ni demérito por sus buenas ó malas acciones, consecuencias forzosas todas ellas de causas sobre las cuales no tiene jurisdiceion la voluntad. En nuestro sentir esta acusacion, si tiene algo de justa, tiené mas de infundada; y lo es asimismo y en mayor grado el cargo que como corolario de ella se deduce; á saber, que padece daño la moral con semejante modo de escribir historias, porque con arreglo á él quedan en igual lugar las virtudes y los delitos, ó los

personajes buenos y los malvados. No nos parece así; y por otra parte creemos que, si la historia es útil, lo es como muestra para lo venidero sacando lecciones de lo pasado, y que á este intento es oportuno demostrar que de ciertas causas se siguen ciertos efectos; que las virtudes y delitos nacen con frecuencia de las situaciones, y que el carácter de los hombres se muestra y da de sí actos según la ocasión, la cual, si no siempre le forma, le da materia en que se pruebe y ejercite. *Thiers* y *Mignet* defendieron la revolución, y aun la aprobaron. Los acusan de haberla defendido con sobrado calor aun en su peor época, de haber dado alguna preferencia á los de la *Montaña* sobre los de la *Gironda*, y por fin de haber probado que durante la tiranía de la junta de salvación pública no faltaron en Francia virtudes aun en el partido más feroz; que la plebe estuvo contenta cuando tuvo humillada á la clase media, y que como en la contienda terrible en que estaba Francia empeñada le era preciso vencer, según sucedió, y como para conseguir la victoria se hubo menester apelar al brio y vigor de la plebe frenética, y aumentar y mantener su frenesí para lograr de ella esfuerzos desesperados, merecen disculpa, y hasta en algún grado alabanzas, quienes cargaron con la responsabilidad de conseguir, á mucha costa y aun con pérdida de la propia reputación, semejante triunfo. No es del todo injusta la acusación á que aludimos; pero la parte que tiene de justa es muy corta, y la defensa de los acusados muy fácil. Cuando escribían *Thiers* y *Mignet* estaba tratada la revolución con visible y extremada injusticia por el partido de la dinastía reinante; y ellos en su celo por poner las cosas en su lugar hubieron de traspasar el límite de la razón, lanzándose un tanto hácia el opuesto extremo. Ni tampoco es cierto, como hay quien lo suponga, que los dos historiadores de que tratamos aprueben enteramente cuanto en tiempo de la revolución se hizo. Sirva de ejemplo de este nuestro aserto la pintura que uno y otro hacen del carácter de Robespierre, no tan fea como la antes hecha por casi todos cuantos escribieron sobre el mismo asunto; pero por cierto nada lisonjera, y de bastante fiel semejanza para merecer á ambos pintores el título de buenos retratistas.

Mejor todavía lo fue de la fisionomía de Robespierre otro historiador muy inferior en mérito y fama á los dos que acabamos de citar. Hablamos de *Aquiles Roche*, escritor de dotes no comunes, cuya temprana muerte dió materia á justo dolor en hombres de opiniones opuestas; quien, si bien en su edad madura habia abjurado las doctrinas por él profesadas en sus años juveniles para abrazar otras violentas, republicanas, y en nuestro sentir nada mejores sino muy al revés, dió pruebas de un talento que habrían madurado el tiempo, la experiencia, y mas lectura y meditacion, si hubiese sido, como era de desear, mas larga su vida. En una breve historia de la revolucion por este autor, produccion de su mocedad, resúmen mas que otra cosa, trabajada de priesa, y de mérito no muy subido aunque no despreciable, y sí muy digna de nota por ciertos atisbos y destellos de ingenio y juicio superiores, se leen dos ó tres páginas sobre el carácter de Robespierre, que en nuestro entender son de lo mas agudo y afinado entre cuanto se ha escrito sobre el mismo personaje.

Poco tiempo posterior al en que *Thiers* y *Mignet* publicaron sus obras, vió la luz otra historia de la revolucion que sonaba escrita por el padre *Montgaillard*. Tenia de raro esta obra que, siendo produccion de la pluma de un clérigo, hermano de un personaje realista acérrimo (cuando menos en la apariencia), y muy metido en varias tramas y conspiraciones para restablecer el trono en tiempo de la república, no mostraba el odio á las reformas y á los revolucionarios que era de esperar en un autor eclesiástico y de tal parentela. Fue esta historia aplaudida sin merecerlo, y lo fue principalmente por los escritores del diario francés intitulado «*El Constitucional*», gente de gran valia entre los liberales de su nacion por algun tiempo. Pero duró poco el aplauso, y la obra está hoy menospreciada, no sin razon, pues hasta su supuesta imparcialidad consiste en vituperar igualmente á hombres de todos los partidos, empleando para este intento entre mil juicios temerarios gran copia de anécdotas de leve importancia y fé muy dudosa.

La historia de *Montgaillard* mereció ser honrada con una refutacion, en la cual hemos tropezado con ciertos juicios ex-

quisitos por su tino y agudeza sobre los diversos sucesos de la revolucion de Francia, y los hombres que en ella representaron los principales papeles. Hablamos del libro intitulado «Cartas sobre la historia de la revolucion de Francia por el *Abbé de Montgaillard*, por Mr. «*Uranelt de la Leuze*», bajo cuyo nombre, que es un anagrama, se medio escondió M. *Laurent*, célebre sansimoniano entre los primeros en fecha y mérito de su secta. Este autor, hijo, como queda expresado, de la mejor época del *sansimonismo*, cuando entre varios yerros enseñaba esta escuela algunas verdades, y cuando acertaba en una ú otra cosa al destruir, y aun no habia acometido la difícil y para ella malograda empresa de edificar en lugar de lo derribado, era hombre de sutil ingenio y sanísimo juicio; y como su secta se diferenciaba de todas las que hubo durante la revolucion francesa, y estaba en verdad como fuera del cuadro de la sociedad política pasada y presente, veia él las cosas con ánimo en general desapasionado, de lo cual resultaba juzgar con imparcialidad siempre, aun cuando juzgase alguna vez sin acierto. Un juez de toda la revolucion y de todos los revolucionarios de su patria por fuerza habia de dar su fallo sobre Maximiliano Robespierre con gran detenimiento y escrupulosidad. Y así lo hizo, siendo su sentencia, si acaso demasiado favorable al sugeto juzgado, de las mas dignas de atencion entre cuantas se han pronúnciado respecto á tan célebre persona.

Llegó el gran trastorno de julio de 1830, cayendo del trono de Francia los Borbones de la rama mayor por su delito, y juntamente por su yerro; y pareció como que la revolucion anterior iba á continuar victoriosa, anuladora de cuanto contra ella se habia hecho, justificada en todos sus actos, y condenando de sus enemigos hasta las opiniones. Pero no fue así por fortuna de Francia y quizá del mundo. Porque si aparecieron entre los llamados liberales hombres tan deseosos de restablecer lo pasado, sin tomar en cuenta el tiempo intermedio, como quienes mas entre los fogosos defensores del trono antiguo, sus voces se levantaron en valde ahogadas pronto por un ruido de desaprobacion general; y sus conatos violentos fueron infructuosos, venciéndolos y frustándolos la

mejor doctrina, el superior saber, la aprovechada experiencia, y el bien entendido interés de la generacion presente.

En el tiempo de que tratamos, los apasionados á Robespierre proclamaron su nombre como uno de los mas ilustres que recuerda la historia. La sociedad llamada de «*los derechos del hombre*» tomó por catecismo una declaracion de máximas fundamentales de política, que como basa de toda constitucion habia presentado Maximiliano á la Convencion nacional francesa, y habia esta desaprobado. El retrato de un hombre, por largo plazo objeto de universal odio y vituperio, apareció como el de un santo mártir presentado á la devocion del público. Reimprimiéronse sus discursos acompañados de alabanzas excesivas. Y con notable contradiccion mezclaban algunos adoradores el culto de Danton con el de Robespierre, como si el uno no condenase al otro, pues mal podia ser compatible la adoracion de la víctima con la del sacrificador ó principal causador de su muerte.

Por aquellos días fueron publicadas unas «*memorias de Maximiliano de Robespierre*» parto, sin duda, de algun ingenio necesitado que intentó ganar para su sustento, sacando al mercado un género tan de moda como lo estaba á la sazón aquel nombre. Era singular hasta el titulo de la obra que ahora citamos; pues recordando que Maximiliano antes de la revolucion solia poner entre su nombre y apellido la partícula «*de*», señal en Francia de ser de noble cuna quien la lleva, resucitaba contra el héroe del libro una acusacion que mas de una vez le habian hecho sus adversarios. Engañaron estas memorias la esperanza del público, viniendo á descubrirse por lo que eran; esto es, por un pobre fárrago, mera traza del compilador para sacar dinero. Lo mejor en esta composicion era el prólogo, donde estaban juntos varios juicios sobre el personage de quien sonaban ser las memorias, siendo todos los allí puestos una parte de los que en este artículo estan citados. Alguna mas importancia que otros podia tener un fallo sobre el mismo asunto dado por Napoleon, según refiere su allegado el conde de *las Cases*; pero en verdad si fue el cronista fiel de todo punto, el ex-emperador no dijo cosas ni muy nuevas, ni muy profundas, ni por demas atis-

nadas en esta materia que, como otras, ocupó los ocios de su amargo destierro.

Las demasías hechas por algunos republicanos franceses desde 1830 hasta 1836, y otras mayores con que amenazaban casi todos ellos, causaron el descrédito de su bando, y un miedo acompañado de odio casi universal á sus personas y doctrinas. Habian querido levantar á tanta altura la imágen de Robespierre, que por ello mismo se les vino al suelo, volviendo á ser, como anteriormente, hollada y escarnecida. Pero aun conserva este ídolo otra vez derribado adoradores celosos, que reunidos al derredor de él pelean resueltos para evitar que se le profane é insulte, y aun trabajando por alzarle del suelo, y restablecer su culto dos veces anatematizado como idolatría de la peor especie posible, parecida á la de que segun cuentan es objeto el autor ú origen del mal en algunas bárbaras naciones.

Entre los ocupados en empresa tan árdua merecen honrosa mencion los señores *Buchez y Roux*, cuya voluminosa obra intitulada historia parlamentaria de la revolucion de Francia, que va saliendo á luz tomo á tomo, es trabajo de valor muy subido. Dar una idea de esta historia en breves frases es cosa difícil; y el escritor de este artículo acaso en otra ocasion aplicará sus flacas fuerzas á juzgarla y darla á conocer á sus compatriotas con el elogio y censura de que en su concepto es á la par merecedora. Baste decir que en punto á Robespierre, de quien son estos historiadores parciales declarados, da la obra á que aludimos datos abundantes para formarse una idea de sus hechos y aun de sus intenciones, sucediendo lo que suele acontecer á quien lee tan recomendable trabajo histórico; y es que con sus relatos fieles los autores contradicen sus propios fallos, y llevan á los lectores á dar otros enteramente opuestos á los que ellos pronuncian, y cuya ratificacion y aceptacion solicitan.

De obras de menos valor que las citadas parece excusado tratar, y si lo intentásemos nos engolfaríamos en un piélagos inmenso. Baste decir en dos palabras que en una historia de la revolucion por *Dulaure*, poco digna de la pluma de la cual salió la excelente historia de París, está acusado Robespierre de haber

sido un agente asalariado del gobierno británico; y que un tal *Sauquaire Soulligné*, escritor de poca cuenta, aunque hizo papel algun dia, si bien por plazo muy corto, afirma y esfuerza la idea ya tenida por otros de que el mismo Maximiliano trabajaba por cuenta, en servicio, y á sueldo de Luis Estanislao Javier de Borbon, despues rey de Francia con el título de Luis XVIII, para sentarle desde luego en el trono á costa de las vidas de su hermano y sobrino, vengándole asimismo de su enemiga María Antonia de Austria, la desventurada, y por extremo aborrecida ó celebrada esposa de Luis XVI. Ideas estas no faltas de algo en que apoyarse, pues para todo suministra apoyo la variedad y aparente incoherencia de los sucesos de la revolucion de Francia; pero idea cuya falsedad prueba una atenta consideracion de los escritos, discursos y acciones de *Robespierre* durante su carrera política, asi mientras iba subiendo como cuando llegó á arribar á la cumbre.

Si de los testimonios escritos pasamos á la tradicion oral, no encontraremos menos variedad y contradiccion tocante al asunto en que nos estamos ocupando.

De los que vivieron en el tiempo llamado en Francia del terror, la mayor parte entre la gente acomodada y bien educada se acuerda de *Robespierre* como de un monstruo distinguido entre otros de igual ó peor especie. Sin meterse á averiguar la parte que él tuvo en un sistema horroroso de gobierno, solo recuerdan que mientras el sistema estuvo dominante, se vivia en ansias óagonia perpétua; y como *Robespierre* dió su nombre á la época á la cual nos referimos, á él atribuyen lo que entonces se padecia. Por el contrario entre la plebe francesa hay aun quien se acuerde de Maximiliano, mirándole asimismo como principal causador de cuanto en tiempo de su poder se hacia, y celebrándole, y llorando su mala suerte, y echando menos unos dias en que, al parecer, estaba atendido y servido el interés de los pobres porque se les daba el pan y otros víveres á precio forzado y bajo, y se les pagaba una propina si asistian á las juntas de las secciones; y en que ademas estaban ciertamente lisonjeadas las pasiones de la soberbia y envidia plebeyas con el abatimiento de los ricos y de los nobles, la falta de coches y otras señales de lujo, y la

libertad conseguida de pagar en la misma moneda y con usura el desprecio é insulto con que antes de la revolucion solian muchos de las clases altas tratar á sus inferiores. Por último entre hombres de saber que tomaron parte en los negocios durante algunas ó todas las épocas de la revolucion hay unos pocos que tienen de Robespierre una memoria grata, que le celebran hasta como hombre bueno y tierno en el trato privado, que achacando su crueldad á su situacion la disculpan, suponiéndola ademas exagerada por sus detractores; y que ponderando su innegable integridad, la dan por acompañada de otras no menos estimables y altas prendas.

Tras de esta reseña de trabajos y juicios ajenos que para un fallo nuevo deben servir de datos, tiempo es de que pronunciamos el nuestro segun nos propusimos, en la inteligencia de que al darle nos conformamos en muchos puntos con sentencias de jueces anteriores.

Maximiliano Robespierre era sin duda hombre de talento mas que mediano; pero el suyo era sutil y no brillante. Aunque fue hombre muy dado á doctrinas abstractas, tenia en su cabeza lo que constituye el caracter de quien sabe gobernar.

En sus mocedades hubo de hacer malos estudios: se aficionó con extremo á *Juan Jacobo Rousseau*, le imitó esmeradamente el estilo, y de él sacó las máximas capitales de la política constitucional, y aun las doctrinas morales y religiosas.

Su filosofía era estoica y ascética, sectas las dos aunque de religiones muy distintas harto semejantes entre sí, ó como dos ramos de un mismo tronco. No tenia el dolor por mal, y así no temia causarle. No miraba la felicidad material como un bien, y así no se cuidó de procurarla para el pueblo. Dicen que no carecia de sensibilidad, y sin embargo es innegable, digan cuanto quieran sus apasionados, que fue persona de entrañas durísimas, contradiccion aparente, y aun en parte real y verdadera; pero contradiccion facil de explicar atendiendo á su origen. Estaba equivocado en su idea del bien; creia que para conseguir lo que él se figuraba tal eran necesarios sacrificios grandes y dolorosos; y, como es natural, aunque no repugnaba el propio, gustaba mas de exigir y de mandar los

agenos. En las edades medias, como nota muy bien un historiador de los citados en este artículo, habria sido un penitente austero y á la par un sanguinario perseguidor de hereges: en un siglo llamado filosófico eligió la filosofía de mas abnegacion, y asimismo mas intolerante, y la quiso reducir á práctica sin asomo de humanidad y aun sin el menor miramiento. Fué hipócrita como suelen serlo los sanáticos, en parte engañándose á sí propio, y en parte eligiendo para un fin bueno en su sentir cualesquiera medios, incluso los peores; y contra los enemigos de la causa santa, entre quienes contaba á los de su persona, la mejor defensora de la causa misma, no escusó valerse de la perfidia, de la calumnia, en suma de toda especie de malas artes. Era asimismo en su condicion afecto dominante el de la envidia, originándose la que él profesaba en sumo grado á todos sus contemporáneos eminentes de dos causas, la primera de su propio caracter, y la segunda de las situaciones diversas en que se vió desde su primera salida al teatro político, representando un papel inferior y por algun tiempo como de comparsa. Era envidioso, porque la austeridad va á menudo acompañada con la malevolencia; porque los hombres severos engañan á los demas, y hasta se engañan á sí mismos, pintando como ódio al delito la envidia de la fama agena adquirida por méritos ó falsos ó abultados; porque dicen semejantes hombres, y aun creen que odian los deleites cuando envidian y aborrecen á quien vive contento, y que odian la vanidad y soberbia cuando difaman y aborrecen á quienes gozan renombre de sabios ó virtuosos. Era tambien envidioso porque al empezar su carrera, ya valiendo algo se vió tenido en poco, y rebajado de su valor verdadero; porque en el tropel causado por la revolucion para adelantar y subir le fue necesario derribar á quienes iban delanteros, y para derribarlos tuvo frecuentemente que acometerlos; y para justificar su agresion aun á sus propios ojos tuvo que figurarse como dignos de su mala suerte á aquellos á quienes dañaba, viniendo así la ambicion á engendrar la envidia, que despues le sirvió de apoyo y de empuje; porque en fin llegado á la cima era ya en él costumbre envidiar y aborrecer, y en un tiempo en que no habia mas poder que el ganado por medio

del influjo personal, le fue forzoso para seguir en la altura descartarse de sus compañeros, y aun de los que venian detras de él, no fuese que unos ú otros le derribasen. En verdad Robespierre excedió en lo envidioso á todos los hombres, tanto por su natural condicion, quanto por haber sido una de las cabezas mas revolucionarias entre cuantas personas brillaron en la revolucion francesa, porque en las revoluciones juega siempre mucho, y es instrumento seguro para labrar fortunas la envidia.

El carácter de Maximiliano era de aquellos que pueden llamarse completos, en que las diversas partes tienen proporcion y consonancia entre sí y con el todo. Al sumo aseo y compostura en su persona y vestido, á sus chalecos de muselina bordados, y su peinado bieu bauido y con polvos, cuando era uso entre los republicanos el desaliño y desaseo, y hasta la porqueria, correspondian la lima y número en los periodos de sus escritos, y cierta elegancia de estilo nada semejantes á las ideas agigantadas, figuras incoherentes, y diccion incorrecta de casi todos los demas revolucionarios. Robespierre abominaba las prácticas de la filosofía cínica que son corrientes donde manda la gente falta de educacion. Si era demócrata extremo queria un pueblo á su gusto para fiarle el poder, y aunque adulaba al que habia, tal como era, intentaba reformarle ya seduciéndole con halagos, ya violentándole con castigos.

Muchos achacan el engrandecimiento de Maximiliano á su nunca desmentida perseverancia, superior á su talento. Dicen quienes asi opinan que él se propuso un fin desde el principio de su revolucion, que al fin propuesto caminó constante valiéndose de cualesquiera medios, y que dando siempre con compañeros ó rivales vacilantes en sus propósitos y conducta; con tener él diferente manejo logró vencerlos, obscurecerlos y aniquilarlos á todos.

Acertado juicio nos parece este, pero no falta que decir en contra, pues si explica por una parte, no explica enteramente la razon de la buena fortuna de Robespierre. Cierta es que era perseverante, pero á nuestro parecer no vió claro ni pudo ver desde luego el fin á que caminaba, ni aun en sus últimos dias

entendemos que estuviese completamente resuelto en cuanto al paradero á que llevaba al estado y á sí mismo. Desde el principio de su carrera fue un demócrata violento. Desde luego mostró un talento agudo. Pero en sus primeros tiempos veía confusamente, y no se expresaba con lucimiento ni claridad. En nuestro sentir creyó la dignidad real compatible con una democracia absoluta, y como en sus ideas conformes con la de Rousseau era Esparta un modelo digno de ser admirado y copiado, recordando que allá habia habido magistrados llamados reyes, creyó que podia haber uno con el mismo nombre en Francia convertida en una Esparta nueva; sin considerar que los llamados reyes en Esparta, en nada semejaban á los monarcas de las naciones modernas; que en Esparta misma no habia democracia ni aun de la conocida por los pueblos antiguos, y que la democracia antigua no era aplicable á ningun estado grande de Europa á fines del siglo decimo octavo.

Segun nuestro parecer su discurso pronunciado en la asamblea constituyente persuadiendo á que no fuesen rezlegidos los individuos que la componian, es ya obra de gran mérito, sino por lo elocuente ni por lo juicioso, por lo hábil y adecuado al auditorio y al público de aquella era; y asi fue que sobre alcanzar grandes aplausos alcanzó otra cosa de mas provecho, que fue tener á su favor el mayor número de votos.

Sus miras se aclararon y dilataron: su talento se fue perfeccionando con el tiempo y las ocasiones. Odió al rey y á la reina primero como opuestas á sus ideas: luego odió la dignidad real como incompatible con sus intentos y deseos, asi personales como relativos al procomun. Empleó sumo artificio como periodista cuando cesó de ser vocal del cuerpo deliberante, y no perdió un ápice de su fama y aura popular mientras brillaban y eran aplaudidos talentos nuevos y tribunicios en la segunda asamblea legislativa. Supo inspirar á otros la desconfianza que él tenia verdaderamente de ciertos hombres á la sazón afamados.

Si en la caída del trono tuvo poca parte, aprovechó bien sus consecuencias. Llegó á la convencion con tanta nombradía y poder que ya mereció ser sospechado como peligroso á

la libertad política de la nación francesa. Habló alguna vez mal, fastidió por lo prolijo y obscuro, y también por tratar demasiado de sí propio; pero si padecía un revés sabía recobrar de la derrota, y volviendo á la pelea conseguir un triunfo. Su respuesta á la declamatoria acusación de Louvet es una obra maestra de habilidad, y no carece de artificios retóricos de aquellos que agradan, y á la par persuaden. No es menos notable y diestro el discurso que pronunció sobre el modo de encausar ó condenar al rey destronado. Y en todos estos escritos suyos, si bien hay prolijidad inaguantable, máximas erróneas y descabelladas, y un continuo repetir de elogios á los «*principios*» (voz en él muy favorita) sin declarar bien cuales eran ellos, hay un estilo elegante sin ser declamador, un trabajo de artista, y aquel continuo número y cadencia donde se descubre la acertada imitación de Rousseau en sus mejores pasajes.

Su idea de la democracia era también tomada de aquel mismo autor, quien se la había formado por la que vió ó se figuró ver en los tiempos de la clásica antigüedad. Con semejantes doctrinas intentó Robespierre amalgamar otras favorables al derecho individual mal conocido de los antiguos, para quienes el estado era todo, y el hombre, si como parte del cuerpo político en algunos pueblos era mucho, como súbdito y en sus relaciones con el principio social ó la autoridad representada por el gobierno en ninguna acasion era nada. La avenencia de ambos principios no podía conseguirse, y al buscarla Maximiliano no la supo encontrar, resultando que si favoreció al individuo en teórica absoluta, en su práctica constante le sacrificó á la patria.

En su contienda con los Girondinos los creyó culpados no siéndolo, y los pintó ó culpados en lo que no juzgaba serlo, ó mucho mas que él mismo los creia.

Llegado al mando, y egerciéndole sin mas fuerza que la del influjo sobre los demas, hubo de chocar con demócratas que apetecian el desorden, siendo asi que en él iba acompañada la idea de la democracia con la de un orden rígido. Miró, pues, justamente á *Hebert*, *Chaumette* y su pandilla como hombres peligrosos y delincuentes, y por otra parte como

ellos eran ateistas, y él había sido siempre y era deísta al modo de Rousseau, aborreció á los adoradores de la razón y enemigos de Dios, como á los de ideas semejantes había aborrecido en otros días su maestro. Castigó, pues, en el partido del revoltoso y furibundo ayuntamiento de París delitos y delincuentes contra el buen orden social, y juntamente contra el buen orden moral, según él se los figuraba.

En Danton y sus amigos se deshizo de rivales incómodos. Con estos usó de doblez y perfidia tan abominables cuanto claras. Los sacrificó á su interés privado, al interés público, según él le entendía, y asimismo á sus pasiones particulares, acaso sin él conocer del todo este último móvil, pero sin duda conociéndole en no pequeña parte. Los sacrificó á su interés personal porque vió que peligraban su influjo y poder, reinando la idea de que iba él á favorecer á los apellidados á la sazón indulgentes, siendo así que *Robespierre* mismo había ó dado ó acogido favorablemente la idea de predicar la indulgencia como ya oportuna. Los sacrificó al interés público porque, pensándolo otra vez, creyó que no había llegado todavía la hora de la indulgencia, y que así era preciso castigar á quienes la aconsejaban y celebraban, retrayendo con el escarmiento de hacerse prosélitos de esta doctrina á los que á serlo se inclinaban. Los sacrificó también al interés público porque sabía que de ellos la mayor parte se componía de hombres dados al deleite, y enriquecidos á expensas de la república, y á hombres semejantes los aborrecía él, y de su aborrecimiento era forzosa consecuencia el castigo, y el castigo único era entonces la muerte. Solo á *Camilo Desmoulins* sacrificó á despecho y con dolor, pero al cabo le sacrificó; y no fue esta la menos negra mancha en tan feo carácter. Los sacrificó á sus pasiones particulares porque tenía celos de Danton, superior á él en muchos puntos, si bien en otros le era inferiorísimo, y siendo Danton caudillo de una gran hueste, era indispensable que le acompañasen cuando menos los cabos principales de su bando.

Se había lanzado en una carrera en que le era forzoso arribar al término á toda costa con poca detención. El matar era ya en él necesidad: era asimismo costumbre. El matar en

aquellos dias se habia hecho cosa comun, y aun el morir se veia con menos horror que el con que suelen verlo los hombres, entendiendo por la denominacion de hombre ambos sexos, pues de estos el mas débil corria entonces al cadalso ó á otro género de muerte violenta con serenidad y hasta con alegría.

El proyecto en que estaba empeñado *Robespierre* era el de «*extirpar los enemigos del bien público para sentar la felicidad de la nacion francesa sobre firmes basas.*» No cabe un proyecto mas funesto que este por lo mismo que parece encaminado á tan buen fin é hijo de intencion tan justa. Amoldar un pueblo entero á ciertas ideas es casi imposible: emplear para ello la violencia muy natural, pero no muy propio para conseguir la felicidad apetecida.

Estan discordes las opiniones sobre qué pensaba hacer Maximiliano para el remate de su empresa. En nuestro sentir era su pensamiento establecer una democracia absoluta en que él hiciese el principal papel, y tuviese el primero y mas poderoso influjo. Sabido es que la democracia en vez de excluir admite un poder grandísimo en quien está á su frente.

Juzgamos probable que fuese falso el cargo hecho al personaje de quien trata este artículo de haber intentado hacerse dictador; pero tenemos casi por cierto que pretendia seguir dominando sin contradiccion, y arreglando la sociedad á su antojo, sin mas dictado que el desmedido poder tribunicio en cuyo pleno goce ya estaba, y cuyos límites se iban dilatando, y se dilatarian mas á cada momento.

Hay quien diga en su alabanza que quiso contener la efusion de sangre, y que, conocida su intencion, fue por ello sacrificado por sus feroces colegas. Verdad es que recién caido Maximiliano á impulsos de una liga de personas opuestas entre sí en opiniones é intereses y en daño de su enemigo conjuradas, hubo quien le achacase intentos de salvar á aristócratas y sacrificar á patriotas puros. Por el contrario, como, muerto él, cesó la matanza, hubo hombres de pensamientos humanos participantes en la empresa de derribarle y quitarle la vida, que digesen, con asenso casi universal á la sazón, que él era el mas sanguinario entre sus compañeros. Contra la

opinión primero expresada, de la cual era Napoleón, se han levantado ahora algunas voces y estas, ¡cosa extraña! de apasionados defensores de Robespierre. Entre ellos *Leonardo Gallois*, continuador de *d'Anquetil*, y autor de una historia de la convención, se afana en persuadir que Maximiliano al tiempo de su caída no pensaba en embotar el filo de la guillotina, y se empeña acaloradamente en refutar á quienes dicen lo contrario, teniendo este su empeño trazas de deseo de lavar á su héroe de una mancha sin razón dejada caer sobre su buen nombre.

Aventuraremos nuestra opinión aun sobre este punto disputado. Nos parece que ni Robespierre ni aquellos de sus mas crueles colegas que volviéndose contra él le derribaron y causaron su suplicio, pensaban en suspender la tarea de enviar víctimas al cadalso. Estaban, segun creemos, conformes en que siguiese cayendo la cuchilla sobre numerosas cabezas, pero diferían sobre quienes habrían de ser los degollados. Los que se separaban de Robespierre estaban por continuar acabando con lo poco que restaba de la estirpe Real, con la antigua nobleza así la militar como la togada, con los clérigos, los asentistas y por último con los republicanos girondinos. Durante un mes y poco mas no asistió Maximiliano á la comisión de salvación pública, y en aquel mismo periodo fueron al patíbulo en carretadas de sesenta á ochenta por dia, personas casi todas de las clases que acabamos de nombrar. Por esto, y por haber él, aunque en valde, procurado salvar la vida á la inocente y virtuosa cuanto hermosa hermana de Luis XVI, y por haber conseguido eximir del suplicio á setenta y dos diputados de los llamados girondinos encerrados en las cárceles, ha habido quien le supusiese intenciones de venir á método mas manso y piadoso de gobernar, aun desde aquel momento. Pero el personage de quien tratamos tenía ya por enemigos poco temibles á los de las clases citadas (excepto á los asentistas á quienes aborrecía con singular encono), y juzgaba que el remedio de la guillotina debía emplearse en sacar otra sangre, á saber, la de los parciales del difunto Danton, la de los venales, la de los regalados y sensuales, la de los malos republicanos en fin, contando por tales á cuantos no le eran amigos ó no profesaban aquella su virtud aus-

tera y feroz. Y como el número de estos no era corto, y á cada uno que cayese le quedarían varios que le llorasen y desearan vengarle, claro está que con tales intentos no era posible parar ni aliojar siquiera en la obra de exterminio. Así, pues, opinamos que tiene razon *Gallois*, y que Robespierre pensaba seguir matando.

En el día de la caída de Maximiliano tenía él preparado un larguísimo discurso que no pudo pronunciar, y del cual procuran algunos sacar á claro sus intentos. Hay quien alabe sobremanera el escrito que ahora citamos. No le encontramos nosotros un mérito superior al de otros del mismo personaje. Es ciertamente una composicion en estilo elegante, correcto, fluido, cadencioso, y está llena de máximas buenas, morales y semireligiosas, pero es obra obscura por demas, tanto que aun es materia de disputa lo que el escritor pretendia ó intentaba con pronunciarle. Del escrito se deduce sin embargo y muy claramente, que su autor atagaba á no pocas cabezas.

Materia es de congeturas que habria sucedido si Robespierre hubiese triunfado en la, aunque esperada, repentina lid en que cayó perdiendo el poder y la vida. A esto responde el historiador Thiers que no podia triunfar. Todo cabe en lo posible, y á nosotros no nos parece tan difícil que hubiese salido vencedor á lo menos de aquella batalla. Pero tampoco dudamos afirmar contra una opinion muy valida y consentida, que si él hubiese vencido, lejos de contenerse habria continuado la efusion de sangre. Muévennos á pensar así consideraciones que pasamos á exponer sin demora.

Cuando rompió la guerra entre Robespierre, *Couthon* y *Saint Just* por un lado, y *Billaud de Varennes*, *Collot d'Herbois* y *Bariere* por el otro, solo apareció armada una contienda en que tres hombres feroces, si bien no faltos de algunas buenas calidades, iban á disputarse el mando con dos monstruos de crueldad casi sin una virtud sola, á quienes estaba apegada una persona de buen talento y saber, no inhumana por su índole, pero débil y cobarde, y como tal cómplice en cuantas atrocidades se habian cometido y cometian en Francia. Unos y otros contendientes buscaron aliados en cualquiera parte: Robespierre y los suyos no los encontraron en nin-

guna, aunque apelaron en demanda de ayuda á las pobres sobras de la Gironda que aun quedaban en la Convencion. Los contrarios de Maximiliano los encontraron al instante, primero en los amigos de Danton amenazados por el matador de este de muerte cierta y casi inmediata, y despues en hombres de otros partidos. Tremoladas las dos banderas opuestas, una y otra aparecian teñidas de sangre: los capitanes de una y otra hueste eran conocidos por hechos de exquisita crueldad. Pero no se pelea con capitanes solamente, pues para guerrear se ha menester tropas. Y las hubo entonces en número crecido, porque al clamor de guerra acudieron de todas partes soldados, y los hombres sanguinarios que creian en Robespierre como en un Dios corrieron á servirle y sacrificarse por una causa, en su sentir, comun á ellos todos; y los hombres de opinion contraria al ver á Maximiliano siendo caudillo á un lado, corrieron á formarse en el campamento enemigo. Declarada ya la guerra, puestas en orden los ejércitos, rotas las hostilidades, quedaron los caudillos en gran manera á merced de sus secuaces, porque en semejantes lides no vencen los capitanes para solo su provecho propio, sino que vencen principalmente para bien de aquellos que siguen su bandera. Si hubiese ganado la batalla Robespierre habrian vencido con él los llamados terroristas, y habria continuado el terror ó digamos la matanza, siendo las victimas escogidas entre los bandos todos en comun vencidos. Triunfaron los otros vocales de la comision de salvacion pública, y resultó de la victoria quedar ellos á merced de su hueste, la cual muy pronto repudió las personas y doctrinas de sus caudillos, acabando por condenar á los mismos que en aquella pelea la habian capitaneado.

Acabó, pues, Maximiliano Robespierre revuelto con los mas crueles de su partido, y por los dos ó tres dias que siguieron á su muerte corrió á rios la sangre de los suyos, como si á gente tan sanguinaria tocasen de justicia sangrientos funerales, ó al modo que en las exequias de tiranos feroces en naciones bárbaras se inmola en holocausto sobre el sepulcro del caudillo difunto á sus principales allegados y servidores que suelen haber sido los principales cómplices y ejecutores de sus atrocidades.

De cuanto hemos expuesto y de nuestras opiniones declaradas sobre el objeto de este artículo, se sigue que miramos á Robespierre como á un hombre singular, dotado de no comunes alcances, de mediano saber, con una ú otra virtud, con no pocos vicios, aquellas desapacibles, desabridas y llevadas á un extremo en que pierden su buena calidad y toman algo de las faltas á ellas cercanas; estos no de la clase vergonzosa que ofende mas y daña menos, pero sí de la clase atroz que por tener semejanza con la virtud es mas funesta á la sociedad. Y como solo en ciertas circunstancias pueden existir ciertos hombres, pues con otras habrian sido ellos diversos de lo que fueron, es claro que Robespierre con sus calidades solamente en la revolucion francesa habria podido representar un papel como el que en ella representò, y que su carácter digno de estudio, y nunca de elogio, si puede encontrar quien le admire, no tendrá quien le imite ahora ni aun en Francia misma, y menos en otros tiempos y naciones, aun cuando haya hombres de alma tan mala y tan descompuesta cabeza, que abriguen ú osen declarar tan loco y abominable intento.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

## DE LA MODERNA ESCUELA SEVILLANA

## DE LITERATURA.

CONVIENE dar una idea del origen y progresos de esta escuela, ya que algunos escritores de nuestros días han hablado de ella, y aun la han juzgado sin conocerla. Pero antes es necesario describir la situación en que se hallaba la literatura en la patria de los Herreras y Riojas en el último tercio del siglo XVIII.

Nadie ignora cuán grande fue la decadencia de nuestra literatura en el siglo XVIII. Sevilla participó así como Madrid de los delirios del gongorismo, del culteranismo, del contagio de los equívocos, y de los demás vicios comprendidos bajo la denominación de *gerundiadas*. Así pasó una gran parte del siglo XVIII. La Academia de buenas letras no pudo corregir estos defectos, ya porque sus individuos dirigieron principalmente sus especulaciones al estudio de las antigüedades de nuestra patria, ya en fin, porque pasado el primer fervor, propio de todos los cuerpos recientemente establecidos, el título de académico lo fue de honor, y no de trabajo, hasta que en nuestros días se ha renovado su celo de una manera admirable y muy gloriosa para sus restauradores.

El gusto dominante por los años 1770 y 1780 era el de la poesía *prosáica ó coplera*. Había desaparecido hasta el gongorismo, que supone por lo menos cierto tono sublime, cierta profundidad de pensamientos. Solo se querían coplas, atestadas de equívocos, con mas ó menos chispa, con mas ó menos decencia. Gerardo Lobo, Montoro, León Marchante y Benegasi eran los maestros y modelos de este género.

La administracion ilustrada del asistente de Sevilla D. Pa-

blo de Olavide, y la coincidencia de ser nombrado por entonces ministro de aquella Real Audiencia el ilustre Jovellanos, debieron dar esperanzas de la mejora de la literatura hispanense. Pero en vano fueron los esfuerzos de Olavide, que carecia de genio, y cuyo gusto no era muy seguro, como puede conocerse por su traduccion de la *Fedra* de Racine, para corregir el teatro: en vano Jovellanos escribió en la misma Sevilla su *Delincuente honrado*. Los copleros ridiculizaron el buen gusto, y quedaron triunfantes. No fue dado ni al poder ni á la sabiduría lograr la empresa que despues llevaron á cabo algunos estudiantes oscuros, sin nombre ni influencia.

Olavide cayó de una manera que debió aterrar, y aterró en efecto, á todos los partícipes de sus ideas en todos los géneros, y la causa del buen gusto pareció perdida para siempre. Sin embargo, algunas vislumbres, aunque muy ténues, de juicio empezaban á manifestarse. Los estudios de la Universidad se hacian con mejor gusto que antes. Reconocióse ya la necesidad de las lenguas orientales y de la historia sagrada y profana para la teología. Exijíase de los alumnos y de los profesores un latin superior al language bárbaro del escolasticismo, para lo cual era necesario consultar con frecuencia los autores del siglo de Augusto. Admitíase ya la necesidad de las ciencias exactas para el estudio de la filosofía. Leíase casi por todos el *Gerundio* del P. Isla: pues aunque prohibido por la Inquisicion, esta daba comunmente licencia para leerlo aun á las mujeres; la oratoria sagrada se purgó de gran parte de sus defectos; pues aunque se introdujo el de traducir sermones franceses y predicarlos, esto solo probaba que nuestros predicadores no eran Cicerones: pero á lo menos dejaron muchos de ser ridiculos. La rivalidad entre la Universidad y los estudios de los tomistas, inclinó la primera hácia el método de enseñanza de los jesuitas recién extinguidos, que siempre fueron superiores á sus adversarios en materias de amena literatura.

La caída de Olavide no la destruyó tanto que no quedasen algunas reliquias: pero mas bien en la parte de erudicion y filosofía que en la de oratoria ó poética, y mucho menos en la filosofía de estas artes, desconocida absolutamente por eu-

tonces en Sevilla. Pudiéramos citar á varios sujetos muy instruidos de aquella época. Nos contentaremos con nombrar al célebre P. Gil, de los clérigos menores, hombre de vasta erudicion y de gran talento, aunque de mas imaginacion que juicio; Don Francisco de Bruna, muy hábil en la ciencia de las antigüedades; Don Pedro Prieto, el oráculo de la Universidad, gran teólogo y humanista, pero que carecia de genio, y Don Ignacio de Arjona, capellan de la Real de S. Fernando, superior á todos en buen gusto, pero modesto y que se complacia en vivir desconocido.

Nuestros literatos podian compararse entonces, no sin propiedad, á los que son llamados en la misma Sevilla *militares de Semana Santa*, porque perteneciendo á las clases industriales, solo se ponen casaca y espadin para asistir á las procesiones de aquellos dias. No faltaban riquezas de erudicion: no faltaban conocimientos: no faltaban vestidos ni adornos: pero se los ponian mal y sin arte: porque eran desconocidos el mérito de la diction y las gracias del estilo. Ignorábase absolutamente la ciencia de la elocucion.

Y por desgracia, era mas profundamente ignorada esta ciencia en la profesion que mas necesita de ella, en la profesion de la poesia, que vive del estilo y del lenguaje. Hemos dicho *profesion*, porque lo era en efecto. Llamábanse *poetas* los que hacian versos en cualquier fiesta pública ó privada, ya con el vaso en la mano, ya con el objeto de imprimirlos. Pues para esta profesion, repetimos, no se hacia ningun estudio, ni aun se creia que fuese necesario hacerlo; y en efecto, bastaba para las producciones de aquella época la *Silva de Benjifo*.

Nosotros hemos conocido y tratado dos de estos poetas. Don Antonio Lopez Giron, médico, y Don Antonio de Leon: el primero dotado de un genio singular para la sátira: el segundo para la lírica. Ni uno ni otro salieron nunca de la clase de copleros, aunque siempre se conocia su superioridad sobre los demas coplistas. Fueron dos grandes talentos perdidos para la literatura. Leon estaba singularmente infatuado contra el estudio de las humanidades, y no perdía ocasion alguna de ridiculizarlo.

Es verdad que el movimiento literario de la época no era á propósito para abandonar el carril del mal gusto. Todo se reducía á las disputas y á la rivalidad entre los de la Universidad y los tomistas: y esta emulacion se extendió hasta á las fiestas que se hicieron en 1789 con motivo de la jura de Carlos IV. Inundóse la ciudad de papeletes en prosa y verso, ya impresos, ya manuscritos, zabiriéndose y ridiculizándose mutuamente unos á otros, á veces con alguna gracia y chispa: pero siempre con pésimo gusto.

Otra mies, sumamente amplia para los poetas, era la vacante de una prebenda de oposicion de la catedral. No habia hijo de buen padre que no describiese las prendas sobresalientes del candidato que le habia merecido la preferencia. Armábase entonces una terrible cachetina de versos, á cual mas malos, que divertia mucho á los lectores: pero desgraciadamente cesaba cuando se proveia la prebenda.

Si á estos insignes monumentos de la literatura sevillana en aquella época se agregan los *villancicos* que se cantaban en las festividades eclesiásticas, y las *décimas* que se consagraban á los misacantanos, y á las religiosas en el acto de su profesion, *décimas* en las cuales era de ley nombrar y elogiar al padrino, al predicador, y á los padres, hermanos y tíos del protagonista, habremos concluido el cuadro de los asuntos poéticos de aquel tiempo feliz: y lo llamamos así, porque no eran necesarios grandes esfuerzos para ceñirse los laureles de Apolo.

Existian entonces en Sevilla dos jóvenes de diferente índole y capacidad, y que despues se dieron á conocer ventajosamente en la literatura de aquella ciudad. Uno era Don Manuel de Arjona, sobrino y en cierto modo discípulo del capellan real que hemos citado; hombre de extraordinario talento, á quien eran familiares todas las formas de buena poesía, y dotado de inteligencia y facilidad para los estudios de humanidades y de erudicion. El segundo, D. Justino Matute y Gaviña, sobresalia mas en los conocimientos de historia literaria y de los escritores del siglo XVI. Reunidos por su aficion á las musas, y penetrados por sentimiento y conviccion de los vicios que dominaban en nuestra literatura, se propusieron cor-

regirlos, y para ello, con el auxilio del director de la biblioteca pública de la ciudad, erigieron en este local una Academia.

Dos cosas contribuyeron al mal éxito de esta empresa. La primera fue su publicidad misma. Ni los nombres oscuros de sus autores, ni su falta de influencia social é intelectual, ni el mérito mismo de aquellos jóvenes, escaso todavía, podian tolerar la luz pública. La segunda fue el plan que se propusieron, y que indicaba suficientemente cuán pequeñas eran sus fuerzas para el empeño en que se habian metido, y bajo qué punto de vista tan poco elevado lo habian concebido. Dieron á su academia el nombre de *Horaciana*, porque se proponian explicar los preceptos poéticos de Horacio, y examinar los modelos de poesía lírica y didáctica que nos ha dejado aquel insigne poeta latino. Pero la extirpacion del mal gusto no podia remediarse con una enseñanza tan parcial. Era preciso subir á la fuente de la ciencia de las humanidades; y esto era lo que *entonces* eran incapaces de hacer los *Horacianos*. El mismo título que tomaron los desacreditó entre la turba estudiantina, ignorante y burlona; y la Academia horaciana nació casi muerta.

No mucho despues se formó, con mas cautela y menos arrogancia, la *Academia particular de letras humanas*, que vino á ser en pocos años la verdadera escuela Sevillana de humanidades. Pero antes de formar su historia, no debemos omitir un fenómeno extraordinario que presentaba entonces la literatura sagrada. Don Teodomiro Diaz de la Vega, prepósito de la congregacion de San Felipe Neri, orador estimable y de mérito cuando predicaba al pueblo, desplegó tal unión y vehemencia en las exhortaciones que hacia en los ejercicios espirituales de aquella casa, que no es posible explicar su efecto sin haberle oido. El predicador que á la vista del público parecia contener su natural fogosidad, era un hombre nuevo cuando se hallaba rodeado de los ejercitantes; esto es, de hombres que trataban seriamente de seguir el sendero de la virtud. Allí revelaba con admirable sagacidad las miserias y dobleces del corazon humano: allí lanzaba los rayos de la justicia divina: allí presentaba abierto el asilo de la misericordia, con una

verdad, con un calor, que confundía, aterraba y hacia suyos los ánimos y corazones de los oyentes. Sus doctrinas eran puras, sencillas, conformes con el espíritu de la religión: pero poseía el talento de presentarlas dramáticamente, y de obligar al hombre á fijar los ojos de su ánimo en el Dios que le crió, le redimió y le ha de juzgar.

El P. Vega habia hecho muy buenos estudios en teología y en las ciencias auxiliares de ella: mas no en humanidades. Su talento oratorio, limitado á la capilla de ejercicios, no fue debido á su instruccion en el arte, sino á su genio. Nos parece que una edicion de sus meditaciones y exortaciones seria, prescindiendo de su utilidad moral, un monumento literario de mucho mérito, y solo en su género, de la época de que vamos hablando.

Vengamos ya á la Academia de letras humanas. En sus principios se compuso casi esclusivamente de cursantes en teología: asi no es de extrañar que entre las primeras disertaciones que se leyeron en ella, hubiese algunas relativas á la historia eclesiástica. Tambien se incluyó bajo el título de letras humanas, á lo menos por algun tiempo, la Geografía y la Historia: y aun entre las esplicaciones académicas, de que hablaremos despues, se contó tal vez la Geografía antigua. Pero estas aberraciones del espíritu y carácter de una academia de humanidades, ademas de que duraron poco, contribuian á aumentar el caudal de erudicion que tan necesario es para el poeta y el orador: y siempre la oratoria y la poesía se miraron como el objeto principal de su instituto.

La riqueza de conocimientos que poseian los primeros académicos consistian: 1.<sup>o</sup> en una completa inteligencia de la lengua latina y de sus escritores clásicos; y aun hubo individuos que siguieron correspondencia epistolar en este idioma digna de ponerse al lado de las de Vives y Mureto: 2.<sup>o</sup> los principios de *Retórica* de Quintiliano, explicados por el P. Colonia: 3.<sup>o</sup> los principios de poética de Luzan, que como es notorio, comentó á Aristóteles y á Horacio: 4.<sup>o</sup> la lectura de Granada, Leon, Herrera y demas clásicos del siglo XVI, ya bastante conocidos por las ediciones nuevas que de ellos se hicieron en el reinado de Carlos III, por el Parvaso español

de Sedano y por la edicion mejor entendida que la de este último literato, que estaba publicando á la sazón Don Ramon Fernandez: 5.º la lectura del primer tomo de las *poesias* de Melendez, en las cuales descubrieron los jóvenes académicos las centellas del genio que animara á los Horacios, Tibulos y Herreras: 6.ª y último, un estudio profundo y no interrumpido del idioma patrio. Este se debió al celo del secretario perpetuo de la Academia, que no cesó de inspirar á los demas la necesidad de conocer bien el instrumento de que se valen la elocuencia y la poesía para producir sus efectos. Eran bien conocidos los mejores poetas italianos. Con este caudal comenzó la Academia: sus adquisiciones posteriores son debidas á estos principios.

Algunos mirarán como inútil y aun perniciosa una sociedad literaria que comienza por los elementos *clásicos*, como empezó indudablemente el instituto de que hablamos. La anarquía intelectual de la época presente desconoce toda regla y desprecia toda imitacion. Pero nosotros no podemos concebir que exista *arte* sin preceptos, y la experiencia demuestra que el artista que no imite, nunca merecerá ser imitado. Virgilio imitó á Homero, y á ninguno de esos genios presuntuosos, que quieren ser siempre originales, se le podrá asegurar la gloria ni la inmortalidad del cantor de Eneas.

Por otra parte cuando se quiere estudiar una profesión, es menester comenzar por sus primeros rudimentos; y estos en las bellas letras son indudablemente los de la escuela clásica, pues sus adversarios no han presentado ningunos. Semejantes á los filósofos y políticos del siglo XVIII, procuran destruir, pero no saben edificar.

Ademas, aun cuando los preceptos de Quintiliano y Aristóteles no estuviesen fundados sobre la naturaleza misma de las artes; aun cuando debiesen recibir modificaciones en la aplicacion, siempre seria necesario empezar por ellos. Para no equivocarse en las excepciones es necesario conocer bien la regla general. Nosotros atribuimos los progresos y los triunfos de la Academia á los buenos cimientos que eligió para su edificio.

La composicion de este cuerpo fue muy sencilla y exenta

de toda presuncion. Un secretario perpetuo, que fue siempre el alma de la Academia, y un presidente y un censor anuales, nombrados por todos los individuos, fueron sus únicas magistraturas. El destino de censor se suprimió, cuando creciendo excesivamente el número de obras presentadas, no se creyó oportuno gravar á un solo individuo con el trabajo de censurarlas todas. La censura de cada obra se dió por comision al académico que nombraba el presidente.

La lectura de las obras que se presentaban á la Academia, la de sus censuras, y las discusiones permitidas entre el autor y el censor, llenaban parte de las sesiones que eran dos por semana, de á hora cada una. Otra parte se ocupaba en la explicacion de la retórica y de la poética, y en la lectura, con observaciones, de obras clásicas. Hubo tambien certámenes y premios.

Detengámonos un poco en esta primera edad de la Academia, y reconoceremos el buen instinto que desde el principio la guió. Nunca se miró en ella como una obligacion de sus individuos hacer composiciones poéticas: presentábanlas los que querian, y que si no nos engaña nuestra memoria, en los primeros años solo fueron dos: uno de ellos Don José Roldan, cura despues de San Marcos de Jerez, y últimamente de San Andrés de Sevilla, robado antes de tiempo por la muerte á las letras, á los estudios eclesiásticos en que sobresalió, á la amistad y á la virtud. Solo eran obligatorios los discursos y disertaciones en prosa sobre asuntos de humanidades, que se fijaron en el número de dos al año para cada individuo.

Esta economía era excelente, y anunciaba ya el reconocimiento de un gran principio; á saber, que *para ser poeta no es suficiente el buen gusto sin el genio*: principio que arrojaba del Parnaso la turba petulante de los copleros, que careciendo por lo comun de ambas calidades, se metian á versificar. Reconocióse, pues, que no debia exigirse el genio á quien no lo hubiese recibido de la naturaleza; reconocióse tambien que el estudio no podia darlo, y se miró como objeto primario de la Academia propagar las nociones del buen gusto; porque estas nociones impiden los extravíos del genio poético

en los que lo tienen, y al que no, enseñan á juzgar sanamente de las producciones ajenas: cosa necesaria á todo hombre que pertenezca á la sociedad culta, principalmente en las carreras literarias. Por otra parte nadie está obligado á hacer versos; pero todos los que poseen cierto grado de cultura, deben escribir con pureza, correccion y lógica: y para acostumbrar á esto á los académicos, eran muy á propósito los discursos y disertaciones sobre materias de literatura.

Los que conocen el íntimo enlace que tiene el arte de pensar con el de expresar convenientemente los pensamientos, se convencerán de la utilidad de aquellos trabajos, en los cuales se aprendia prácticamente á coordinar las ideas, y á describirlas en un lenguaje correcto de modo que produjesen el mejor efecto posible. Perfeccionábase en gran manera esta instruccion por medio de la censura, que siempre fue severa; pero acre, ni una sola vez: sea dicho en elogio de aquel cuerpo, donde nunca se conoció ni la mezquina rivalidad, ni la presuncion ambiciosa, ni el deseo de la celebridad propia á costa de la humillacion agena. La única pasion dominante en todos sus individuos era la de propagar el buen gusto y los verdaderos principios literarios.

A esto contribuian principalmente las explicaciones, hechas por individuos de nombramiento académico. Un curso era de los principios de la oratoria, para cuyo texto se tomó Quintiliano, y otro de poética. Completábase esta instruccion con el estudio y análisis de los modelos de Ciceron, de Horacio, de Virgilio y de las mejores composiciones poéticas castellanas del siglo XVI. Esta comision se daba tambien por la Academia. Servia de tipo para los análisis la excelente obra de Rollin.

Parece imposible que unos jóvenes, sin principios de la ciencia de las humanidades, educados en una ciudad donde el gusto se halla tan pervertido, resueltos, á pesar de tantos obstáculos, á reformarlo, hubiesen, sin mas guia que su buen juicio y sus buenos deseos, atinado con los medios mas eficaces para llevar al cabo su para ellos colosal empresa. Es verdad tambien que tuvieron por auxiliares los rápidos pro-

gresos que hizo en Madrid la buena literatura en la última decena del siglo XVIII.

La Academia yacía en la mas completa obscuridad; pero esta no duró largo tiempo. Personas, que ya tenían alguna consistencia literaria en la ciudad, y que eran amigos ó discípulos de los académicos, fueron admitidos en su seno. Uno de ellos fue Don Manuel Arjona, colegial ya del mayor de Sevilla, poco despues doctoral de la capilla real, y últimamente penitenciario de la catedral de Córdoba. Este y Don Justino Matute, que habian sucumbido en la empresa de la Academia Horaciana, se agregaron sucesivamente á los trabajos del nuevo instituto, como tambien Don Joaquin María Sotelo, hombre de juicio rectísimo, de gusto delicado, á quien despues vimos magistrado integérrimo: era entonces colegial mayor. Casi todos los individuos de este cuerpo entraron en la Academia por amistad con los ya citados: mucho mas cuando sus sesiones, que hasta entonces se habian celebrado en las casas de algunos de sus miembros, se transfirieron á dicho colegio. Agregáronse sucesivamente á ella un profesor de matemáticas, otro de filosofía de la universidad, y varias personas ya conocidas en Sevilla tanto por su instruccion y su amor á la literatura, como por su posicion en la sociedad: de las cuales solo citaremos al señor Alvarez Santullano, canónigo de la iglesia metropolitana y que habia sido rector de la universidad literaria; en cuya casa estuvo la Academia antes de trasladarse al colegio.

La adquisicion de nuevos individuos, que habian salido ya de la clase de cursantes de la universidad, y que pertenecian á diferentes profesiones literarias, aumentó el caudal de ideas y conocimientos de la Academia, y perfeccionó los que ya poseia. Empezaron á estudiarse en ella el carácter de la poesia inglesa, cuyo idioma sabian algunos académicos, y el de la italiana: tuvo términos de comparacion literaria, y se profundizó mas en la ciencia de humanidades. Al fin fueron conocidas y leídas la obra de Batteux *de las bellas artes reducidas á un mismo principio*, la del P. André sobre *lo Bello*, y otros escritos filosóficos acerca de la elocuencia y la poesia. Entonces empezó, por decirlo así, la segunda edad de la Academia;

porque ya no creían sus individuos que era suficiente conocer los preceptos del arte, sino se llegaba á los principios en que estaban fundados. Y como la historia prestaba en gran parte los materiales de este nuevo estudio, se dedicaron á ella con ardor.

De este progreso muy notable que hubo en el modo de contemplar las bellas letras, resultó que se agregase á los dos cursos de oratoria y poética que se habían sucedido constantemente desde la erección de la Academia, otro de *principios generales del buen gusto*, en el cual se explicaban los caracteres de la belleza, del genio, de la facultad de juzgar en las bellas artes, de lo sublime, de las diferencias con respecto al gusto, de las diversas naciones, producidas por la diversidad de sus ideas habituales y de sus sentimientos característicos: del estilo, de sus diversas clases, y del language, cuya distincion del estilo se llegó á apurar en la Academia mas filosóficamente que hayamos visto en ningun escritor de humanidades.

Contribuyó mucho á los adelantamientos hallarse entonces en Sevilla, de fiscal de su audiencia, Don Juan Pablo Forner, literato distinguido en aquella época, y que aceptó el nombramiento que hizo en él la Academia de juez de las composiciones destinadas á los certámenes. Esto prueba la consistencia que ya tenia aquel cuerpo, y que ya se miraba como una reunion de *hombres*: pues un magistrado no se desdeñó de alentar sus trabajos y de asociarse á ellos en cierto modo. Pero pronto volvió á Madrid habiendo ascendido á fiscal del consejo, y privó á la Academia de un apoyo que le era entonces necesario, como diremos despues. Desde esta época las obras presentadas á los premios mayores fueron juzgadas por la misma Academia; y las que aspiraban á los menores, por un académico, nombrado por ella misma para cada certamen particular.

Este cuerpo tenia ya nombre y celebridad en Sevilla, y no contribuyó poco á aumentarla las relaciones que existian entre los académicos y el señor Forner. Mientras este permaneció en aquella ciudad, nadie se atrevió á acometerla ni á defraudarla de la fama que merecian sus útiles tareas, y el carácter estimable de sus individuos. Pero apenas se volvió á

Madrid aquel literato, empezó la envidia y la ridícula emulación á afilar sus garras. Preludióse con un folleto despreciable, al cual se prometió respuesta, y se dió en efecto la mejor que podia darse.

Hasta entonces no habia visto el público ninguna produccion académica. Algunos de sus individuos hacian composiciones poéticas, las leian en las sesiones, y eran censuradas. Algunas de ellas habian obrenido premio en los certámenes. Creyóse, pues, que la mejor respuestâ á las ridículas observaciones de los detractores, seria dar á luz una coleccion de las mejores composiciones que existian en el archivo, despues de corregidas por sus autores, precedida de una apolojía de la Academia, que escribió Don Eduardo Vaquer, jóven apreciable, á quien arrebató la muerte cuando se esperaban de él los frutos debidos á su aplicacion y talento.

Esta coleccion produjo excelente efecto en la clase ilustrada de la sociedad: porque fue la primera, desde el siglo de Rioja, en que se habia observado el tono de la buena poesia.

Exceptuadas algunas anacreónticas, una elegia á la muerte de Forner, que acaeció por entonces, y una epístola, las composiciones pertenecian al género lírico grave, severo. Muchos de los asuntos eran religiosos, correspondientes á la profesion de sus autores y al carácter que tuvo la Academia desde su ereccion: algunos literarios: otros filosóficos.

Alguno de los autores de esta coleccion, cuando ha publicado despues la de sus poesias, ha tenido que refundir en gran parte las que se hallaban ya impresas por la Academia, y que creyó á propósito conservar: otras hubo de desecharlas enteramente. Lo mismo harian en igual caso sus compañeros, y esto es muy natural. Rara vez perdona el genio en una edad mas adelantada las producciones que fueron primicias de su juventud: porque no es posible dar á estas primeras flores la consistencia de los frutos. Los progresos que la razon hace con los años, el estudio y la experiencia, no los puede suplir ni el talento ni la fantasía.

Però concediendo que faltase en las composiciones de aquella coleccion la madurez de una razon perfeccionada, no se puede negar que se encuentran en ellas las formas propias del

arte: armonía sostenida, escojimiento de palabras, pensamientos bien elegidos, aunque no fuesen muy originales, y presentados bajo la forma de imágenes, era todo lo que se podia exigir, y mas de lo que se podia esperar, de unos jóvenes que se habian formado á sí mismos y que comenzaban entonces su carrera. Estaban en el buen camino: esto era lo esencial. La perfeccion debia ser obra del tiempo.

La Academia poseia en su archivo otras muchas composiciones poéticas; mas tuvo la prudencia y la severidad necesaria para suprimir todas las que faltasen á las condiciones esenciales de la buena poesia. El público no podia conocer tanto como ella el mérito de esta eleccion; pero se convenció fácilmente por la muestra que se presentaba, de la utilidad de sus tareas.

Hízose una verdadera revolucion en el gusto y en las ideas de la sociedad culta de Sevilla acerca de las bellas letras. Los que las cultivaban aceptaron el sistema que les presentó la Academia. Los que sentian en su pecho la llama y aspiraban al lauro de la poesia, imitaron el tono, la armonía y el giro de las de la coleccion. A los ridiculos villancicos y á las detestables décimas sucedieron composiciones dignas del templo donde se cantaban, ó de los objetos sagrados á que se dedicaban. A las *aleluyas* de las profesiones religiosas sucedieron odas llenas de dignidad, de fuego y de entusiasmo. En las corporaciones, donde como en la Sociedad de amigos del pais, era costumbre leer composiciones poéticas en las juntas públicas, en vez de rapsodias prosáicas y desmayadas, se presentaron verdaderos cantos: y Sevilla tuvo la felicidad de volver á ser la patria de Herrera y de Rioja, merced á la propagacion del buen gusto, procurada y conseguida por la Academia.

Es verdad que fue auxiliada notablemente en esta empresa por la publicacion que se hizo sucesivamente de las poesias de Melendez, Quintana y Cienfuegos, los tres líricos mas célebres de fines del siglo XVIII, y del *Café* de Moratin que fijó el gusto y las ideas acerca del poema cómico, tan pervertido como los demas géneros de literatura. Los progresos de las buenas ideas en la capital de la monarquía coadyuvaban en gran manera á las mejoras que la Academia de *Letras hu-*

*manas* se habia propuesto conseguir en la del Guadalquivir.

Permitásenos hacer una digresion en esta época que se extendió desde 1795 hasta el fin del siglo, para pintar el género de vida y las costumbres de los académicos: porque esta descripción, que parecerá á primera vista carecer de interés que no sea individual, está ligada á los progresos que hicieron cada uno en su profesion, y á la propagacion de los buenos principios literarios. Las sesiones de la Academia eran solamente dos por semana, y cada una duraba solo una hora; pero puede decirse que todos los momentos libres que tenian los académicos, estaban dedicados á la amistad fundada sobre las comunicaciones literarias.

El grande vínculo que á todos los unia entre sí, era el deseo de consagrarse á los progresos del saber y á los buenos principios en todas las facultades, señaladamente en la de las letras humanas: y como cada uno sobresalia en algun ramo, desconocido á los demas ó poco cultivado por ellos, procuraba satisfacer el ansia de adquirir y transmitir conocimientos que animaba á todos. De aquí nació que se formasen entre los académicos varias reuniones, todas dirigidas á aumentar el caudal de las lnces. Ya se juntaban dos ó tres para leer nuestros clásicos y hacer observaciones sobre el language: unos suplicaban á un compañero que sabia matemáticas, que los iniciase en esta ciencia; en otra parte se formaba otra reunion para tratar de teología, cánones y jurisprudencia, despojadas estas ciencias de la barbarie escolástica: allá, mientras se daba un paseo, explicaba otro los principios de la geografia á la vista de los astros, ó si era de dia, se leian, haciendo reflexiones sobre ellas, algunas piezas de nuestro teatro. Comparábanse en conversaciones particulares á Calderón, Lope y Moreto con los padres del teatro francés, y se disputaba amigablemente sobre su mérito respectivo: alguno se dedicó al estudio de la lengua y literatura inglesa, valido de la oportunidad de haber un académico que las conocia. En fin, no se hacia mas que ser aplicados, virtuosos y felices dando y recibiendo instruccion.

Eran desconocidas las pasiones viles y mezquinas de la envidia y de la ambicion: porque la primera hubiera acabado con la Academia en su nacer, y para la segunda por fortuna

de los académicos no era buen teatro la ciudad donde moraban. Ninguno de ellos trabajaba mas que por el noble deseo de saber, sin prevision alguna de las ventajas que pudieran proporcionarle los conocimientos que adquiriesen. Eran jóvenes y entusiastas por todo lo que es grande y virtuoso; y el estudio y la amistad bastaban para su felicidad recíproca. Esta amistad era verdadera: vióse muchas veces reprenderse unos á otros sus defectos morales; y lo que es mas importante, corregirse el reprendido. Muchos años y revoluciones han pasado desde aquella época; pero en cualesquiera partes donde aun existen individuos de la Academia de letras humanas, saben que son amigos, y sin necesidad de juramentos ni de ceremonias misteriosas, cuentan con un vínculo que solo romperá la muerte.

¡Venturosa época de la vida, que no volverá! pero que será siempre el recuerdo mas agradable de los que gozaron de ella. El tiempo que otra parte de la juventud emplea generalmente en satisfacer pasiones nocivas é inmorales, ó cuando mejor, en entretenimientos peligrosos, se distribuía por los académicos en el cumplimiento exacto de sus deberes, en el estudio, en la perfeccion de su inteligencia, en la propagacion de las buenas ideas literarias y de los conocimientos que poseian, y en cultivar el sentimiento sagrado de la amistad, nunca mas firme que cuando se apoya en la correspondencia científica. Respiraban, por decirlo así, en la atmósfera de la *belleza ideal*, que conocian por los modelos que procuraban reproducir en sus cantos: y así sus sensaciones morales eran dulces y severas al mismo tiempo: y sus ideas religiosas participaban de aquella poesia sublime, que ha descrito despues Chateaubriand, y que ellos mismos sentian, como lo prueba el gran número de composiciones sagradas que escribieron. Séanos lícito hacer mencion de nuestro amigo Don Francisco Nuñez, ya difunto, en quien España hubiera tenido el Pindaro del cristianismo, si su genio sublime y vehemente hubiese podido sujetarse al fastidioso, pero necesario trabajo de la correccion.

No habia secreto alguno entre los académicos; y esto era tan así, que los aspirantes á un mismo premio en los certáme-

nes solian comunicarse sus composiciones, y aun indicar algunas correcciones importantes en el trabajo de su adversario. No se conocian partidos: la divergencia en algunas opiniones particulares no destruía, por decirlo así, la unidad de creencia literaria. Consultábanse unos á otros en sus tareas, y el consultado trabajaba en ellas como si fuesen suyas propias. No habia sentimiento de *gloria individual*: esta se procuraba siempre refundir en la de la Academia; y todos tenian tanto interés, como el mismo autor, en que su composicion fuese la mas perfecta posible.

Los principios morales y religiosos de los académicos los preservaban de toda calumnia: la superioridad de su inteligencia llegó á ser generalmente reconocida, y dominaron la sociedad literaria. El *coplerismo* acabó: porque si tal vez aparecia alguna composicion de su cosecha, ó era recibida con silbos, ó condenada al desprecio y al olvido. Los individuos mas sobresalientes de la Academia eran mirados con grande aprecio; y Capmany, que ya tenia un nombre célebre en la literatura, no se desdeñó, en un viage que hizo á Sevilla por estos tiempos, de asistir á sus sesiones.

Llegó en fin la época mas brillante de la Academia. Trasladada al colegio mayor de Santa María de Jesus de Sevilla, participaba en cierta manera del carácter público de este cuerpo; y pudo celebrar sesiones á que se convidaban los sujetos de la ciudad que mas se distinguian en la literatura, para la adjudicacion de los premios en sus certámenes. Ya las empresas eran mas árduas y se desempeñaban con mas acierto. Pero entonces empezó á conocerse el mal de que estaba amenazada y que acabó con ella. Acaso su mismo mérito fue la causa de su ruina.

La mayor parte de los académicos, que fundaron este cuerpo y lo llevaron al grado de esplendor que tuvo últimamente, eran jóvenes que con el tiempo habrian de tener obligaciones domésticas ó públicas que desempeñar. Este tiempo llegó sin haberse previsto; porque en la época del fervor nada se veía sino el objeto principal del establecimiento. Algunos académicos salieron acomodados para fuera de Sevilla: otros lo fueron en esta ciudad, y casi todos los que formaban, por

decirlo así, el núcleo principal, contrajeron obligaciones harto severas é importantes para que fuesen compatibles con la continuacion de las tareas anteriores, y mucho menos con la solicitud continua y casi esclusiva por la prosperidad del cuerpo.

Solo llegó á hacerse sensible este inconveniente cuando comenzaron á desaparecer los académicos. Entonces se procuró obviarlo por un medio infalible á haberse adoptado cuatro ó seis años antes. Este fue el de admitir en calidad de discípulos á algunos adolescentes, que asistiendo á las sesiones del cuerpo y oyendo las explicaciones, se hallasen con el gusto ya formado cuando llegasen á la juventud y pudiesen ocupar el lugar de sus maestros. Pero ya era tarde. Aunque los primeros alumnos que se admitieron fueron elejidos con tanto tino como la esperiencia probó en el talento y las virtudes que han desplegado despues, la Academia pereció de inanición antes que sus futuros individuos llegasen á la edad de la pubertad.

Murió: pero murió como cae la flor, dejando el fruto que le sobrevive. Cesaron las sesiones académicas; pero el mismo espíritu que habia animado á sus individuos, el mismo amor á la bella literatura los siguió y acompañó á todas partes, adonde la suerte y las revoluciones del siglo los arrojaron. En ninguna fortuna, en ninguna situacion social abjuraron el culto de las musas, que habia sido la deliciosa ocupación de su juventud. La mayor parte de los académicos, admitidos ya en la Sociedad de amigos del país, inspiraron á esta sabia corporacion el proyecto que ellos mismos sentian haber adoptado demasiado tarde, y se fundó bajo sus auspicios una cátedra de humanidades que sirvieron sucesivamente tres individuos de la difunta Academia. A ella perteneció un profesor de literatura española en el Ateneo de Madrid, que ha concluido en este ilustrado y benemérito instituto un curso completo de poesía castellana. Podemos decir sin temor de ser desmentidos, que cuanto se ha progresado en Sevilla desde aquella época en materias literarias se debió á la Academia. Individuo suyo fue el actual Director de la Academia de Buenas Letras, inerte y cadavérica entouces, y que ya animada y rejuvenecida, sigue con ardor los pasos de la de Letras humanas.

si hemos de juzgar por lo que hemos visto de sus tareas. También lo fue el juez de sus composiciones que eligió una academia particular fundada en Cádiz á principios del siglo, por jóvenes estudiosos y amantes de la bella literatura, así como el que nombró para director suyo otra reunion de la misma especie fundada en esta corte en 1824, compuesta de individuos que se distinguen en el día así en humanidades como en otras carreras. Cuando por el plan de estudios de 1807 se introdujo en las universidades el estudio de la retórica y bellas letras, sirvieron sucesivamente esta cátedra en la de Sevilla dos miembros de la academia de letras humanas. Parece que el hado de esta corporacion ha sido aun despues de muerta propagar los principios del buen gusto, durante la vida de sus individuos, que han dejado esparcidas sus doctrinas por medio de la enseñanza, ya pública, ya privada, en Andalucía, en la corte, en las provincias del Norte, en Francia, y hasta en la misma Inglaterra. Tan portentosos son los efectos del entusiasmo juvenil cuando está dirigido por un sentimiento tan virtuoso como el amor de las ciencias y de la civilizacion.

Ni queremos atribuir solamente á ellos los adelantamientos que se han hecho en la ciencia de las humanidades. No. Las obras de otros literatos insignes, y de las corporaciones sábias de la capital, han contribuido poderosamente á perfeccionar estos estudios. Pero nadie quitará á la Academia de letras humanas de Sevilla la gloria de haber cultivado un terreno donde era mayor la maleza, con menos recursos y con igual fruto.

Viniendo ya á las obras que ha producido la Academia durante el periodo de su existencia, debemos decir que fueron numerosas; y aunque no todas de igual mérito, ninguna por lo menos dejó de ser conforme á los principios del buen gusto que en ellas se discutian ó aplicaban. Unas han visto la luz pública y otras no. Haremos enumeracion de las primeras, acerca de las cuales el público instruido ha formado ya su opinion, y hablaremos mas detenidamente de las principales que pertenecen á la clase de inéditas.

Explicamos ya los motivos que tuvo la Academia para imprimir su *Coleccion de poesias escogidas*, de la influencia que

ejerció en la mejora del gusto en Sevilla, y de su mérito, considerada aisladamente y sin relacion á las circunstancias en que se publicó. Varias de aquellas composiciones, casi refundidas, y otras muchas, compuestas posteriormente por individuos de la Academia, salieron á luz ya en la coleccion que ha impreso alguno de ellos, de sus obras poéticas, ya en la segunda edición de la de Poesías castellanas del Sr. Quintana, donde se insertaron obras de los académicos D. José Roldán, D. Manuel Maria de Arjona y D. Francisco de Paula Castro: ya en fin, en el *correo literario de Sevilla*, periódico que publicó el Académico D. Justino Matute en los primeros años de este siglo, con buena crítica y eleccion, y en el cual tuvieron lugar muchas composiciones muy bien escritas de los poetas que entonces comenzaban á distinguirse, y no pocas de nuestros poetas del siglo XVI y XVII inéditas hasta entonces.

Todas estas poesías, pertenecientes al género lírico, así como otras muchas que se guardan en el archivo de la extinguida Academia, conservan, á pesar de la diferencia de los géneos de sus autores, el carácter y tipo principal de la escuela sevillana moderna, cuyo objeto fue resucitar la antigua de los Herreras, Rioja y Jáuregui. Nos ha parecido conveniente desenvolver con alguna extension esta idea primordial de los fundadores de la Academia, adoptada y desenvuelta en toda su plenitud por los individuos que mas se distinguieron en aquel cuerpo: porque este pensamiento fecundo fue el norte de sus trabajos, así como su feliz éxito les sirvió de premio.

El hombre que no ha recibido de la naturaleza el don sobrehumano de la poesía, á lo mas que puede aspirar es á poseer el gusto de esta divina arte, y á gozar de la lectura de los verdaderos poetas. Para él el estudio de las humanidades será una fuente de placeres y de intelijencia: no hará, si se quiere, versos que enardecen á la edad presente y á la posteridad; pero sabrá discernir y juzgar con acierto, y á lo menos adquirirá el hábito de una elocucion fácil y correcta, elemento necesario de instruccion en la sociedad culta.

Pero el don de la poesía no es *uno* é indivisible. Se ven hombres capaces de inspiracion, diestros en el arte de pintar, de riquísima fantasía; pero por mas que se afanen, no les es

posible encerrar, por decirlo así, en los estrechos marcos de la rima y de la versificación, los variados y hermosos cuadros que han creado. Tenemos un insigne ejemplo de esta verdad en el inmortal estropeado de Lepanto, superior á todo su siglo (y nos quedamos cortos) en las prendas que constituyen el verdadero genio poético: flexibilidad y variedad de expresión, que comunicó al idioma castellano: fuerza de pincel: capacidad para crear: armonía en la sentencia: tacto exquisito para darle el giro correspondiente al género que trataba; y en fin, una afición invencible á hacer versos, á pesar de la convicción íntima que tenia de que no era aquella su *mision*, como se dice ahora. ¿Qué le faltaba pues? Solo el talento de la versificación. Su prosa vale mas que la mayor parte de los versos que se han hecho en castellano. Góngora era un pigmeo colocado junto á él; y sin embargo Góngora es un gran poeta, porque supo versificar: y Cervantes careció de este título, harto debido á las prendas relevantes que poseia, porque nunca pudo dar á sus pensamientos ya grandes, ya festivos, ese colorido, esa magia inexplicable y misteriosa que produce la buena versificación. Lo que dicho en prosa por él era animado, gracioso, brillante, cuando lo ponía en verso quedaba sin lustre y desmayado. Los que quieren que todo el talento del poeta esté exclusivamente en el pensamiento, y desestiman el estudio de las formas, pueden mirarse en este ejemplar.

El verdadero poeta siente la inspiración, sin la cual nada es, y canta; pero vaciando el metal liquidado y ardiente que recibe, en moldes conocidos y estudiados de antemano: porque así y solo así producirá obras inmortales. La razón ideológica de esta doctrina es muy obvia. El pensamiento que se le presenta, la imagen que ha creado en su fantasía, está completa: pero como su instrumento es el lenguaje, tiene que analizar uno y otro al escribirlo: y ¡cuánto peligro corre de que en esta análisis intelectual desaparezcan todas las bellezas! Aquí, aquí está la grande dificultad del artista. Si bastase concebir un excelente cuadro, todos seríamos grandes pintores. Pero es necesario despues presentar *analizado*, por medio de los colores, lo que se ha concebido, de modo que se reproduzca el todo que formamos en nuestra fantasía. Con-

cluyamos, pues, que la inspiracion sola no forma los grandes poetas; y que es necesario ademas, como en las otras artes, el estudio de las formas y de los modelos. Ya esto lo había dicho Horacio; pero estamos en un siglo presuntuoso, en el cual es necesario volver á demostrar todas las verdades que reconocieron por instinto los sábios de la antigüedad.

La inspiracion no se estudia ni se imita; pero sí las formas de elocucion, el lenguaje, la organizacion de los versos. Pues ahora bien: todo lo mejor que hay en esta parte, lo poseiamos ya en nuestros buenos poetas del siglo XVI, y la escuela sevillana no hizo mas que imitar el espíritu de las de Cadalso en Salamanca y de Luzan en Madrid, las cuales produjeron á Melendez y á Moratin: esto es, al primer lírico y al primer dramático del siglo XVIII. Se inclinó al género de Arguijo, Herrera, Rioja y Jáuregui, no por ser poetas de su patria: tambien se estudiaba y analizaba á Garcilaso, á los Argensolas, á Leon, y aun á Lope y á Góngora en sus buenas composiciones. La predileccion á favor de la antigua escuela sevillana del siglo XVI procedió de que su elocucion era mas correcta, mas severa, y sobre todo mas lírica.

Es un fenómeno literario muy digno de observacion, que habiéndose distinguido tanto los poetas andaluces en varios géneros, han quedado sin embargo muy inferiores á los de Madrid y de otros puntos de España en la poesia dramática. Aquella provincia, tan fecunda en poetas líricos, nada tiene que oponer, no ya á Lope, Calderon, Moreto y Moratin; pero ni aun á la *Raquel* de Huerta. ¿Provendrá esto de que el drama necesita para su perfeccion del espectáculo de una Corte, centro siempre de las vicisitudes del poder y de la fortuna, de grandes vicios, de sublimes virtudes, del tono de la buena sociedad en todo su refinamiento, en fin de las ridiculeces de la humanidad? ¿O bien esta pobreza de genio dramático procederá del carácter poético de los andaluces, heredado de los árabes, mas propio para sentir y para expresar sus propias ideas y pasiones, que para fingirlas en otros personajes? El hecho es cierto: nuestros lectores adoptarán la explicacion que les parezca mas exacta.

Muchos individuos de la Academia escribieron versos, con

mas ó menos felicidad; pero todos en el género lírico, sublime, filosófico ó amatorio. No hubo entre todos uno solo á quien ocurriese la idea de componer una tragedia ó una comedia; y cuando uno de ellos arrostró por complacer á personas que se lo pidieron, esta empresa, escribió con el nombre de tragedia una rapsodia, llena de versos que merecieron aplausos, pero sin accion, sin colorido trágico, sin talento teatral. Felizmente para el público, tenia no mas que tres actos.

Tampoco se dedicaron al género satírico. Algun ensayo que se hizo de esta especie salió pésimo, y se renunció á él para siempre. Mas felices fueron en el género epistolar elevado y filosófico: y de esta clase quedaron muy buenas composiciones en el archivo, y las mejores no han visto aun la luz pública. Pero la principal especie de poesía, la predilecta era la lírica, principalmente la sagrada y la filosófica, y la pastoril, que es el canto lírico de los pueblos, cuyas sensaciones son dulces y tranquilas. En este género escribió un drama, intitulado *los amantes generosos*, uno de los individuos de la Academia; esta composicion se imprimió y fue muy bien recibida del público. Otro intitulado *Danilo*, escrito en bellísimos versos por Don José María Roldan, se conserva inédito entre los papeles de la Academia.

No pasaremos adelante sin advertir con cuanta injusticia se quiere actualmente desterrar de la poesía el género bucólico, cultivado con tan feliz éxito por los griegos, por los romanos, por los italianos modernos y por los españoles. El padre de nuestro Parnaso fue un poeta, casi esclusivamente pastoril. ¿Qué le falta á este género para ser eminentemente poético? ¿No pertenece á un mundo ideal, á la edad de oro? ¿No se combina en él la descripcion de las pasiones humanas con una situacion posible, cual es la tranquila vida del campo, y el cuadro de las escenas y objetos mas bellos de la naturaleza? ¿No refresca y fecunda nuestra imaginacion, apartándola, aun cuando solo sea por un momento, del *prosaismo* social, que es el cáncer del presente siglo? Salomon, Augusto, los reyes de Siracusa, Leon X, y Felipe II, á pesar del poder y magnificencia que los rodeaba, y acaso fastidiados

de ella (de Salomon consta por las divinas letras) ¿no se complacian en esta clase de poesía sencilla, que recuerda á los pueblos su primitivo origen?

Nada prueba mejor la deprabacion del gusto actual que la preferencia dada sobre los Tirsis, Amintas y Dametas de nuestros bucólicos del siglo XVI, al Cárlos V del *Ernani*, hecho un badulaque, á la severa María Tudor, convertida en una mujer galante, por no decir otra cosa; al puro, al religioso Leon, haciendo el pisaverde, al Felipe II de Alfieri ó de Schuller, pérfido, inhumano y parricida, y á las princesas de la sangre real de Francia, asesinando á la aurora los amantes con quienes habian pasado la noche. Semejantes monstruosidades no solo pervierten el gusto, sino tambien el corazon y la moral. El mundo ideal que se adopte para la poesía, debe ser mas bello que el existente: y el de los dramas actuales es el *non plus ultra* de la deformidad moral. Calderon desfiguró la historia, y convirtió sus personajes en caballeros españoles, que por lo menos valieron tanto como los héroes de Grecia y Roma. Ahora se hace lo mismo, pero con el objeto de degradar la naturaleza humana, y de hacerla descender á un grado imposible de perversidad.

Los franceses han sido poco felices en la égloga, que en su Parnaso ó fue grosera, ó demasiado ingeniosa como la de Fontenelle; y como tienen tacto muy fino para conocer lo que interesa á su gloria, principalmente á la literaria, introdujeron últimamente la moda de ridiculizar este género. Nuestros estúpidos imitadores, auxiliados en esta parte por el prosaismo de las costumbres y del siglo positivo, renunciaron gratuitamente á una gran parte de los laureles del siglo XVI. Todo se puede ridiculizar: y hartas y muy fuertes pruebas tenemos de ello; pero la razon y el buen gusto sobreviven siempre á la moda y á las frases. Samaniego se burló de las composiciones pastoriles; pero Samaniego se extasiaba ante la musa de Iriarte. Volvamos á nuestro propósito.

La única composicion del género épico, presentada á la Academia, fue el poema de la *Inocencia perdida* de nuestros primeros padres, en dos cantos, que consiguió el premio en uno de los certámenes mayores: su autor fue Don Feliz José

Reinoso, secretario del cuerpo y uno de sus fundadores. Nada diremos de esta composicion, que fue altamente elogiada en las *Varietades literarias*, periódico que entonces se escribía en Madrid por los humanistas mas célebres de esta capital. La primera edicion desapareció en breve, y los amantes de la buena poesia desean con ansia que su autor publique la segunda. La fama de esta obra y de la Academia de letras humanas era ya tan ventajosa en la corte, que se hizo del poema una edicion furtiva antes que se publicase la genuina.

Este género, en el cual han sido infelices igualmente los franceses y los españoles, los primeros por su demasiada sumision á las reglas clásicas, y aun mas por los defectos esenciales de su lenguaje poético y de su versificacion, y los segundos por haber traspasado con demasiada libertad los límites del arte, aunque tuviesen una poesia muy á propósito para las inspiraciones épicas; este genero, repetimos, es otro de los anatematizados por la moda actual. Este desprecio anuncia una sociedad que nada admira y nada cree, y cuyos sentimientos solo se versan acerca de objetos positivos y tangibles. Esta moda pasará, porque las ilusiones poéticas son una parte *muy verdadera y real* de la felicidad humana.

Réstanos hablar de las composiciones, inéditas hasta ahora y que existen en el archivo de la Academia. Estas se dividen en dos clases: las obras poéticas, casi todas del género lírico, y que son en gran número, y las memorias y disertaciones sobre diferentes cuestiones de oratoria y poética. Citaremos de unas y otras las que nos parezcan mas dignas de recuerdo.

Y empezando por las poéticas, ademas de varias composiciones que optaron á los premios menores, hay entre ellas una traduccion de la excelente égloga de Pope, intitulada el *Mestas*: otra, de la *Dunciad*, poema satírico del mismo autor; pero acomodada á los vicios y malos escritores de la literatura castellana: varios idilios de Gesner: un poema original en el género didáctico, cuyo título es la *Belleza*: una epístola admirable sobre los vicios de la sociedad política: y el canto de la *Inocencia perdida*, que mereció el *accessit* en el certamen donde fue premiado el poema del Sr. Reinoso.

No queremos dejar de mencionar aquí las composiciones

de Don Francisco Nuñez, á quien ya hemos citado. Sus obras, aunque llenas de incorreccion, lo estan tambien de pesamientos é imágenes atrevidas y orijinales. Era tenido en la Academia por el primer poeta lirico de ella en quanto al estto y la inspiracion: y el público instruido se convenceria facilmente de la exactitud de este juicio, si se diesen á luz sus poesias.

De las obras en prosa citaremos una novela moral, escrita por Don Francisco de Paula Castro, y dos elogios que obtuvieron premio en los certámenes, de Pelayo, primer rey de Asturias, y de Fernando III el santo, uno y otro modelos en su género de correccion y elocuencia. De las disertaciones pudieran citarse muchas dignas de figurar en un tratado filosófico de bellas letras. Estas memorias eran el principal trabajo de la Academia, pues como ya hemos dicho, su objeto primordial fue propagar las ideas del buen gusto, y evitar al genio los escollos en que puede estrellarse.

La de mas mérito, en nuestra opinion, por ser la materia mas difícil, menos explicada en los autores, y muy sutil por sí misma, es la que trata de *las diferencias entre el estilo y el language*: voces que suelen confundir muchos, y cuya teoría llegó á conocerse en la Academia con toda perfeccion por medio de este luminoso principio: *el estilo consiste en los pensamientos y el language en las palabras*. Así se estableció la diversidad de los estilos en las calidades variadas de los pensamientos subordinados, con los cuales se expresa una misma idea principal; y la del language por su pureza, por su propiedad, por las figuras gramaticales, y por su conveniencia con el género.

Sigue á esta en mérito otra disertacion en que se comparó el estilo puro y sencillo en las oraciones sagradas, usado por los santos Padres, con la magnificencia de expresion y riqueza de imágenes, propia de los célebres predicadores franceses. Esta obra obtuvo un premio mayor en la Academia.

En el estudio de la Retórica, que se hizo con mas filosofía que la que aparece en la mayor parte de los elementaristas, se notaban, tomadas de los antiguos, dos teorías falsas é incompletas. Tales eran la distincion de los géneros demostrativo, deliberativo y judicial, y la doctrina de los tópicos.

Uno de los académicos, que vive, se propuso demostrar la falsedad é inutilidad de esta enseñanza, y lo consiguió felizmente en dos disertaciones. Por las censuras y explicaciones se propagaban todas estas ideas; y los preceptos, así de Oratoria como de Poética, no se adoptaban sino despues de examinar filosóficamente sus fundamentos y sus excepciones.

Hemos tegido la historia de la moderna escuela sevillana, hecho enumeracion de sus trabajos, y demostrado la influencia que ha tenido en la mejora de los estudios de humanidades en España, y la parte de gloria que le cabe en este importante acontecimiento: pequeña, si se compara con la que debe tributarse á otros genios mas sublimes, á otros cooperadores mas sábios; pero realmente muy grande si se atiende á la exiguidad de sus medios, y á la esfera parcial y reducida en que los desenvolvió.

LISTA.

# DIOS.

## 1.

**E**N dónde, en dónde estás? por qué tu frente  
 Con los vapores del misterio velas?  
 Dónde á la vista ansiosa te revelas  
 Del mortal que te busca por do quier?  
 Cuándo esta duda horrible que me abrasa  
 Disipará tu gloria refulgente?  
 Escucha, ó Dios, mi súplica ferviente!  
 Ven á mi voz, Omnipotente Ser!

## 2.

Yo he recorrido la llanura inmensa  
 A los trémulos rayos de la luna;  
 Ni árbol ni flor allí! fuente ninguna  
 Derramaba sus ondas de cristal.  
 Te llamé! te llamé, y el horizonte  
 Los cielos con la tierra confundia;  
 Pero silencio funeral cubria  
 La estension del tristísimo arenál.

## 3.

Entre rocas que cien y cien inviernos  
 Coronaron con témpanos de nieve,  
 Do la planta del hombre no se atreve,  
 Al trono de las nubes subí yo.  
 Jehová! Jehová! gritaba, y el ruido  
 Que siempre acompañó mi negro duelo.  
 Era el del blanco témpano de hielo  
 Que el sol de la montaña desprendió.

## 4.

En el seno de lóbregas cavernas  
 Dó no brilla jamas la luz ardiente,  
 Dó el tiempo cristaliza lentamente  
 Las hebras mil de tímido raudal,  
 Allí te busqué yo! Pálida antorcha  
 Del precipicio iluminaba el seno;  
 Yo te llamé; pero mi voz de trueno  
 Fue á perderse entre rocas de cristal.

## 5.

Desquiciando los ejes de la tierra;  
 La tempestad cruzaba el ancho mundo;  
 En alas del relámpago iracundo  
 Bajaba el austro á sus mandatos fiel.  
 Las olas todas del profundo abismo  
 Pronto hizo hervir su aterradora mano,  
 Y en la inmensa estension del Océano  
 Flotaba ya sin brújula el bajel.

## 6.

Pero yo reclinado en la ancha popa,  
 Te buscaba en el cielo que se abría,  
 Como un volcan su bóveda sombría  
 Abre en ardiente, rápida esplosion.  
 Mi vista la estension del firmamento,  
 Los abismos del mar profundizaba,  
 Y tu imagen que entonces yo evocaba  
 No escuchó mi frenética oracion.

## 7.

Ay! dónde estás? junto al altar en vano  
 La noche me miró, me alumbró el dia;  
 Ni el alba clara, ni la luna fria  
 Te llevaron mis lágrimas jamás.  
 Yo buscaba en la frente del cadáver  
 Una sola verdad, una creencia;.....  
 Y nada me indicaba tu presencia;  
 En dónde, Ser supremo, en dónde estás?

El alma oscuro velo  
Solo en el mundo vé;  
Suba en rápido vuelo,  
Y elévese hasta el cielo  
En alas de la fé.

\*

1.

Del Altísimo el trono esplendente  
Entre nubes de nacar se mira;  
La falange seráfica gira,  
Entonando sus himnos de amor.  
Pero callan los ángeles: callan  
Los espíritus blancos del cielo,  
Que en los ojos de Dios, como un velo,  
Ha pasado el destello creador.

2.

El Querub mas hermoso, mas puro,  
Que vió Dios en el fúlgido coro,  
Desplegadas las alas de oro,  
De rodillas aguarda á su pie.  
Llama azul á los ojos del ángel  
Del Eterno la planta destella,  
Y veloz, cual la luz de una estrella,  
El Querub por la atmósfera fué.

3.

Serafines, arcángeles, genios  
Se inclinaban al borde del cielo,  
Contemplando el fantástico vuelo  
Por los mundos del blanco Querub.  
Como perlas, sus alas se vian  
La ancha red de universos cruzando,  
Y en el pálido espacio dejando  
Una huella profunda de luz.

## 4.

Ya recorre los mares de soles ;  
 Ya entre estrellas vogando aparece ;  
 Ya entre lóbregas nubes se mece ,  
 Y se pierde en su negro vapor.  
 El cometa frenético , errante ,  
 Que en volcánicas órbitas brilla ,  
 Ante el ángel de Dios se arrodilla ,  
 A torrentes lanzando esplendor.

## 5.

El Querub , ya cansadas las alas  
 En su curso veloz como el viento ,  
 Se paró á respirar un momento  
 De la niebla en la triste region.  
 Pero sigue..... su vuelo del caos  
 El silencio y la sombra estremece ;  
 Como un punto brillante aparece  
 Del abismo en la inmensa estension.

## 6.

Pronto el ángel levanta su vuelo  
 A los coros de blancas estrellas ,  
 Nuevo mundo arrojando entre ellas ,  
 Masa informe , perdido bajél !  
 Mas de Dios la mirada descende  
 En las alas de ráudo cometã ,  
 Y ese triste , ese oscuro planeta.....  
 No hay un sol mas luciente que él !

## 7.

Bello el mundo comienza su infancia ,  
 Y entre estrellas sin número gira ;  
 La legion de los ángeles mira  
 Con envidia al hermoso Querub.  
 Los arcángeles bellos sus alas ,  
 En sus ojos de azul estasiados ,  
 Cruzan ya con temor , deslumbrados  
 Por tan blanca y purísima luz.

## 8.

En su plácido Eden solo el hombre  
 Contemplaba el divino tesoro,  
 Desde rocas de nacar y oro,  
 Desde montes de perla y rubí.  
 Como bálsamo puras, las brisas  
 Entre selvas de mirtos sonaban,  
 Y los lagos azules rizaban  
 Que estrellaban sus ondas allí.

## 9.

El pelícano blanco sus himnos  
 Entonaba en suavísima calma;  
 A las ramas de lánguida palma  
 Se abrazaba amorosa la flor.  
 Al aliento del aura los sauces  
 En la orilla del lago agrupados,  
 Inclínaban su frente, abrumados  
 Por exceso de vida y de amor.

## 10.

Las palomas, el cisne, el milano,  
 En mil himnos sus voces unían;  
 Las camelias, las rosas nacían  
 En el puro, fecundo vergel;  
 Y perfumes de flores y plantas;  
 Y del ave el dulcísimo coro,  
 Se elevaban en nubes de oro  
 Del Eterno al radiante dosel.

## 11.

Animales hermosos y fuertes  
 Que en los prados de Edén se agolpaban,  
 Un mandato del hombre aguardaban;  
 Era el rey de la nueva creación.  
 De la vida el encanto sintiendo  
 Bajo el cielo dichoso vivía;  
 Y felice..... inmortal se creía  
 En su hermosa, fulgente ilusión.

## 12.

Ilusion! ilusion! el Arcángel  
 Que arrojó del Eterno la ira,  
 Sobre el globo meciéndose mira  
 Con envidia al dichoso mortal.  
 Sacudiendo sus alas de sombras  
 Como ardiente relámpago sube;  
 Y el pecado, cual lóbrega nube  
 De su lábio desciende infernal.

## 13.

Descendió! para siempre su soplo  
 Empañó del espacio la lumbre;  
 La montaña aterrada en su cumbre  
 Del volcan el rugido escuchó.  
 Destruccion derramaba en su curso;  
 Su volar era el vuelo del trueno,  
 Y el mortal en su trémulo seno  
 La demencia del crimen sintió.

## 14.

Al dejar su planeta maldito,  
 El Querub de la tierra lloraba;  
 Serafin vengador se acercaba,  
 De mil rayos cubierta la sien.  
 Se inclinaban los ángeles bellos  
 Ante el trono de Dios soberano,  
 Y al llegar su tristísimo hermano,  
 Los Querubes lloraban tambien.

\*

Ay! ó Dios! por qué crearlo  
 Fruto vil de un gran poder,  
 Para luego abandonarlo?  
 Fue tu bondad elevarlo  
 Para dejarlo caer?

Y es verdad? no: mas clemente  
 Lo adora mi corazon;  
 Lo insulta la humana mente:  
 O pensamiento; detente!  
 Vuela, vuela á otra region!

## 1.

Siguiendo la nube tristísima, oscura,  
 Do marcha entre sombras envuelto Jehová,  
 Sus pasos el pueblo de Dios apresura;  
 Su planta al cansancio cediendo vá ya.  
 Los rayos primeros del alba naciente  
 A Ethám, entre arena, le vieron dejar;  
 El rayo postrero del sol de Occidente  
 Lo mira en Magdalo, y al frente del mar.

## 2.

Terrible cual banda de hambrientos milanos  
 Se mira á lo lejos la egipcia legion;  
 Y el pueblo murmura..... cruzadas las manos,  
 La frente en el polvo, sin fe el corazon.  
 Moisés lo escuchaba, çallado, afligido,  
 Buscando consuelos á tanto dolor;  
 Va á hablar..... mas silencio! que lenta en su oido  
 La voz tremebunda sonó del Señor.

## 3.

Escucha estasiado..... sus ojos, su frente  
 Brillaron de nuevo con rayos de fé;  
 Y en tanto la noche con paso indolente  
 Tendiendo sus sombras pacíficas fué.  
 Moisés la partida con voz poderosa  
 Ordena á su pueblo cansado, mas fiel,  
 Y en medio el desierto, su marcha penosa  
 Prosiguen los hijos del Dios de Israel.

## 4.

Espíritu puro del coro divino,  
 Cual rayo olvidado del fúlgido sol,  
 Un ángel del cielo mostraba el camino,  
 Tiñendo las sombras de blando arrebol.  
 La turba Israelita callada marchaba:  
 Lanzando á lo lejos terrible esplendor,  
 Flamígera, ardiente la marcha cerraba  
 La inmensa columna dó habita el Señor.

## 5.

Y marcha! el mar Rojo sus olas estiende,  
 Que mugen cual lava de hirviente volcan;  
 La vara sagrada la atmósfera hiende,  
 Y dócil acude soberbio huracan.  
 Luchando terrible con aguas de fuego,  
 Las lanza en montañas su furia á la par,  
 Y siguen las tribus, y bajan..... y luego  
 Recorren las sendas del cóncavo mar.

## 6.

Cubriendo los flancos, formado en dos muros,  
 El piélago inmenso tranquilo se ve;  
 Del alta ribera los lindes oscuros  
 Ya tocan las tribus con rápido pie.  
 La Egipcia falange se acerca.... el rey mismo  
 Corriendo á la senda que hollaba Israel,  
 Vacila aterrado..... mas sigue: el abismo  
 Retiembla á los pasos del régio corcel.

## 7.

En pos los bridones tascando su freno,  
 Los carros pesados, los ídolos van;  
 El rayo en las alas descende del trueno;  
 La mar es ya un negro, terrible volcan.  
 Inundan la senda las olas que caen,  
 Cual montes, al soplo de ardiente huracan;  
 Horribles gemidos los ecos me traen;  
 Corceles y carros y gefes, do están?

Do están, cielos? mi vista no advierte  
Sino luto en la tierra y horror;  
Solo truenos y rayos y muerte  
Junto al trono de luz del Señor.

Espíritu que estienes sobre el mundo  
De tu furor la túnica sombría!  
Tú que en la sangre de tu pueblo impia  
Anegaste los ídolos de Aaron!  
Tú, que abriste las bóvedas del cielo  
Para saciar tu rencoroso enojo!  
Tú que en el seno hirviente del mar Rojo  
Sepultaste el poder de Pharaon!

## 2.

Siempre entre luto te contempla el hombre,  
Y envuelto siempre en funerario velo;  
Ya lanzando tormentas desde el cielo,  
Ya dictando tu ley en Sináí.  
Tú de la pascua en la sangrienta noche,  
En el acero del Querub brillabas;  
Tú al seno del idólatra llevabas  
El puñal fratricida de Levi!

## 3.

Ora te invoquen al radiar el día,  
Ora á la luz que la tormenta lanza,  
Espíritu de fuego y de venganza,  
No escuches, no, tan insensata voz!  
Oh! que en la mano del Eterno pura  
Sangre y horror jamas mi mente vea!  
Yo me inclino ante tí, poder que crea,  
Porqué el Dios que destruye no es mi Dios

## 4.

Mi Dios es el Creador! bajo su planta,  
 Lanzando pura luz blanda, armonía,  
 Por medio de la bóveda sombría  
 Esos millares de universos van.  
 El arranca del sol los blandos rayos  
 Que demandan las mieses del verano,  
 Y desde el hombre al mísero gusano  
 Vida, y amor, y sentimiento dan.

## 5.

El de la luna al resplandor dudoso  
 Vierte á la flor el plácido rocío;  
 El lleva el paso del corriente río  
 Hasta los brazos de la inmensa mar.  
 A sus miradas sonora fuente  
 Brota del monte en la florida falda,  
 Y arroja entre sus ondas de esmeralda  
 Los bosques de violeta y nenuphár.

## 6.

A su voz el frenético torrente  
 Entre las altas rocas se despeña;  
 El tempano de hielo de la breña  
 Se desprende con fúnebre clamor.  
 Flota á su soplo la purpúrea nube  
 Sobre un cielo de azul, tranquila nave,  
 Y la brisa aromática y suave  
 Duerme en el caliz de la amante flor.

## 7.

De mi Dios contemplando los portentos,  
 No aguardando decretos de venganza,  
 Angeles mil radiantes de esperanza  
 Giran en torno al místico dosel.  
 Y las flores, el aura silbadora,  
 El tronador torrente, el claro día,  
 Exhalan sus perfumes, su armonía,  
 Su clamor y sus luces para EL!!....

## 1.

Humilde, ó Dios, cual tímida azucena  
 Que se dobla al capricho de los vientos,  
 Triste como los últimos lamentos  
 Que repite en las ondas el alcion,  
 Yo te pedí la dicha, y mi gemido  
 Resonaba en la bóveda sagrada,  
 Como suena del arpa abandonada  
 La postrera y doliente vibracion.

## 2.

Y en dónde la hallaré? Flor solitaria,  
 Qué cielo alumbra tu ignorada cuna?  
 Mi vista á los destellos de la luna,  
 O á los rayos del sol te buscará;  
 Y mi labio, ora crezcas entre yelos,  
 Ora en las playas áridas del moro,  
 De tu caliz purísimo de oro  
 Los ardientes perfumes libará.

## 3.

Este pensar de fuego que se eleva  
 Devorando los sueños de mi alma,  
 Esta mente que busca luz y calma,  
 Y halla do quier tristeza y tempestad;  
 El pecho que juguete de pasiones  
 Late y late sin fin en su agonía;  
 Esta máquina vil, sin energía,  
 Esta es, ó Dios, la triste humanidad!

## 1.

Calcinando su cabeza  
 Pensamientos infernales;  
 Bajo el peso de los males  
 Palpitando el corazon;  
 Su cuello al yugo doblado,  
 Al pesar su alma abatida,  
 Mirando siempre en su vida  
 Sufrimientos y opresion;

## 2.

Desde el lecho de miseria,  
 «No! No hay Dios! el hombre clama;  
 En vano triste le llama  
 Do quier mi misera voz.  
 Lloro y sangre no serian  
 Digna ofrenda en su altar santo;  
 Mirad mi sangre y mi llanto!  
 Dios es el mal, ó no hay Dios!»

## 3.

Calla! calla! desde el hombre  
 A la piedra tosca, inerte,  
 Al débil la ley del fuerte  
 Sufrir callado verás.  
 Por qué te quejas si el rayo  
 Tu pobre cabeza hiere?  
 Levántala! sufre y muere,  
 Mas no te humilles jamas!

## 4.

Imita al roble! sus ramas  
 Insultan al firmamento;  
 Nunca al embate del viento  
 Dobla la altiva cerviz.  
 Lucha y muere: su caída  
 La selva y el monte espanta;  
 O humanidad! tu eres planta  
 Sin verdura y sin raiz!

## 5.

Levanta al acaso un templo!  
 Desprecia un Dios Soberano,  
 Mientras tu trémula mano  
 Sacrifica ante su altar.  
 Ente débil, aunque quieras,  
 De tu corazon blasfemo  
 La imágen de un Ser Supremo  
 No consigues arrancar.

## 6.

Si en vez de verlo en su altura,  
 Justo, bueno, generoso,  
 Le adoras, pobre envidioso,  
 Quejate solo de tí!  
 Que solo en sangre y en penas  
 Tu corazon se dilata;  
 No niegas al Dios que mata,  
 Y al Dios que fecunda, sí!

## 7.

Ya sea Jehová á quien tú labio  
 Con rezo trémulo aclame,  
 Ora Vichenú se llame,  
 Alá, Jove, ó Manitú,  
 Para tí siempre es un ente  
 De horror y misterios lleno;  
 Siempre al son del ronco truéne  
 Lo adoras misero tú.

## 8.

No te llares Rey de un mundo  
 Que jamas te ha obedecido;  
 Si á los pies del oprimido  
 Tiembla siempre la opresion,  
 Abdica esa vil corona,  
 Llena de espinas y ardiente,  
 Pues la sangre de tu frente  
 Va á agotar tu corazon.

\*

## 1.

Hombre infelice! tus llorosos ojos  
 Clava una vez sobre el brillante cielo!  
 Bella es la noche: su azulado velo  
 Cubren estrellas y luceros mil.  
 Mirálas centellar! contempla y lee  
 En ese inmenso espacio cristalino,  
 Que allí la eterna mano tu destino  
 Grabó con su flamígero buril.

## 2.

Ora el lucero solitario sea,  
 Cuya tímida luz, centelleante,  
 Brilla sobre los montes, vacilante  
 Como lámpara santa ante el altar;  
 Ya aquel que, como amante misterioso,  
 Sigue los pasos de la incierta luna;  
 Ya aquella blanca estrella..... Elige alguna,  
 Porque alguna es tu estrella tutelar.

## 3.

El carro misterioso de la osa  
 Sobre tu frente su fulgor envía;  
 El grupo inmenso de la láctea vía  
 Con su grandeza oprime el corazón.  
 Triángulos mil, y círculos se cruzan,  
 Y coronas en órbitas brillantes,  
 Cuyos signos fantásticos, gigantes,  
 Mundos y estrellas y universos son.

## 4.

Ente infeliz! Dirás que es el acaso  
 El que arregla su raudo movimiento?  
 Dirás que vagan al soplar del viento,  
 Como las olas de revuelto mar?  
 No: que la eterna ley une á tu mundo  
 Con esos globos que estasiado admiras;  
 Y tal vez en la estrella que ora miras,  
 Va tu trénculo acento á resonar.

## 5:

Oh! dime sino hay Dios! dímelo ahora!  
 Arranca el alma de la tierra umbría!  
 Y cuando en alas de esperanza pía  
 Suba tu mente al trono del Querub,  
 Escucha..... y esos mundos la grandeza  
 Te cantarán de su creador divino;  
 Purifica tu vista..... y tu destino  
 Leerás tal vez en su esplendente luz.

## 6.

No busques al Eterno en negros muros ;  
 Búscalo en la florida primavera !  
 Y cuando mires la natura entera  
 Regenerarse por sublime amor ;  
 Cuando al sol las montañas besar veas ,  
 Que entre mares y rocas se deslizan ,  
 Y aspirando la luz , se fecundizan  
 A su rayo vivífico , creador ;

## 7.

Cuando en las hojas del naciente árbol  
 Silben las brisas su clamor sonoro ,  
 Las mariposas de carmin y oro  
 Sobre adelfas sus alas plégarán :  
 Del aura el beso beberán las flores ,  
 Y cuando el cielo se retiña en grana ,  
 Como una esposa en su primer mañana ,  
 Lánguidas en sus tallos se alzarán .

## 8.

Y cuando henchido de delicia y vida  
 Te bañes en tan plácida dulzura ,  
 Niega entonces á Dios , y la natura  
 Te lanzará su justa maldición .  
 Mira y adora ! su brillante gloria  
 Desde el abismo hasta los cielos llega ;  
 Que si orgullosa la razon lo niega ,  
 Lo revela do quiera el corazón :

SALVADOR BERMÚDEZ DE CASTRO.

8

No pasades al viento en negro nubes,  
 Hiciste en la flor de primavera  
 Y cuando nubes la mata en arena  
 Llegaron se por sublimar amor.  
 Cuando al sol las montañas pesan vean,  
 Que entre mares y cosas se deslaman.  
 Y aspirando la luz, se tornaban  
 A su rayo vividos, crecidos.

9

Quando en las hojas del nacimiento al día  
 Dieron las brisas su clamor sonoro,  
 Las mariposas de carmin y oro  
 Sobre abejas sus alas plegaban.  
 Del aire el peso doblaban las flores,  
 Y cuando el cielo se veía en grama,  
 Como una espesa en su primer manana,  
 Languidas en sus tallos se alzaban.

10

Y cuando herido de dolencia y vida  
 Te bañes en las placidas delicias,  
 Niega entonces a Dios, y la natura  
 Te lanzará su justa maldición.  
 ¡Fura y abor! en brillante gloria,  
 Desde el abismo hasta los cielos llegó,  
 Que si orgulloso la razón lo niega,  
 Lo revela de pajar el corazón.

Señalador de la vida en el mundo.

---

---

## REVISTA DE MADRID.

---

### PREOCUPACIONES.

---

CUANDO tratamos de examinar las preocupaciones de los pueblos, no suele bastar la mas esquisita diligencia para sacarnos del laberinto de congeturas y de ideas contradictorias que presenta esta parte de la historia del género humano. Quedan muchas veces burlados nuestros ardientes deseos de conocer las verdades útiles, precisamente cuando mas satisfechos de nuestras investigaciones, nos vanagloriamos de haber encontrado el secreto que las encierra. No es en verdad lo mas difícil descubrir, conocer y probar la existencia de las preocupaciones y los chocantes absurdos en que suelen fundarse; ni tampoco señalar sus efectos perniciosos, consideradas bajo el aspecto que las hace mas ridículas ó reprehensibles. Por el contrario, desde que la filosofía llamó á exámen todas las instituciones y creencias, y se empeñó en buscar la razon de las costumbres admitidas y sancionadas en el transcurso de los siglos, ha sido esta la tarea frecuente aun de los entendimientos mas vulgares; pudiendo decirse, que nada se ha escapado al espíritu investigador y á la solícita inquietud de los que la emprendieron. Empero conocer el verdadero origen de estos fenómenos de la historia moral del hombre, sus causas primitivas y accidentales, el grado de influencia que egercen en la conducta de los gobiernos, en la

de las masas y en la de los individuos; y sobre todo determinar los medios capaces de corregirlos sin ningun riesgo, ó de modificarlos en beneficio de la especie humana, ó de una porcion escogida de ella; he aquí la empresa árdua, la obra difícil, la piedra del toque, por decirlo así, de los grandes talentos y de los genios afortunados.

En efecto: desde que para mayor confusion de la razon humana se advierte con sorpresa que una gran parte de las obras maravillosas y estupendas que dan idea del poder y de la inteligencia del hombre debieron su origen á ideas absurdas, á costumbres extravagantes y ridículas, y á los esfuerzos de un fanatismo ciego é intolerante; y desde que por otra parte se observa lo estériles é impotentes que han sido muchas veces los consejos de una razon ilustrada, las reglas de una justicia recta é imparcial y los sentimientos mas honestos y ajustados, se comprende toda la dificultad que esta materia ofrece y la importancia de que se trate con la mayor circunspeccion y miramiento. Los monumentos que conservan la memoria de la opulencia y del genio emprendedor de los egipcios; las empresas militares y la artificiosa política que proporcionaron á los romanos el dominio del mundo y un nombre glorioso y perdurable; los grandes movimientos que en los tiempos modernos han lanzado á pueblos enteros en la carrera de las reacciones, facilitándoles la ocasion de sacudir el yugo pesado de sus opresores; y en fin otros innumerables sucesos que explican la alteracion de las opiniones y las vicisitudes de la civilizacion, ofrecen en el fondo un conjunto de causas cuya significacion é influencia está muy lejos de la que corresponde á la verdad, explicada por el lenguaje natural y sencillo que le es propio. La imaginacion alimentada con las ilusiones de los sentidos y con las esperanzas risueñas y falaces en que fluctua nuestro corazon, ha sido y es ordinariamente el manantial inagotable de tan prodigiosos acontecimientos y empresas atrevidas. Si las fábulas en que está envuelto el origen de los pueblos se refieren á algunos hechos cuyo verdadero carácter se adivina por entre las tinieblas de la distancia y las invenciones de la poesia, estos hechos prueban al observador y al filósofo, que sin aquellas ilusiones la

especie humana no hubiera entrado en la carrera de la civilización; ni conocido las ventajas de las sociedades políticas, los encantos de la paz y el dulce sentimiento del amor á la patria.

Basta esta breve indicación para conocer que caben en este punto grandes errores y equivocaciones peligrosas. La mayor parte de las que se padecen son una consecuencia natural del descuido con que se mira el conocimiento del hombre, cuando se trata de poner la mano sobre sus obras, ó de dar diferente giro á sus opiniones. Todavía se ignoran muchas cosas acerca del carácter dominante de la especie humana, del origen y de los fenómenos de sus sensaciones, y de los móviles que le determinan á obrar en sus diversos estados; ni tampoco se han calculado bastante las fuerzas de la razón en lucha con las fuerzas de los sentidos y de las falsas impresiones, especialmente cuando estas llegan á vigorizarse con el hábito y el ejemplo. De esta ignorancia parten á la vez los extravíos de una necia credulidad y de un extravagante pirronismo: extremos que prueban en la misma proporción de su distancia la facilidad con que el hombre suele ser arrastrado por los vicios que condena, en el acto mismo de consagrarse á los anatemas ó á las declamaciones. De aquí es que desconocido el poder de la razón, se toman sus preceptos aislados por otros tantos cánones de conducta, como sino fuera lo mas peligroso separar de los juicios que aquella forma el poderoso elemento que debe entrar en todas las combinaciones; es á saber, la fuerza y autoridad de los hábitos fundados en la constitución orgánica de los seres y de las sociedades y en las demas causas que los producen y mantienen.

De lo dicho se infiere que no es un asunto estéril ó de mera curiosidad el exámen filosófico de las preocupaciones, principalmente ahora que las sociedades modernas han recibido el gran movimiento que se anuncia como precursor de la civilización y de la felicidad. Conviene no dejarse llevar en esta materia de las opiniones exclusivas, y conviene para ello estudiar aquel poderoso agente de tantos hechos grandes, y de tantas y tan pronunciadas resistencias, á fin de lograr en último resultado que nuestro entendimiento conozca la extensión y los términos

de su poder, y que no se abandone ciegamente á proyectos halagüeños é imposibles. Así conseguiremos desterrar errores que cunden y se arraigan sin advertirlo; ilustrarnos acerca de lo que es fácil y hacedero en este punto, como de lo que no está á los alcances de la inteligencia; y por último señalar el anchuroso espacio que á esta se reserva, para que combinada con la prudencia saque el fruto debido á las lecciones de la historia, de los raciocinios de la filosofía, de los documentos de una sana política, y de los principios de una religion protectora de los derechos y de la dignidad del hombre.

• Inútil es buscar la causa original de las preocupaciones fuera de nosotros mismos: sin negar el influjo que en efecto tienen para crearlas otras causas exteriores, es cierto que todas ellas serian impotentes, sino favoreciesen su desenvolvimiento nuestra misma organizacion, la índole de nuestra existencia y las circunstancias todas que influyen de nuestra parte en la precipitacion ó en la falsedad de los juicios. Dispuesto el hombre á sentir antes de pensar; propenso naturalmente á la imitacion mas bien que al raciocinio, se ve arrasado muchas veces por las primeras impresiones, y entregado á las consecuencias de la irreflexion y de los instintos. Verdad es que no siempre serán contrarios á la razon estos juicios formados sin el exámen de sus necesarios elementos; pero tambien lo es que cuando aquella no interviene en sus funciones mas augustas, que son las de juzgar, es casual el acierto si se consigue, y que ordinariamente serán consecuencia de la precipitacion grandes errores y preocupaciones lastimosas. Dejando á un lado las cuestiones psicológicas que desde Aristóteles y Platon hasta nuestros dias excitaron la curiosidad y probaron el ingenio de los filósofos mas célebres, no hay duda que en todos los sistemas y combinaciones hay ciertos hechos innegables que, si bien no explican todas las condiciones de nuestro ser, descubren á lo menos las causas constantes y sensibles de los errores. No puede negarse, que colocados en la escena del mundo, entre la multitud de objetos que hieren nuestros organos, afectan la imaginacion y ponen en ejercicio nuestra sensibilidad, nos hemos de ver seducidos repetidas veces por las ilusiones que circundan nuestra existen-

cia. Este hecho, tan cierto como terrible, no permite que nos entreguemos á la lisonjera esperanza de que el género humano admita una reforma profunda y radical que le preserve de los juicios precipitados y engañosos; porque mientras sea incontestable el imperio que tiene sobre nuestro espíritu, á lo menos en circunstancias dadas, el artificio de la organizacion y el poder de los objetos externos, y mientras lo sea tambien la observacion de que para sentir no se necesitan los esfuerzos, la costumbre, el esmero y la abstraccion que para discurrir y juzgar, las masas recibirán tarde y quizas inoportunamente el benéfico influjo de la verdad fundada sobre la razon austera é incorruptible. Los hombres sabios y des preocupados serán en tan corto número, como lo es el de los que hacen al entendimiento el sacrificio de sus errores y pasiones, y tratan al mismo tiempo de evitar los supersticiosos homenajes que otros rinden á la razon, haciéndola intolerable.

Con estos antecedentes se viene fácilmente en conocimiento de que el género humano, considerado en los individuos y en sus diversas asociaciones, no puede libertarse de la triste necesidad á que se halla sujeto, de incurrir en preocupaciones numerosas; como tambien del peligro de que las unas sean ordinariamente sustituidas por otras, á proporcion de la misma vehemencia con que las primeras son descubiertas y desechadas. Por manera que la pretension de los que aspiran á lo contrario, es solo disculpable por la ignorancia en que se hallan de las innumerables causas que lo impiden ó lo dificultan; siendo preciso para que lograsen su deseo, que cambiase toda la escena, y que así los objetos sensibles como las leyes á que estan sujetas las percepciones, recibiesen una reforma positiva, esto es, que el hombre fuese un ser distinto del que es ahora. Esta pretension es por el contrario nueva fuente de mayores equivocaciones, y otra causa por la que la suerte de la especie humana no es como pudiera, mas próspera y venturosa. Porque mientras ese ciego afán lo intenta todo y todo lo pretende reformar, sucede que confundiéndose unos con otros los objetos, las miras y las intenciones, el espíritu pierde la ruta y se avanza por caminos extraviados á nuevas ideas y á juicios mas falaces y caprichosos.

Hay sin embargo una diferencia entre las preocupaciones que afectan á los individuos aislados y las que reinan en las asociaciones ó comunidades: en unas y otras son muy diversos su poder y sus resultados. Las primeras, propiamente hablando, no pasan de ser unas ideas ó conceptos formados sin examen y reflexion, en las que al paso que ciertas circunstancias influyen en que se formen y desenvuelvan, concurren otras muchas á hacerlas desaparecer mas tarde ó mas temprano, segun la disposicion de los individuos y la eficacia de los demas agentes que á ello contribuyen. Aunque cada hombre se halle naturalmente dispuesto á recibir y acoger ciertas impresiones, y se sienta inclinado á dar preferencia á determinadas opiniones ó errores, en proporcion á su temperamento, á su organizacion y á sus costumbres; con todo eso, hay muchas cosas que suelen por el hecho mismo y en igual proporcion obligarle á que renuncie á ellas, como frecuentemente lo verifica; de donde resulta que lejos de fijarse y de hacerse duraderas en los individuos, cambian en cada edad y en cada situacion, bien que sucediéndose por lo regular unas á otras y arrastrando á cada uno de ellos hácia los objetos y deseos que excitan y fomentan. No sucede asi en las que afectan á las sociedades: en estas los individuos no han concurrido de propósito á formarlas, antes bien puede decirse que se miran insensiblemente dominados por ellas; que las han recibido como gage de la asociacion, y que diariamente se hallan sujetos á su influjo y prepotencia. Porque si es cierto que tenemos interés en volver sobre nuestras propias ideas, y en ser mas atentos y cuidadosos respecto á las que tienen íntima relacion con nuestro bien personal; no sucede lo mismo con las opiniones y creencias generales á cuya imitacion y conservacion nos sentimos naturalmente inclinados, por mas supersticiosas y extravagantes que parezcan. Para abandonar estas ideas comunes, para resistirlas ó conculcarlas, seria preciso exponernos al peligro de singularizarnos con todas sus terribles consecuencias: cosa que requiere un ánimo vigoroso y esforzado, y un convencimiento especial y profundo del error consagrado y de los males que ocasiona. Para no obrar así, la mayor parte de los hombres encuentran un ejemplo antiguo ó moderno

que justifica su confianza y promueve su aquiescencia; y la mayor parte experimenta, sin sentirlo, el predominio que ejerce el hábito de obrar y de ver obrar constantemente de una manera determinada: lo cual tiene una fuerza invencible para hombres débiles, crédulos é ignorantes en quienes la razón es muy inferior al imperio de las costumbres generales y de las ideas y creencias en que se fundan. He aquí la causa verdadera de que el género humano conserve por tanto tiempo sus preocupaciones, haciéndose esclavo de ellas; y de que cuando á duras penas y á beneficio de los esfuerzos combinados de los sabios y de los gobiernos, se logra que algunas se destierren, tocamos inmediatamente en el peligro de incurrir en otras, que aunque de diversa índole, van insensiblemente conquistando el corazón y el entendimiento.

Con estos antecedentes se explica sin violencia la causa verdadera de que sea mucho mas difícil destruir ó cambiar las preocupaciones admitidas en imperios de mucha extensión y abundantemente poblados, que en los estados pequeños en que es mas corto el número de habitantes. En aquellos cada uno de sus individuos encuentra respectivamente mas ejemplos que imitar, mas autoridades que respetar y mas peligros que precaver; siendo por consiguiente mas eficaces y numerosos los motivos que les obligan á continuar obedeciendo las opiniones establecidas. Por la misma razón son mas escasos y difíciles los medios para llegar á dudar de ellas, ó para atreverse á desecharlas. De donde resulta que en estos grandes estados adquieren con el tiempo una fuerza prodigiosa, y se hacen hasta cierto punto invencibles y de hecho muy duraderas. El Oriente, cuna de las supersticiones mas chocantes y ofensivas al buen sentido, ofrece en la inmovilidad que caracteriza á los imperios dilatados una prueba incontestable de este fenómeno y de su causa; como tambien de lo tardía y penosa que sería la empresa de estirparlas ó de corregirlas.

Por los mismos principios se puede asegurar que los estados pequeños se hallan mas dispuestos que los grandes á recibir las y establecerlas; mediante á que basta un menor número de causas para que se desenvuelvan y propaguen, y á que es tambien menor el número de las resistencias. Necesario es que

la imaginacion de todos reciba una impresion igual, y que los objetos choquen de una manera fuerte y constante, para que exciten un asentimiento comun y produzcan una opinion única y estable: y esto se verifica siempre con mucha lentitud en donde son muy diversos el temperamento, el carácter, la educacion y capacidad de los individuos.

Esto nos lleva naturalmente al exámen de las demas causas accidentales, mas ó menos duraderas, que en union con la causa primitiva y esencial de las preocupaciones, fundada, como se ha dicho, en la organizacion del hombre, contribuyen á su propagacion y fomento; porque solo conociéndolas es como podrá establecerse la verdadera doctrina en órden á las reglas que deben conducirnos cuando tratemos de juzgarlas, de modificarlas ó destruirlas. En general puede decirse que todo cuanto obra fuertemente sobre nosotros, es propio para conducir y detener á nuestro espíritu en una opinion mas ó menos justa, mas ó menos provechosa: y como sean tantos los objetos, ya fisicos ó morales, que interesando nuestro corazon y nuestros sentidos, tienen la virtud de excitar á el hombre y de presentarle ideas fuertes y seductoras, serán ciertamente muchas las causas, ora semejantes ya diferentes, de los juicios falaces y erróneos que constituyen el fondo de las creencias generales.

Unas veces las veremos nacer de las afecciones mas vivas y constantes del corazon humano. Nada mas natural que amar, respetar y obedecer á los autores de nuestra existencia: innumerables lazos formados por la ternura, el cariño y los beneficios ponen á los hijos bajo la absoluta dependencia de sus padres, que son para ellos los inmediatos agentes de su felicidad, y se presentan á su imaginacion como los únicos creadores sensibles de su ser y de todos sus goces. Nada se niega, todo se sacrifica á la autoridad amable y protectora que, fundada sobre los títulos mas sagrados de la naturaleza, el amor, la gratitud y la necesidad, adquiere una fuerza irresistible, y se despliega sin obstáculo sobre todos los que se hallan sometidos á su influencia. De aquí proviene que olvidando insensiblemente sus derechos naturales, que no viviendo apercibidos acerca de su importancia y dignidad, se acos-

tumbrao inadvertidamente los hombres á una sumision ciega y pasiva, y se reducen de hecho á ser instrumentos de cualquiera otro poder que, sin presentar títulos tan legítimos, se reviste de sus apariencias engañosas, y cautiva la voluntad y la obediencia. De este primer error no hay mas que un paso á la esclavitud y á las funestas consecuencias del despotismo y la tiranía, que teniendo su cimiento en nuestro corazon mal dirigido y en nuestras necesidades mal calculadas, no permiten que se desenvuelva y rectifique el sentimiento mas íntimo y mas noble de nuestra existencia.

Otras veces las preocupaciones se hallan como apegadas en el fondo de la constitucion social, tomando el carácter que les dan las circunstancias particulares de cada pueblo. Nada amenaza ni perturba tanto á las sociedades, como las invasiones de enemigos estraños; y nada parece mas grande á los ojos de un ciudadano, que prodigar su sangre por la salud de la patria: sentimiento que, formado por las ideas del valor y del orgullo nacional, se robustece y afirma con el egercicio y la victoria. Pero de este principio noble y elevado al uso que se hace de él y á las costumbres, que son su consecuencia, hay una distancia grande. La gloria de las armas llega á obscurecer y menoscabar todas las demas glorias, dejando secarse las fuentes de otros placeres y de otros dones concedidos al hombre, y dando á los pueblos un carácter de rudeza y de barbarie que no corresponde al destino mas noble para que han sido formados. Las empresas militares y el espíritu guerrero, cuando llegan á hacerse exclusivas en los pueblos, exigen un cierto órden de leyes y de costumbres, cuya tendencia sea abogar ó postergar todo otro sentimiento: por eso en Esparta los ciudadanos inmolaban todas sus afecciones y placeres á esa gloria muchas veces estéril y nociva; y por eso, desnaturalizado allí el corazon humano, corrian en pos de una felicidad ficticia con el afan mas supersticioso é intolerante. Nada mantiene tanto el valor como la guerra, sobre todo si se hace por intrepidez mas bien que por astucia: y de aquí la preocupacion de que sea una infamia volver la espalda al enemigo, ni aun para vencerle. Los germanos ponian toda su gloria y tambien todos sus placeres en sus armas: estar sin ellas era una

mengua; no las abandonaban ni aun para descansar, ni tampoco en sus banquetes, reuniones y juegos; y era el colmo de la vergüenza no lavar sus injurias en la sangre del enemigo, para los guerreros que marchaban ó debían marchar siempre con el instrumento de su venganza.

Una idea equívocada, nacida tal vez de un accidente casual, y envuelta en algunos principios y ceremonias religiosas, fue también entre los germanos y los galos origen de una superstición, notable por el contraste que ofrece con las costumbres de otros países. Creían que había en las mujeres algo de divino, y les permitían abandonarse al entusiasmo natural y propio de este sexo en la espesura de los bosques que eran para ellos el santuario de la divinidad. Por esta causa las respetaban siempre aun en medio de su barbarie, y llegaron á idolatrarlas en la primera época de su civilización. Este sentimiento, una vez formado, no se pierde jamás; y á pesar de su origen, él fue el que, modificado por el tiempo y por los sucesos, dió nacimiento á las costumbres caballerescas después de la destrucción del culto salvaje y en un nuevo estado de la sociedad.

Los conocimientos adquiridos y los errores reinantes sirven también de motivo ocasional en algunas épocas, para que se propaguen falsas opiniones. Los caldeos, dedicados á la observación de los astros, penetraron en el conocimiento de algunas partes del órden natural; y descubrieron, aunque imperfectamente, las relaciones en que se hallan los movimientos del cielo y los acontecimientos de la tierra. Desde entonces todo lo pretendieron explicar por el influjo de los fenómenos celestes, y el bien y el mal solo fué á sus ojos un resultado necesario de aquellas relaciones: de donde nacieron grandes errores y la doctrina de los buenos y malos días, que propagada por las demas naciones, dió lugar á una plaga de falsos temores y de ridículas esperanzas.

Otras veces las preocupaciones nacen y se conservan bajo la diversa influencia de los climas. En Oriente un cielo brillante y despejado, una naturaleza lozana y risueña, condenan los cuerpos al reposo y elevan los espíritus á la contemplación. En el Norte un cielo áspero y nebuloso, una naturaleza sal-

vage y árida, un temperamento rígido y fuerte obligan al hombre á trabajos duros y penosos. Por lo mismo en estos países tan diversos deberán ser diferentes las ideas y las pasiones dominantes. En Oriente pulularán las sectas, las disputas y las creencias acerca del alma y demas espíritus; se explicarán los principios de las acciones; se dará razon de todos los sucesos físicos y morales, y tendrán patronos y defensores todos los errores y sistemas y las mas extrañas concepciones. En el Norte los egercicios del cuerpo llevarán la primacia á todos los demas, y recibirán el principal honor. Y si bien el influjo benéfico de las luces podrá modificar grandemente estos caracteres originales, sin embargo llevarán siempre sobre sí las señales distintivas de su constitucion natural.

La reunion de varias circunstancias especiales, que se presenta una sola vez de tiempo en tiempo, puede bastar para que se formen y propaguen otras que duran por espacio de muchos siglos. En un tiempo antiquísimo cuya memoria se ha transmitido únicamente por medio de las tradiciones, las mujeres de los indios fueron acusadas de que envenenaban con frecuencia á sus maridos. Una de ellas que quiso perecer sobre la hoguera del suyo, para justificarse de esta vergonzosa acusacion, dió lugar á que las demas fuesen seducidas por este heroico fanatismo; resultando de aqui, que consagrado como un deber, como un honor apreciable, el horroroso sacrificio de la viuda, se generalizase y perpetuase uno de los usos mas atroces que lamenta la razon humana.

Un pensamiento maligno é ingenioso puede tambien ser suficiente para que un pueblo entero dé á sus juicios el rumbo mas singular y equivocado. Supongamos que la galantería inventa todos los medios que estan á su alcance para ganar el corazon de las mujeres, y para hacer que desmerezca á sus ojos el obgeto de sus caricias: la burla, el chiste, las maneras insidiosas y las acusaciones mas voluntarias jugarán como partes principales en la complicada máquina de las conquistas. Pues bien: en el pueblo en que esto suceda, se hará sin temor al marido responsable de la mala conducta de su esposa; la cual no haria traicion á sus deberes, si aquel hubiera sabido inspirarle el cariño que asegura la fidelidad y la con-

secuencia. De esta extraña manera de discurrir resulta, que caen sobre el marido los tiros de la maledicencia, convirtiéndose en afrenta su desgracia, precisamente por suponerse causa de ella los vicios de su carácter, ó los defectos de su persona. Esta injusticia encuentra fácilmente apoyo y sobrados defensores, á quienes importa poco hacer, á costa de la verdad y del honor de los maridos, el homenaje mas noble que conciben á un sexo que tienen la complacencia y el honor de seducir.

Bastan estos egemplos, entre otros muchos que pudieran citarse, para que se forme idea de las diversas causas que obran sobre los pueblos, perturbando ó corrompiendo el sentido comun, y creando las fábulas, las opiniones y las costumbres que constituyen su creencia. De los pocos que acabamos de recorrer, se saca el convencimiento de que pueden nacer de una ó de muchas causas reunidas; de que estas pueden ser buenas ó malas, viles ó sublimes; de que ya unas pueden desenvolver las virtudes y condiciones del individuo, alterando ó absorbiendo las del ciudadano, como desplegar inmensamente el principio social, obscureciendo y apagando las inspiraciones y sentimientos naturales; de que algunas de ellas pueden ser buenas y útiles en un tiempo, y malas y dañosas en otro; y por último, de que las mismas que sirven para dar virtudes á un pueblo, producen en otros vicios y desastres. El estudio de estos diversos egemplares, de sus motivos y efectos, es sin duda uno de los mas provechosos, y encierra, como á primera vista se descubre, la teoría completa de las ciencias que tienen por objeto al hombre, constituido en sus diversos estados, y considerado en todas sus relaciones.

A pesar de tantas causas exteriores, cuyo poder es tan vario, hay una perenne é invariable, sin cuya existencia nada podrian aquellas. El fondo del hombre, como dice al principio, es el que le condena á las preocupaciones, y el fondo del hombre no cambia jamas; pero siendo diferente su poder sobre sí mismo y el de la sociedad sobre sus individuos, segun que lo sean las épocas y las circunstancias en que seegerce, no será ageno de este lugar discurrir, aunque sea ligeramente, sobre los medios que sirven para destruir ó alterar sus

efectos; y sobre las reglas que debe tener en cuenta el legislador, siempre que se proponga reformar las que existen, crear otras nuevas, y encaminarlas todas hácia la grande obra de mejorar y asegurar la suerte de los hombres.

Primeramente debe tenerse en consideracion que los tiempos mas favorables á su desenvolvimiento son los de la barbarie. En ellos, desprovista la razon de las luces que suministran la experiencia y los desengaños, débil y desconfiada, son gobernados los pueblos por un corto número de fuertes impresiones cuyo poder es irresistible: de donde nacen á la vez sus leyes, sus costumbres, sus conocimientos y sus preocupaciones. Al contrario los tiempos en que su imperio se debilita, son los que consiguieron el beneficio de una superior ilustracion; porque elevándose el entendimiento sobre la esfera de las comunes opiniones, somete á discusion todas las cosas que son materia de ella, se resiste á dar su asentimiento á las ideas producidas por aquellas fuertes impresiones; ideas que dominan sin ilustrar, y se revelan contra las costumbres que por tanto tiempo los tuvieron subyugados. Los espíritus de segundo orden y los que suceden á los primeros participan, aunque mas tarde, de aquel movimiento; y poco á poco llega á formarse una segunda opinion contraria á la primera, que espera solo una coyuntura para significarse y recoger todos los sufragios.

Los tiempos en que producen el bien, ó en que evitan una gran suma de males, son aquellos en que creadas ó preparadas las preocupaciones por un legislador sabio, son el resultado de una combinacion profunda y feliz, que conduce á una nacion por el camino que mas le conviene. A este propósito, bueno será tener presente que fuera de las generales á que se hallan expuestas todas las naciones, cada una lo está especialmente al influjo de las que mas suelen dominarla; como igualmente que en cada forma de gobierno se necesita del apoyo, mas firme que todos los demas, de ciertas opiniones propias que forman la creencia política de los súbditos y la garantía mas segura del orden y de la justicia. Efectivamente las supersticiones que oprimen al entendimiento, no dándole lugar á que se dilate por la esfera de las verdades que interesan al

hombre y á la sociedad, serán muy á propósito para mantener y perpetuar la sumision ciega y servil en los gobiernos despóticos, y allí tendrán su verdadero destino; mientras que las que nacen del entusiasmo patriótico y ardiente que despliega en nosotros el amor á la libertad y á la gloria, serán más oportunas, ó menos extrañas en los que se hallan regidos por las formas representativas. El poder de ciertas ideas, mas ó menos falaces y seductoras, es incalculable; y solamente se admira en los hechos portentosos que se hallan consignados en la historia del hombre y la de las naciones, principalmente cuando aquella refiere las revoluciones que nacieron bajo su influencia.

Los tiempos en que causan daños positivos, son cuando degeneradas por sí mismas pierden su primitiva energía, ó cuando grandemente modificadas por nuevas ideas y costumbres, vienen á reducirse á ridículas antiguallas, que no mereciendo el respeto ni la aquiescencia de los hombres ilustrados, egercen únicamente su dominio en algunas clases, y cesando los buenos efectos que pudieron producir en otro tiempo, interrumpen la marcha general, y solo sirven para mayor desórden, confusion y embarazo.

Aunque naturales al hombre, y conducentes algunas de ellas al logro de fines especiales, es indudable que las preocupaciones se hallan en todo tiempo bajo la direccion de los legisladores y de los gobiernos: mas no como quiera, sino bajo una direccion prudente y previsora, que disponiendo de los sucesos que les dieron existencia y autoridad, los ponga en el caso de mantenerlas, ó de combatir las. Para ello hay una regla tan simple, como infalible, que bien entendida y aplicada les proporcionará el medio seguro de apreciarlas; á saber, en investigar si se hallan fundadas en lo que hay de bueno, ó en lo que hay de malo en la naturaleza humana, en el órden social, en las constituciones particulares, ó en cualesquiera otros principios; como igualmente si hay conexion entre las causas que hubiesen contribuido á su formacion, y entre los efectos á que se encaminan, ó que el legislador pretenda promover por medio de ellas.

Por consiguiente, considerando las épocas diversas de la

sociedad, el carácter especial de la nación á quien se dirijan, y las miras que se propongan los legisladores, tendrán obligación de establecer de propósito ciertas preocupaciones, de modificar otras, ó de estirparlas.

Cuando pretendan y se hallen en el caso de establecerlas, no bastará que lo quieran sin razon suficiente y á la ventura: es menester que se hallen reclamadas por una necesidad terminante y por un principio de conveniencia pública, á cuyo poder debe todo someterse. Entonces diestros y previsores procurarán que se hallen en relacion con las pasiones y los deseos inseparables del corazon del hombre y con la constitucion del Estado, y procurarán desvanecer todo lo que pueda oponerse á su establecimiento y duracion. Si consiguen su objeto, tendrán en ellas los medios mas eficaces y poderosos de realizar sus benéficos pensamientos; al paso que si no corresponden á sus propósitos, sufrirán la pena de su ignorancia y de su imprevision en nuevas y mas graves calamidades que las que intentaron evitar.

Cuando se propongan modificarlas necesitan, si cabe, de mayor cautela y circunspeccion: para esto toda habilidad es poca. Porque el espíritu nacional de un pueblo, como formado por el conjunto de varias sensaciones, que aunque diferentes se identifican con el tiempo, puede decirse que es todo de una pieza, como se explica un sabio, y no permite fácilmente que se rebaje ó disminuya la materia constante de sus propios afectos, placeres, esperanzas y adoraciones. Los términos medios le son desconocidos: con la mayor decision todo lo honra ó desprecia, todo lo rechaza ó adopta. Servirá en este caso el estudio de las causas que dieron origen á las preocupaciones, el de la fuerza que tenian al tiempo de su creacion, el de la que han adquirido ó perdido con el transcurso de los años; y sobre todo la distancia á que se hallen respecto á las nuevas ideas que puedan modificarlas. Con vista de estos y otros antecedentes, en cuya eleccion tiene tanta parte la fortuna como el talento, deberán ir dando á todas sus disposiciones aquella direccion esquisita que sin comprometer los primeros intereses del órden social, le faciliten al fin llegar al término de sus proyectos.

Para destruirlas cuando son conocidamente perjudiciales, la tarea no es menos difícil y penosa. Es necesario estudiar igualmente los hechos y opiniones de donde derivan, ó en que se apoyan, y su respectiva fuerza y significacion; y despues examinar qué medios serán mas proporcionados para obrar sobre todos ellos, ó sobre cada uno. Deberán servirse unas veces de la ley y otras del ejemplo; oponer y contrastar una opinion con otra, un uso con otro uso; emplear oportunamente el influjo de la ilustracion; y por último aprovecharse de todas las coyunturas que la casualidad presente ya para debilitar las ideas y costumbres antiguas, ya para acreditar las nuevas.

Explicada asi la teoría de las preocupaciones, no tendremos el temerario empeño de arrancarlas absolutamente del corazon humano, sobre el que obran con tanta eficacia la imaginacion y los sentidos, donde tienen su origen primitivo; sabrán los gobiernos sacar partido de esta natural predisposicion del hombre, y ahorrarán al género humano una porcion de males, hijos los unos del fanatismo y la credulidad, y los otros del prurito indiscreto de dejar al mundo sin creencias ni convicciones.

---

MIGUEL PUCHE Y BAUTISTA.

## DE LA BENEFICENCIA PÚBLICA

EN LAS SOCIEDADES MODERNAS.

---

**E**L Gobierno presentó á las Córtes en la última legislatura un proyecto de ley sobre beneficencia pública, que con algunas modificaciones aprobó la comision del Senado, y habiéndose insertado en la Gaceta de Madrid del 24 y 25 de julio, me ha sugerido esto la idea de provocar la discusion en campo mas dilatado que el de los dos cuerpos legislativos. Pero veamos antes qué se entiende por beneficencia en las sociedades modernas, ya que las antiguas no la practicaron ni conocieron.

Entre los romanos, cuyas leyes é idioma son la base de nuestra lengua y legislacion, componian la infima clase del pueblo los esclavos, á quienes alimentaban sus amos (*Domini*) como los vendian ó donaban. Cubierta está la Italia, la Europa, todo el litoral del Mediterráneo de restos grandiosos que atestiguan el poder de aquel pueblo-rey. Ciudades enteras sepultadas en la fria lava de los volcanes nos revelan todos los detalles de la vida privada de los romanos, al paso que nos asombran las ruinas de tantos palacios, sepulcros, templos, baños, acueductos, foros, y arcos de triunfo, monumentos de su vida pública. Subsisten en Nimes y Murviostro casi intactos y respetados por el tiempo los circos en donde lidiaba el hombre con las fieras, ó moria á manos de otro hombre, y su lenta y dolorosa agonía era el delicado espectáculo de aquellos legisladores y moralistas que tanto veneramos. Pero ni un solo vestigio de hospitales, de hospicios, de asilos para

el pobre, y ¿qué mucho? si el pobre no era tenido por hombre: era una cosa (*res in commercio posita*.)

La culta Atenas adonde Ciceron enviaba á su hijo para que oyese á Crasippo, y cuyas lecciones expuso en sus inmortales oficios, ni la ruda y belicosa Esparta, ni el Egipto cuna de las ciencias, ni Cartago, ni otra alguna de aquellas naciones nos han legado honrosos testimonios de haber conocido la beneficencia pública.

Las ponderadas leyes de Solon, de Licurgo, de las doce tablas autorizaban el *parricidio* si el niño era deforme, enfermizo ó endeble, y no faltó quien propusiera acotar el número de *hijas*, condenando á muerte las que sobrasen. Verdad es que en algunas ocasiones la humanidad triunfó de la ley, y sin darles la muerte eran expuestos los hijos, no á la *caridad* pública, puesto que no existía, sino á la casualidad de que alguno los recogiese y criase (1). Trajano, Antonino, y otros Césares impotentes para corregir tan escandalosa aberración del espíritu y de las costumbres erigieron asilos para lactar esos expósitos á costa del público, que por esto se llamaron *Ulpianos*, (de *Ulpio* Trajano) ó *Faustinos* (de *Faustina*, esposa de Antonino Pio) ó *Mammeanos* (de *Mammea*, madre de Alejandro Severo). Abolidos estos asilos en el reinado de Pertinax, los restableció Constantino «*ut parentum manus à parricidio avertantur*» ¡bella moral!

Suponen algunos autores modernos versados en las antigüedades mejicanas que existian en aquellas regiones del Anahuac, en tiempo de la conquista, hospitales y otros establecimientos de beneficencia; pero ni está bien dilucidado este punto, ni dado caso que fuese exácto podrian remontar mas allá del siglo VII de nuestra era; época en que se presume que apareció en el pais de los Azteques el

(1) En tiempo de Juvenal se exponian los niños cerca de los lagos *spureos*, y algunas madres cambiaban allí los suyos, como atestigua el mismo autor.

.....*stat fortuna improba nocte*  
*Arridens nudis infantibus, hos fovet omneis*  
*Involvitque sinu, domibus tunc prorrigit altis,*  
*Secretatque sibi mimum parat, hos amat, his se*  
*Ingerit, atque suos ridens producit alimpos....*

Budha Quetzalcoatl, ú *Hombre blanco*, legislador y moralista que desapareció con sus discípulos prometiendo enviar mensajeros de su casta y creencia, cuya tradicion religiosamente conservada entre aquellos naturales facilitó al gran Cortés la conquista del imperio de Motezuma en el siglo XVI (1).

Es por tanto indudable que si antes del cristianismo se egercian los deberes de la hospitalidad como sagrados, no se tenia la mas ligera idea de *caridad* propiamente dicha, ni mucho menos de *beneficencia*. A la sublime moral del evangelio debió el mundo esta importantísima reforma. A medida que se propaga el cristianismo vemos nacer, difundirse, multiplicarse los institutos y los actos de ardiente caridad. Grandioso y consolador espectáculo por cierto ver á los apóstoles desnudos y descalzos, con el estandarte de la cruz en la mano, sin armas, sin lictores, con el solo poder de su palabra omnipotente derribar las aras donde humeaba la sangre de las victimas humanas, quebrantar las cadenas del esclavo, decirle «eres libre é igual á tu Señor» enseñar á las generaciones atónitas la igualdad de todos los hombres delante de Dios, y la fraternidad de todos en J. C., levantar del polvo y de la humillacion al *pobre*, decir á los reyes y magnates «ved ahí vuestro hermano, como vosotros le trateis á él en la tierra así sereis tratados en el tremendo dia del juicio; y el Padre universal os retribuirá cien veces tanto por lo que diereis en su nombre.»

La parábola del rico avariento produjo mas efecto que los oficios de Ciceron ó los tratados de Séneca, leídos de pocos y de ninguno practicados entre los alumnos de aquella vana y esteril escuela. El divino Redentor desdeñando el pomposo aparato de los discursos académicos expuso la moral con sublime sencillez, la redujo á dos únicos mandamientos; dió al precepto el atractivo dramático y poderoso de la accion, ci-

(1) La época de cultura y civilizacion de aquellos países segun las tradiciones, monumentos y geroglíficos examinados con la mayor detencion, parece haber sido desde 667 á 1031 de nuestra cronologia; pero el Budha apareció antes, y sus dogmas religiosos, su horror á los sacrificios humanos, algunos fragmentos de cruces toscamente labradas, inducen á pensar que era un misionero apostólico procedente del Asia.

mentó el bienestar de todos en el privado interés de cada uno, y siempre á la regla iba unida la práctica y el ejemplo. Si sus discípulos predicaban la mansedumbre y el perdón de las injurias, ofrecían un asilo á sus perseguidores; si enseñaban la caridad y la misericordia, vestían al desnudo y lavaban y besaban los pies del pordiosero; si anunciaban la resurrección de la carne y una vida eterna más allá del sepulcro, entonaban cánticos en medio de los tormentos y de las hogueras, y espiraban radiantes de fé y de esperanza en su Dios.

Era imposible que los pueblos resistiesen á una predicación tan eficaz, tan rica de porvenir y de consuelo: la muchedumbre se agolpaba por todas partes y se prosternaba ante los predicadores y los llevaba en triunfo. La omnipotencia de los Césares se quebrantó como leve caña al soplo de los huracanes, y la cruz de Golgota brilló muy pronto sobre la diadema imperial: la revolución fue completa, rápida, universal.

Y de esta doctrina religiosa fundada esencialmente en la caridad (1) nació con el trascurso de los siglos, y con la cultura de las naciones el canon ó dogma «que impone á la comunidad la obligación de mantener al impedido, y acorrer al necesitado» fuente y origen de la beneficencia pública, que ni excluye la caridad cristiana, ni tampoco debe con ella confundirse. La caridad es una virtud privada, individual, á veces secreta; la beneficencia forma parte de la administración pública; aquella distribuye la limosna en nombre y por el amor de Dios; esta socorre por cuenta del Estado; aquella dá, esta paga: la caridad ampara al mendigo, la beneficencia previene la mendicidad.

Reparar el daño causado por la desproporción de la riqueza privada, proporcionar trabajo al que puede trabajar, y sustento al impedido, acoger al huérfano y desamparado, amparar la familia desvalida, asistir y curar al pobre en-

(1) Amad al prójimo como á vosotros mismos, era el segundo precepto ó resumen de toda la doctrina. *Filioli diligite vos* era la diaria lección moral de San Juan Crisóstomo.

fermo, he aquí el objeto de esta institución angélica que no conocieron las naciones antiguas, y que en este siglo de ilustración y eficaz filantropía pudiera llamarse la providencia social.

Abolida la esclavitud y vasallage, fundada la legislación civil sobre la base de la propiedad, igualada la condición legal de todos los individuos de la gran familia, el proletario no tiene otro capital que sus brazos, ni otra renta que su salario; si cesan aquellos, falta este, y el *pobre* mendiga ó muere si no le acorre la comunidad. A este deber responde la beneficencia pública, y sin ella fueran injustas, inhumanas, tiránicas las leyes represivas de la mendicidad, fundadas sin embargo en el procomunal.

La experiencia ha demostrado que el *pauperismo* fomenta la inmoralidad, humilla, degrada, y embrutece las clases menesterosas, deprava las costumbres, relaja todos los vínculos de familia, apaga los sentimientos mas tiernos y mas enérgicos de la naturaleza, prepara y apadrina el crimen. De aquí el derecho, y mas bien la obligación de atajar y extirpar el cancer de la mendiguez.

Desde la ley de Graciano y Teodosio á fines del siglo IV (1) hasta la que hoy se discute en el parlamento inglés y combate O-Conell, todos los legisladores han consignado en sus códigos este principio tutelar. Pero de él derivan derechos y deberes recíprocos. Si el estado prohíbe al menesteroso que *pida* directamente y por *sí*, contrae por lo mismo estrechísima obligación de prevenir y anticiparse á la necesidad: por manera que deslindado el origen, índole y objeto de la beneficencia, podemos ya sentar sus dos reglas mas importantes, á saber: «La sociedad debe mantener sus verdaderos pobres: 2.<sup>a</sup> es verdadero *pobre* aquel que no puede procurarse el diario y preciso alimento.»

Considerada la beneficencia como un ramo esencial de la administración pública, sus atribuciones se mezclan y á veces se confunden con otras de no menor importancia é interés. Las cárceles y casas de detención para los reos presun-

(1) Lib. XI, tit. 25 del Código de Justiniano, año 389.

tos, las de correccion y reclusion para los delincuentes, los presidios, las penitenciarias y colonias de confinados á lejanas y remotas posesiones pertenecen á la policia general, y á la administracion de justicia; pero reclama en ellas la beneficencia su parte. Si aquella cumple con la dolorosa obligacion de sujetar al culpable, ó detener al acusado, la beneficencia templando el rigor de la humana justicia ve en el preso un hombre, un hermano; lleva á su boca el alimento, y el consuelo y la esperanza á su atribulado corazon. Ni á esto se limita, sino que procura imbuirle los sanos preceptos de moral, enseñarle los medios de vivir honradamente, y devuelve corregido y morigerado al seno de la familia y de la sociedad al que antes fue su azote y su baldon.

Las salas de asilos ó escuelas de párvulos, las gratuitas de enseñanza primaria, las de artes y oficios, las de ciegos y sordomudos de nacimiento que no pueden costear su dispendiosa enseñanza corresponden á la instruccion pública por su objeto, y á la beneficencia por los medios de plantearlas y sostenerlas.

Los pósitos ó montepios frumentarios, los montes de piedad, los bancos de provincia, las cajas de ahorros, las asociaciones mútuas tan antiguas y tan nacionales en España con el nombre de hermandades, gremios y cofradías, las colonias agrícolas no desconocidas entre nosotros, y ahora promovidas en Holanda con tan buen éxito, y otras empresas dirigidas á mejorar la suerte y condicion de las clases poco acomodadas, así pertenecen al fomento de la riqueza pública y al gobierno interior y económico de los pueblos, como á la beneficencia.

Pero los establecimientos que mas particularmente se reputan propios de este ramo son aquellos que tienen por objeto el auxilio del *impedido*, como es el niño expósito, huérfano, ú desamparado, el adulto imposibilitado de procurarse el diario sustento, el anciano, y sobre todo el enfermo que ademas del alimento preciso reclama esmerada asistencia y remedio á sus males físicos ó intelectuales, curables ó incurables.

Los establecimientos de beneficencia pueden dividirse en

dos secciones; una para los pobres que solo temporalmente necesitan de la pública caridad, y otra para aquellos que deben gravarla mientras vivan. La mayor parte de los establecimientos corresponden á la primera. Bajo otro concepto pueden tambien subdividirse, segun la naturaleza de los fondos con que subsisten en *públicos ó privados*, y aquellos en *generales, provinciales ó municipales*.

La ley de 1838 eutiende por públicos *los que en todo ó en su mayor parte se mantienen con fondos ó arbitrios del Estado, de la provincia, del partido, ú del pueblo*, ya sean fijos, ya eventuales: y declara privados aquellos que corresponden exclusivamente á una corporacion, sociedad, familia, linage ó clase determinada, y viven de rentas propias. Las limosnas, suscripciones, colectas y onestaciones públicas en las iglesias, ú otras reuniones, con permiso de la autoridad, deben reputarse como fondos públicos cuando no se contraen á determinadas clases ó personas.

En una buena ley ó sistema de beneficencia hay que determinar, 1.<sup>o</sup> quien debe contribuir, cómo y en qué proporcion: 2.<sup>o</sup> formado el acerbo comun, quien ha de distribuirlo, cómo, y á quien.

La primera parte es una ley de fondos, la segunda lo es esencialmente de administracion.

Por espacio de muchos siglos entre las naciones que abrazaron el cristianismo la beneficencia estuvo á cargo del clero. Sus bienes se llamaron y fueron realmente el patrimonio de pobres. La iglesia fundó hospicios y asilos en las ciudades populosas, en las playas remotas y desiertas, en las cimas de los Alpes, y halló asistentes esmerados sin recompensas terrenales; abrió escuelas gratuitas para los párvulos, y fundó órdenes religiosas que las desempeñaran, erigió los hospitales donde una reina curase las úlceras asquerosas del mendigo, y colocó una hermana de la *caridad* á la cabecera del apesado.

Tampoco los legisladores civiles olvidaron su deber, ni dejaron confiado únicamente á los sentimientos personales el cumplimiento de las obligaciones contraidas por el clero hácia el pobre. Es muy digna de notar la ley 12, tit. 28, part.

3.ª que hablando de los bienes y rentas eclesiásticas dice así: "é maguer los clérigos *los* tengan en su poder, *non* han señorío de ellos, mas tiénenlos como guardadores" y mas adelante, segun el estilo de este código memorable, que es á un mismo tiempo un tratado de moral, de política y de gobierno, porque razona y discurre sobre las leyes, se previene que los eclesiásticos "de las rentas de la iglesia é de sus heredades »oviesen de que vevir *mesuradamente*, é lo demas lo despendiesen en obras de piedad, asi como en dar de comer é de vestir á los pobres, é en facer criar á los huérfanos, é en casar á las vírgenes pobres."

El mismo espíritu de abnegacion y piedad respiran todos los cánones de los concilios en aquellos siglos, y los escritos de Nolan, de Burn, y de cuantos han tratado de la legislacion de pobres en Inglaterra nos enseñan que pesaba tambien allí sobre las rentas de la iglesia el mismo gravamen, habiéndose aplicado la cuarta y de-pues la tercera parte de los diezmos á los pobres, sin perjuicio de otros auxilios cuantiosos. Adolfus asegura que no se encuentran leyes ó disposiciones civiles sobre la asistencia de las clases menesterosas hasta el reinado de Enrique VIII. Despojado entonces el clero de una parte de sus rentas, fue preciso crear la legislacion de pobres, sumamente estensa y no poco complicada, cuya base es el estatuto del citado monarca, que obligó á las parroquias á mantener sus pobres, y habiendo asegurado su asistencia prohibió y reprimió la mendicacion.

En Escocia, en Holanda, en la Alemania protestante, en la Bélgica, en Francia, á medida que el Estado se incorporó de los bienes y fincas de los conventos y monasterios, se subrogó á ellos para acudir al alivio de los menesterosos. La justicia y la conveniencia pública lo exigian, pero pasaron muchos años antes que el Estado regularizase este auxilio y se subrogase á un clero, acaso poco discreto en sus distribuciones, pero opulento y dadivoso.

A mediados del siglo XVIII principiaron á vislumbrarse, estudiarse y difundirse los teoremas y lecciones de Economía política, que clasificando las rentas y gastos del Estado, engendró el sistema regular y metódico de presupuestos. La

beneficencia ocupó en ellos su lugar, como una *carga pública*, como parte de la deuda nacional, como el *rédito* que paga la sociedad al socio que con sus tributos, sus brazos, ó su sangre coadyuvó á mantenerla. Sin desdeñar ni excluir los útiles y eficaces dones de la caridad privada, no se fió á ella únicamente el cumplimiento de una obligación social. Y he aquí precisamente lo que falta realizar entre nosotros despues de haber variado las instituciones públicas, ó restablecido, si se quiere, las antiguas, pero olvidadas por largos siglos.

Existia en España un sistema de beneficencia bueno ó malo, con sus ventajas é inconvenientes, pero completo. La piedad de los fieles excitada por la religion habia dotado copiosamente sus numerosos establecimientos; las rentas propias cubrian la mitad de sus gastos. Los obispos y arzobispos, los prebendados de catedrales y colegiatas, un clero parroquial de ejemplar conducta y ardiente caridad derramaban la limosna á manos llenas; mas de 3.000 conventos de uno y otro sexo distribuian diariamente las sobras de su comida, y repartian por caridad lo que á la caridad debieran; su cláustro era el albergue y asilo del peregrino y transeunte; y el hospedaje dado á Colon en el pobre convento de Palos valió á los monarcas de Castilla tesoros sin cuento, ricas diademas, y la posesion del imperio mas dilatado y poderoso de la tierra.

La mayor parte de los religiosos eran hijos de familias poco acomodadas, que sostenian con sus escasos recursos, enseñaban gratuitamente, y daban carrera á la juventud segun las ideas é índole de aquella época. Abiertos estaban los cláustros para el que quisiese dedicarse á los estudios sin necesidad de anticipos ni desembolsos; el infimo, el mas desvalido español podia llegar por esta senda á las eminentes dignidades del Estado, á la grandeza, á la púrpura cardenalicia, á la tiara.

Una tercera parte de las rentas de todas las mitras de España, el fondo pío benefical, los productos de la Cruzada, los frutos de muchas prebendas, y porcion del acerbo decimal, rentas todas de origen y naturaleza eclesiástica, estaban destinadas legalmente á la beneficencia, ademas de las limosnas que espontáneamente diera la iglesia. Pero este edifi-

cio labrado lentamente por la mano del tiempo, ajustado á las costumbres, ideas, necesidades y preocupaciones del pueblo se ha desplomado en nuestros días, y no hay poder humano que alcance á levantarlo de entre los escombros.

Pero es justo añadir que si nosotros hemos sido testigos y víctimas de la inmensa catástrofe, no por esto debe imputárenos exclusivamente: no. El imprudente Carlos, y su favorito aun mas imprudente, su corte corrompida, sus impróvidos consejeros prepararon la ruina, la hicieron inevitable, y no se curaron de prevenirla ó de repararla.

Desde principios de este siglo cesó el pago de los Juros, que formaban la dotacion de muchos hospitales, casas de expósitos y de beneficencia; sus fincas fueron incluidas en la septimacion, despojo violento é inexcusable bajo un gobierno regular y en el seno de una paz profunda; vendiéronse muchas de aquellas fincas sin intervencion de sus dueños lejitimos, y el producto ingresó en el tesoro á cargo de pagar el 4 p. o/o. Pero los trastornos ocurridos en 1808 interrumpieron el pago de crédito tan preferente, y restablecida la paz en 1814 no por esto fue mas atendido. Las convulsiones políticas que estremecieron los cimientos de la monarquía desmoronaron la hacienda pública, y si bien los esfuerzos del ministro Ballesteros repararon algun tanto el desastre en 1828, pagando alguna parte de las rentas á estas casas é institutos, han succumbido en 1836 á los embates de una convulsion mas espantosa y probablemente irreparable. Pocos son los establecimientos de beneficencia que no hayan sufrido graves quebrantos, y algunos han naufragado totalmente: por manera, que faltando las rentas eclesiásticas, los fondos públicos, la mitad de los frutos decimales, y reducidos los ingresos eventuales por la estrechez de las clases medias que son las mas caritativas, puede considerarse como exausto el tesoro del pobre, y el daño es inmenso, el remedio urgente á par que dificultoso.

Aumenta todavía la gravedad de aquel y la dificultad de este la falta de noticias estadísticas. En el año de 1821 cuando se discutia la ley, que cesó en 1823, y fue restablecida en 8 de setiembre de 1836, se formó un estado que solo comprende 33 provincias, no inclusa la de Madrid.

He aquí el resumen:

ESTABLECIMIENTOS.	RENTAS.						GASTOS.		DIFERENCIA.	
	Hijas.	Eventuales.	Eclesiásticas.	Productos.	TOTAL.		Sobra.	Falta.		
Hospitales.....	9.177,758	2.517,575	1.535,741	"	12.829,074	15.926,795	"	1.097,731		
Hospicios.....	2.614,642	2.037,716	1.502,653	1.425,257	7.408,288	7.036,959	371,329	"		
Casas de Expositos.	2.668,634	576,474	1.464,042	"	4.609,150	8.460,845	"	3.850,695		
Id. de Mendicidad.	693,525	109,535	12,722	"	815,582	719,195	96,387	"		
	15.184,559	5.041,500	4.115,138	1.423,237	28.662,094	30.145,794	467,716	4.948,426		

Pero es de observar, 1.<sup>o</sup> que figuran entre las *rentas fijas* los réditos del papel del Estado que ahora no se cobran; 2.<sup>o</sup> que los gastos se han acrecentado considerablemente en estos últimos años; 3.<sup>o</sup> que las contribuciones enormes sobre la agricultura han secado los manantiales de la caridad, y disminuido por tanto los ingresos eventuales. Son, pues, además de incompletas, inexactas estas noticias, y no puede fundarse sobre ellas un cálculo razonado.

En el presupuesto presentado á las Cortes en agosto de 1837, y que con ligeras correcciones ha servido para el voto de autorización dado en la última legislatura, se graduaba en 27.997,725 rs. el importe total de este ramo en todo el reino, cuando en 1821 se suponía que pasaba de 30 millones solo en 33 provincias: ¡tan falaces deben de ser los datos en que uno ú otro, ó acaso ambos, se han apoyado!

Conviene empero prevenir una peligrosa consecuencia que pudiera deducirse de estas premisas. Mientras carezcamos de estadística se dirá: ¿cómo se calculan con alguna exactitud los gastos, como se proponen y sujetan á pública discusión? ¿No es mas sencillo y natural principiar reuniendo datos y apoyarse en ellos? Si, por cierto, es mas sencillo y natural, mas cómodo sobre todo; pero, si la experiencia ha demostrado que es poco menos que imposible, si casi todos los ministros de la Gobernacion los han reclamado hasta ahora sin fruto, si las autoridades se escudan en el trastorno y desconcierto de la cosa pública para no contestar á las repetidas circulares ¿creerá el Gobierno haber cumplido su obligacion con el mero hecho de expedirlas sin curarse de los resultados? ¿Nos colocaremos en este círculo fatal y vicioso de aplazar el establecimiento de un buen sistema de beneficencia hasta que se reúnan las noticias oportunas, al paso que no se pueden reunir estas por la falta misma de un sistema y organizacion conveniente?

Cuando la discordia civil y un vandalismo atroz y sin ejemplo yerban nuestros campos, aniquilan la industria, obstruyen todos los manantiales de la riqueza comercial, reducen á ceniza poblaciones y establecimientos considerables, derraman el luto y orfandad sobre todas las provincias;

cuando la súbita extincion de las órdenes religiosas y la reforma del clero secular hecha sin preparacion oportuna priva repentinamente á las clases pobres de los auxilios copiosos y fáciles que habian disfrutado por tantos siglos, cuando es tan urgente la necesidad ¿aplazaremos para época mas tranquila su remedio? Aun dejando aparte la consideracion política de tanta importancia acerca del influjo que egerce la miseria y abandono de tantos millares de españoles en el fomento, propagacion y aclimatacion de la guerra civil, la humanidad, la caridad cristiana nos imponen el deber de ocurrir, y ocurrir prontamente, al socorro y alivio del menesteroso, so pena de provocar una disolucion general sin egemplo en los anales del mundo. Crece en medio de nuestros campos assolados, en nuestras ciudades, en nuestras villas y aldeas una poblacion parásita, arrojada por la fuerza de nuestras tormentas fuera de la comunion social, sin pan y sin patria, sin religion ni moralidad alguna, agriada por el hambre, embrutecida por su desnudez, reducida á un asqueroso ilotismo, que nada respeta porque nada posee, nada quiere porque nada espera de la sociedad.

¿Y el Gobierno, y las Córtes, y los gefes del Estado, y los publicistas y los hombres de bien callarán y no elevarán su voz? porque el remedio es difícil ¿no se curarán de buscarlo tan siquiera? Cuanto es mayor el daño, mayor y mas inminente el peligro, tanto ha de ser mas poderoso y constante el empeño para salvar la patria. Ahora mas que nunca y á toda costa han de promoverse las asociaciones mútuas, las escuelas de párvulos, los buenos sistemas penitenciarios, las casas de reforma para enmendar y corregir la extraviada juventud, los establecimientos de beneficencia donde una filantropía sincera, eficaz, sin afectadas declamaciones procure algun alivio á las clases menesterosas, y asegure un porvenir á las generaciones venideras.

Es ún hecho incontestable que crece el pauperismo á medida que se desarrollan los gérmenes de la prosperidad general, y que mejora la condicion de las clases medias y la higiene pública: fenómeno que solo puede atribuirse á que los medios de subsistencia no aumentan en la misma escala que la poblacion; y como quiera es asunto muy digno de la medita-

cion y estudio de los publicistas y legisladores. Es tambien cierto que desde el reinado de Carlos III, y señaladamente desde la pragmática de libre comercio con nuestras posesiones de Ultramar, adquirió extraordinario desenvolvimiento la agricultura é industria española. Esto habria bastado á multiplicar los pobres (1), aun sin el concurso de acontecimientos extraordinarios que han perturbado el movimiento natural de la sociedad, empeorado las costumbres, agravado el mal en muchos conceptos, y hecho sumamente difícil el remedio.

Tiempo es de que examinemos á la luz de la experiencia y segun los mejores principios de administracion, no solo teórica sino prácticamente y con aplicacion á España, una buena ley de pobres. Los fondos de beneficencia proceden de cuatro manantiales, á saber: 1.º Limosnas y donativos puramente voluntarios; 2.º rentas propias de los establecimientos; 3.º productos de la mano de obra donde puede haberla; 4.º los arbitrios é impuestos.

Las limosnas y donativos en dinero, granos, fruto, ropas, alhajas, efectos y materias primeras, las rifas y loterías, las multas aplicadas á este ramo constituyen la parte mas eventual é irregular de sus ingresos; y todas las variaciones por ligeras que sean que afectan el bienestar general, refluyen en la beneficencia; porque las limosnas suelen ser el primer renglon de toda reforma en las familias. Sin embargo, si se tuvieran á mano los productos de tres quinquenios, por ejemplo, de 1800 á 1804, de 1816 á 1820, y de 1830 á 34, el término medio resultante podria considerarse como un dato seguro. Y sino ¿qué cosa mas variable que el nacimiento y muerte de los hombres, los delitos, las enfermedades, los naufragios y averías marítimas? Sin embargo todos estos acontecimientos, á primera vista tan inciertos y caprichosos, se reducen á curvas de coordenadas regulares, y que en un largo espacio de tiempo se aproximan asombrosamente á la verdad.

A fines del siglo último en 1797 se calculaba en 53,122,850 reales el producto de la colecta ó quèstacion de las órdenes religiosas en España. En 1819 la casa de caridad de Barce-

(1) En el curso de 1787 solo aparecen 773 Hospitales, en el de 1797 hallamos 2369. En aquel se contaban 51 Hospicios ó casas de Misericordia, en este 100.

lona recogió de limosnas y donativos voluntarios 396,840 reales, y las 52 rifas semanales produjeron además 374,743. Los gastos totales de la casa fueron 854,867. En el año pasado de 1837 las suscripciones voluntarias de San Bernardino rindieron 234,887 rs. 30 mrs. Ingresaron por otros donativos unos 114.000 rs, y de multas 18,467 rs. 24 mrs. El gasto total ascendió á 767,783 rs. 23 mrs.

Las rentas fijas hemos visto que importaban en el año 21 mas de 15 millones de reales en 33 provincias; pero este dato es sumamente falaz en la actualidad, puesto que comprende los réditos de fondos públicos que han cesado íntegramente. Seria indispensable reformar este dato estadístico, porque es de la mayor importancia; y si el Gobierno quiere fomentar este raudal de la caridad pública, es menester que respete escrupulosamente la voluntad de los bienhechores, que no se falsee ni aparte del fin que aquellos se propusieron á pretexto de mejorarlo, y sobre todo que cese el impuesto inmoral de amortizacion como lo propone la comision del Senado en el artículo 50 de su proyecto de ley.

En la de 1821, dando sobrada importancia al empeño de centralizar este ramo, se intentó reducir á una sola y única clase todos los fondos de beneficencia (artículo 25), y se suprimieron las juntas gubernativas (artículo 37), y aunque en otras disposiciones se respetaron los derechos de propiedad (128 y siguiente), sea por la mala inteligencia de estas disposiciones, ó porque no era claro y terminante su texto, preciso es confesar que ha retraido á muchos de dotar estas casas. Entorabuena que cuando desaparecen los objetos de las instituciones benéficas, ó las clases de la sociedad á que estaban aplicadas, se inviertan las rentas en otros análogos. Esta doctrina se halla establecida de muy antiguo en nuestra jurisprudencia, y á ella se han conformado los monarcas mas piadosos.

En los establecimientos destinados á niños y adultos no enteramente impedidos de trabajar, la mano de obra puede ofrecer una ayuda de costa no despreciable, aunque tambien es eventual, puesto que depende del valor de las materias primeras y de la venta. Este recurso, además de sus ventajas económicas por lo que contribuye al entretenimiento de los

acogidos, tiene la ventaja moral de acostumbrarlos al orden y disciplina; desarraiga los perniciosos hábitos de la holgazanería, les enseña los medios de ganar el pan con el sudor de su rostro, y vivir honradamente en el seno de su familia. Como no es mi intento escribir un tratado completo de beneficencia, sino hacer algunas indicaciones, solo me haré cargo y responderé ligeramente á una obgecion que suele hacerse al trabajo de los pobres, y á una inculpacion grave y poco merecida á nuestros establecimientos.

Pretenden algunos que la industria de estas casas públicas perjudica á los artesanos, y aumenta el número de los pobres de la poblacion; pero no hay fundamento para semejante cargo, fuera del caso en que por una mal entendida piedad se rebajáran derechos, ó concediesen privilegios á las casas de beneficencia. Entonces claro es que la industria del pais no podría luchar contra una produccion privilegiada que se limita á alimentar y vestir al *individuo*, cuando el artesano ha de mantener la familia, pagar alquiler de casa, y hacer ahorros para el caso de enfermedad. A los encargados de semejantes establecimientos toca pesar y graduar estos inconvenientes y ocurrir á ellos, cuidando de introducir y fomentar ramos de industria nuevos en el pais para no luchar con peligrosa rivalidad, y perjudicar á los que se hallen ya establecidos. Otros escritores, por el contrario, atacan la administracion de nuestros establecimientos, por lo mezquino que es el producto del trabajo, ponderando los progresos y adelantamientos hechos en otras naciones. Téngase bien entendido, que en todas tiene que acudir el Estado para soldar el enorme déficit de la beneficencia. En Inglaterra importa el presupuesto de pobres mas de 700 millones de reales: en Holanda el pauperismo devora la sexta parte de la poblacion: en los talleres de beneficencia (*ateliers de charité*) de Gante, donde no se mantiene al pobre, sino que se le asegura jornal ú obra, y se le paga mas de lo que realmente gana, se requieren fondos de suscripcion; y por último en los Estados Unidos, pais-modelo en este ramo que tanto encarecen algunos sin conocerlo, sucede lo mismo (1).

(1) Don Ramon Lasagra, hablando del desfalte considerable que habia en la casa de pobres de Boston (*House of industry*), dice: «desgraciadamente todos los años»

Si á pesar de las limosnas y donativos espontáneos, de las rentas propias y productos de fábrica faltase lo necesario para sostener el peso de la beneficencia, suponiendo una leal y esmerada administracion, preciso sería cubrir el déficit con arbitrios ó repartimientos previa la correspondiente autorizacion. En este caso las autoridades no deben permitir jamas que recaigan los arbitrios sobre materias primeras, ni sobre el consumo de víveres necesarios á las clases poco acomodadas, porque el remedio sería peor que el mal. Deben estos arbitrios afectar los gastos y objetos de lujo, los espectáculos y diversiones públicas, las loterías y caprichos de la vanidad, cuidando de que cada pueblo concorra á los gastos de los establecimientos meramente *municipales*, y cada provincia los *provinciales*, dando por supuesto que las rentas generales del Estado sólo deben aplicarse al sostenimiento de los pobres en casos extraordinarios como guerras, terremotos, hambres ó epidemias. Esta regla debe servir de base para un buen sistema de beneficencia pública.

Ahora bien, suponiendo ya reunidos los fondos, examinemos quién y cómo ha de distribuirlos. La ley de 1821, sujeta por el artículo 321, § 6.º de la constitucion, confió á los ayuntamientos la administracion, direccion é inspeccion de esta clase de establecimientos; bien que los habia propios de toda una provincia, como las casas de expósitos, las de maternidad, y algunas de socorro ó beneficencia; y otros podian ser comunes á dos ó mas provincias como los hospitales destinados á la curacion y asistencia de locos y dementes. Así que parece mas conveniente el método seguido en el proyecto de 1838, por el cual, conservándose las juntas municipales de beneficencia, se restablecen las de provincia que en 1834 se crearon con buen éxito, y una central ó suprema en la capital á semejanza de la que existia en 1836. Mucho se han impugnado las juntas y comisiones, porque suelen ser poco fecundas en resultados, aunque otros las encomian por menos gravosas y arbitrarias que las direcciones generales.

«en todos los establecimientos de pobres en los Estados Unidos acontece una cosa semejante.» Tomo I, pág. 318. Edicion de 1836.

Ello es que no hay sistema alguno completamente bueno, ó completamente malo, todos tienen sus ventajas y sus inconvenientes; y lo difícil es graduar unos y otros con tino y acierto, inclinándose á lo mejor. Las juntas y comisiones, preciso es decirlo, son congéniales á los españoles, brotan naturalmente siempre que se les ofrece ocasion; y para lo mas árduo como para lo mas sencillo propenden á juntarse, y sus cuerpos municipales tan antiguos, ó acaso mas antiguos que la monarquía, se han llamado *ayuntamientos*, nombre que les conviene perfectamente. No hallo, pues, fundado motivo de oposicion á lo prevenido en el título 3.º de la ley pendiente, siempre que sean pocos los vocales, y sus atribuciones en ningun caso y bajo pretesto alguno pasen de *consultivas*. Pero veamos antes cuáles son las atenciones preferentes, y los establecimientos que conviene promover mas eficazmente en un buen sistema de beneficencia.

Los socorros domiciliarios son, á mi juicio, los que merecen señalada preferencia (1), porque cunden á toda la familia, evitan al pobre la especie de humillacion que inveteradas preocupaciones imponen á los asilos de mendicidad y á los hospitales públicos, ahorran los gastos considerables de administracion ó direccion y contabilidad. Pero ¿cómo se distingue el verdadero del falso menesteroso? ¿cómo se evita el riesgo de negar acaso los auxilios al honrado padre de familia que los necesita ciertamente, y los reclama con rubor y timidez, al paso que se dispensan pródigamente al vagamundo audaz que atormenta la pública compasion con gritos descompasados, con úlceras artificiales y mentidas convulsiones? ¿Al que trafica con la caridad generosa, presta ó vende sus propios hijos, si no es que lacera sus carnes para hacer mas copiosa la limosna, y gastar en excesos brutales y escandalosos el fruto de su abominable parricidio?

Este problema es de fácil solucion en las poblaciones de corto vecindario, donde ni puede ocultarse el verdadero necesitado,

(1) Era conocida la hospitalidad domiciliaria en Madrid á fines del siglo XVI, y practicada en la parroquia de S. Martin, segun afirma el Sr. Canga en su *Diccionario de hacienda*.

ni las causas de su apurada situación. Pero en las grandes ciudades ofrece tantas dificultades, la perversidad toma tantas formas, se eluden con tanta habilidad todas las precauciones coercitivas; hay además tanta facilidad en dar certificados de pobre, que no es extraña, ni deja de ser fundada la oposición de muchas personas benéficas é ilustradas á esta clase de distribuciones.

La ley de 1821 que dedicó dos títulos (5.º y 6.º) á los socorros y hospitalidad domiciliaria, hizo prevenciones atinadas y juiciosas que han sido sin embargo desmentidas por la experiencia. En el proyecto de 1838, título 1.º, se propone la inscripción de pobres en un *registro* llevado en cada pueblo de la monarquía, entendiéndose por pueblo la circunscripción de un ayuntamiento. Y haciéndose cargo de las multiplicadas atenciones que incumben á estos cuerpos populares, además de fijar las condiciones necesarias y testimonios que deben presentar los postulantes, se encomiendan estos registros á comisiones especiales, delegadas de la municipalidad y presididas por el alcalde respectivo. Es el sistema de *tutores* adoptado en algunos estados de la Union americana y en la ley de pobres recientemente discutida en Inglaterra.

Confieso que no es fácil (quizas imposible) cortar ó prevenir todos los fraudes y abusos; pero se disminuirán mucho observando las siguientes reglas: 1.ª limitar los efectos de la inscripción á un plazo discrecional, y fijando un *máximo* para que al tiempo de renovarla se llame la atención de los encargados, y se niegue si no fuese justa y fundada la demanda: 2.ª subdividir mucho las grandes capitales en secciones de poca extensión y vecindario, para que las diputaciones puedan apurar la verdadera situación de los postulantes, y poner dique á las pretensiones infundadas: 3.ª dar oportuna publicidad á los registros, de modo que tengan conocimiento de ellos todos los concejales, y puedan reclamar contra las inserciones indebidamente concedidas ó negadas: 4.ª acordar rara vez y con mucha parsimonia los auxilios en metálico, porque son los mas expuestos á fraude, proporcionar médicos y facultativos para los enfermos, jornal ó materias primeras para los que puedan trabajar, ropas y alimentos ya preparados para los

impedidos, á fin de evitar que los vendan, y empleen su producto en otros menos nutritivos, ó quizás dañosos al mismo interesado.

Ademas de estos socorros distribuidos al pobre en su hogar, la ley de 1821 ponía á cargo del Estado los establecimientos siguientes:

1.º Las casas de maternidad y de lactancia con sus tres departamentos, á saber; uno de refugio para las mujeres que bajo el velo de la caridad necesitan ocultar su desgracia y humillacion; otro de niños expósitos procedentes del de maternidad, ó de la pública corrupcion y abandono; y otro de párvulos para recoger á los huérfanos y desamparados hasta la edad de siete años.

2.º Las casas de socorro y beneficencia para los niños después de cumplidos los siete años, los adultos impedidos, y los mendigos á quienes se prohíbe pordiosear.

3.º Los hospitales públicos para la asistencia y curacion de los enfermos que no puedan recibirla en sus casas, indicando bastante claramente que la hospitalidad *domiciliaria* es la regla, y la *pública* la excepcion: principio conservado y proclamado terminantemente en el artículo 24 de la nueva ley. Pero incurria aquella, con respecto á estos asilos de la humana miseria, en una señalada contradiccion. El artículo 108 prevenia que fuera de los casos extraordinarios en ningun hospital público hubiese mas de 300 camas, al paso que en el artículo 106 se decia: «Ningun pueblo, por grande que sea, tendrá mas de *cuatro* hospitales que se procurará situar en otros tantos ángulos ó extremos.» De aquí resultaba que el límite de la hospitalidad pública en una misma poblacion se fijaba á 1200 enfermos. Es verdad que ademas habia la asistencia domiciliaria, y las casas de convalecencia y las de locos que no venian incluidas en aquel número.

Esta contradiccion, que no deja de tener graves inconvenientes, provenia de haber sobrecargado la ley con detalles minuciosos y propios de los reglamentos é instrucciones generales que corresponden al poder egecutivo. Verdad es que en aquella época podian las leyes ser mas circunstanciadas, ya porque no habia mas que un solo cuerpo legislador, ya porque

este expedía decretos y aun órdenes: pero en el día, mejor entendida y equilibrada la acción legislativa, y componiéndose las Cortes de dos grandes cuerpos deliberantes, las leyes deben ser cortas, claras y precisas, reducidas á bases ó principios generales en forma de preceptos.

En el proyecto presentado por el Gobierno sobre este ramo en la última legislatura se hace mención de los mismos establecimientos que en la ley de 1821, habiéndose añadido muy oportunamente los *asilos de caridad* para recoger á los jóvenes de ambos sexos que, sin haber provocado el fallo terrible de los tribunales, anuncian disposiciones viciosas con tendencia señalada á los excesos y al crimen. Son de mucha utilidad estos asilos para precaver el extravío de la juventud, y apartarla de la senda fatal que conduce á la miseria, á los presidios, á una muerte precoz y desastrosa. Un régimen sumamente discreto, mucha dulzura en el trato, ocupaciones incesantes pero variadas, trabajos corporales, nunca violentos ni humillantes, frecuentes pláticas religiosas, pero breves y llenas de unción, esmeradísimo aseo, silencio y recogimiento habitual, separación completa de sexos, un buen sistema de instrucción primaria acomodado á su situación, y una escala de recompensas y castigos aplicados con severa pero imparcial justicia, corrigen en poco tiempo los hábitos perniciosos, inculcan los sentimientos honrados, hacen casi imposible la reincidencia, y aseguran la enmienda del individuo, cimentándola no en la fuerza y violencia, sino en la convicción.

Las escuelas de párvulos (*poor's schools*, ó *sales d' asile*) corresponden mas á la beneficencia que á la instrucción pública; porque su objeto preferente no es la enseñanza sino la educación. Apartar al niño desde la edad de tres años de las plazas y calles públicas; avezarlo á la regularidad y compas hasta en los movimientos de sus brazos; inspirarle el amor de sus semejantes; acostumbrar al que tiene de sobra á partir con el que tiene menos; cautivar su atención tan movible y fugaz en esa edad, y dirigirla hácia lo recto y lo útil; evitar que aprenda ni oiga palabras obscenas y escandalosas que se imprimen en su ánimo como en blanda cera; por último enseñarle á leer, escribir y contar, sin desatender la moral religiosa: tal es el

objeto de estos interesantes y modestos institutos que empiezan á promoverse entre nosotros.

En los países extranjeros donde se hallan ya aclimatados, se ha notado que influyen en la moralidad de toda la familia, observándose que algunos padres de costumbres relajadas, al ver sus hijos tan morigerados en edad tan tierna, tan compuestos en todos sus actos, tan llenos de cariño y de respeto, se moderan y se abstienen de pronunciar en su presencia palabras y expresiones que puedan mancillar su candor é inocencia.

Las casas de lactancia ó expósitos son en el día objeto de animada polémica en Francia. Nuestra ley de 1821 respira en todos sus artículos un invencible horror al infanticidio; y fija la vista del legislador en este escollo pudo incurrir en otro no menos funesto. Los asilos de maternidad y los tornos son un verdadero premio, una especie de *seguro* dada graciosamente al delito, que necesariamente debe hacerlo mas fácil y frecuente asegurando el sigilo, y encargándose la comunidad del fruto y consecuencias de la falta. Pero no es esta todavía la consideración mas importante. La experiencia ha demostrado que un gran número de expósitos no son de ilegítimo concepto, sino de legítimo matrimonio. Padres miserables, cargados ya de familia, se desprenden de sus hijos recién nacidos, y los confían á la caridad pública. De aquí un aumento de gasto considerable impuesto á la sociedad, y un gérmen de desmoralización en las familias, invitándoles al abandono de sus propios hijos, y á imprimir en su tierna frente un sello fatal que no alcanza á borrar la omnipotencia de ley. Solo así puede explicarse el rápido aumento de los expósitos. Necker en 1784 calculaba que en Francia habia unos 400; en 1815 eran 840, y 1270 en el año 35. En Madrid entraron en la inclusa unos 800 individuos al año, desde el de 1787 hasta 91 (inclusive), 906 en cada año desde 1814 á 1818, y 1315 por año en los de 33, 34, 35, 36 y 37. ¿Se dirá que este aumento tan extraordinario provenga de la mayor corrupcion de costumbres? no es esta mi opinión, ni conducen á este resultado las demas observaciones. Nace de dos causas á la vez: 1.<sup>a</sup> que un gran número de expósitos son legítimos: 2.<sup>a</sup> que los tornos facilitan y fomentan el delito.

Por otra parte la mortalidad es mucha; en los mejores

establecimientos llega á salvarse un 40 por 100; y por término medio, puede asegurarse que solo alcanzan á la edad de 7 años unos 20 por 100 (1). Las precauciones que guarda la madre durante el embarazo, la falta de recursos y auxilios en el momento del parto, la necesidad de exponer al niño á la intemperie por algun tiempo hasta que lo recoja la vigilante caridad y le dé los primeros socorros, son causas casi siempre mortales para el fruto de la prostitucion y abandono de las madres. Son estas consideraciones de tanto peso que en muchas naciones jamás se han consentido los *tornos*, y en otras se van cerrando despues de establecidos. En la última legislatura de las cámaras francesas se suscitó una breve pero importante discusion entre La Martine, hablando solo á nombre de la humanidad, y el Ministro hablando á nombre del bien público y de la verdadera moral.

Conozco muy bien la fuerza del argumento que los defensores de *tornos* y del *sigilo* oponen á todas las razones de sus contrarios ¡el infanticidio! Una mujer seducida, extraviada por un momento, no es perdida para la sociedad, que escusa y con razon semejante *falla*; pero si la obligamos á cometer un horrendo crimen, si su mano se mancha con la sangre de su propio hijo, si al primer vagido responde su maternal corazon con la muerte cuando acaba de darle la vida, esa mujer es un monstruo, la sociedad la repudia, y nada puede ya esperar de ella, ni conversion ni enmienda. Asi el terreno de los que defienden estos establecimientos es ventajoso sobremanera, mientras la fria razon no pueda hacerse oír y presentar los datos irrecusables que arroja la estadística,

(1) En Madrid llegan á dicha edad unos 23, esto es, mueren 77 por o/o. Los que sobreviven permanecen en las casas donde los lactaron, ó pasan las niñas al colegio de la Paz, y los niños á Desamparados; aquellas sin limitacion de tiempo, y estos hasta los 16 años en que se presume que habrán ya aprendido oficio, ó deben ser acogidos en el hospicio ó casa de beneficencia. El conjunto de este sistema respira tanta prevision, tan tierna solicitud hacia esos infelices que compensa, y casi nos hace olvidar el horrible abandono de sus padres. Pero si estos renglones merecen alguna atencion, si se leen con el interés con que yo los escribo, penétrense bien los autores del daño que la caridad y la beneficencia, por muy esmeradas que sean, jamás alcanzan á reemplazar el pecho y la ternura de una madre; y que el abandono de los hijos no difiere del infanticidio, sino en cuanto dura mas el padecimiento y el asesino no oye los quejidos de la victima.

Comparando los 17 departamentos (provincias) franceses en que hay mas tornos, y los 17 en que hay menos, resulta que habiendo en aquellos 95 tornos, se cometieron en 4 años 42 infanticidios, y en los otros que solo cuentan 17 tornos, en igual plazo, se perpetraron solamente 38. Proporcion de tornos 95 á 17, proporcion de infanticidios 42 á 38. Abi están los hechos. No es cuestion esta que pueda decidirse ligeramente. Empiece el legislador por reunir noticias exactas; entérese detenidamente de las circunstancias, y vea si puede alcanzar aquel punto casi imperceptible en que los preceptos de la humanidad y de la moral se hermanan y avienen con la severa obligacion del que maneja la fortuna pública.

Otra dificultad gravísima de la Ley de beneficencia es la de fijar el pueblo, provincia ó distrito á cuyo cargo esté la manutencion del *pobre*. En Inglaterra ha dado esto márgen á un cúmulo de disposiciones legislativas que han complicado muchísimo la ejecucion. En el reglamento de nuestro asilo de mendicidad de San Bernardino se estableció que solo fuesen admitidos los naturales de Madrid ó los que tuviesen siete años de residencia. Paréceme muy oportuna y racional esta regla, pero con respecto á los niños de tierna edad no es fácilmente aplicable, porque ni ellos saben cual es su patria, ni su edad. De todos modos habria que hacer una excepcion á favor de los que hayan servido ocho años en el ejército ó armada, y de los que esten casados en el pueblo ó provincia á cuya beneficencia se acogen.

Y esto nos conduce naturalmente á tratar de la naturaleza de los establecimientos que pueden ser generales, esto es, abiertos á todos los españoles sin distincion alguna; *provinciales*, esto es, destinados á los naturales ó residentes de una ó mas provincias que contribuyen al sosten del establecimiento, y *municipales* donde solo sean admitidos los naturales ó residentes en la poblacion que los costea. Todos los demas corresponden á la clase de privados.

A mi entender no debería existir ningun establecimiento general á cargo del Estado, salvo los inválidos ú otros que tienen por objeto recompensar servicios hechos al Estado. Los establecimientos de beneficencia deberían ser todos *provincia-*

ses colocados bajo la inmediata inspeccion y vigilancia de las diputaciones de la provincia que los paga; ó *municipales* confiados al ayuntamiento del pueblo que los mantiene. El Gobierno debería tener en unos y otros poca parte: pero tampoco conviene que corporaciones numerosas, distraidas con otras atenciones urgentes, perentorias, graves, y sobre todo corporaciones *variables* casi todos los años ejerzan una autoridad directa sobre casas é instituciones, en que todo ha de ser metódico, regular, compasado, sujeto á pocas variaciones y á ninguna arbitrariedad.

Por tanto considero muy indispensables dos disposiciones de la ley, á saber: 1.<sup>o</sup> la que establece comisiones municipales y diputaciones subalternas delegadas de la autoridad popular para que se ocupen exclusivamente en este ramo. 2.<sup>o</sup> La de que haya en cada establecimiento un gefe, sea cual fuere el nombre, responsable sí, pero revestido de la autoridad suficiente para mantener el orden, y hacer cumplir puntualmente los reglamentos. Este punto es sumamente esencial, y no lo es menos el de fijar bien los limites de la *inspeccion y visita* que han de ejercer los vocales del ayuntamiento ó de la comision delegada. Téngase bien presente que los sanos principios del derecho administrativo desarrollados, y aplicados con tanta habilidad en nuestros dias no consienten que subsista el abuso pernicioso de confiar á corporaciones, ni el *mando* ó autoridad ejecutiva, ni el *manejo* de caudales. Ejecutar, es de *uno*; aconsejar, velar, vigilar, informar y consultar es de *muchos*.

En el estado actual de España tengo por muy acertadas y fecundas en útiles aplicaciones las siete bases ó reglas que se hallan en el preámbulo de la ley de beneficencia presentada por el Gobierno, á saber:

1.<sup>a</sup> La suprema direccion compete al ministerio de la Gobernacion y á las autoridades civiles y administrativas que de él dependen.

2.<sup>a</sup> El gefe político es en cada provincia la autoridad superior de este ramo, oyendo á la diputacion provincial.

3.<sup>a</sup> Están á cargo de esta corporacion los establecimientos de beneficencia costeados en todo ó en su mayor parte con fondo I.

dos de la provincia, y al de los ayuntamientos los que se costean con fondos del pueblo.

4.<sup>a</sup> Las juntas de beneficencia obran como delegadas del jefe político y diputacion provincial, y las municipales como delegadas de los ayuntamientos: la junta suprema es delegada y auxiliar del ministerio.

5.<sup>a</sup> Será obligacion de estas juntas vigilar el cumplimiento de la ley, de los estatutos, reglamentos y disposiciones vigentes; informar, promover y proponer cuanto estimen conducente al objeto de su instituto, formar la estadística de su demarcacion respectiva; visitar é inspeccionar los establecimientos puestos á su cuidado, formar los presupuestos y examinar las cuentas; pero *ni ejercerán mando, ni darán órdenes parsi, ni administrarán* fondos directamente.

6.<sup>a</sup> En cada establecimiento público ó privado sin distincion, habrá un jefe á cuyo cargo esté la direccion con la autoridad necesaria para desempeñarla; pero será responsable del orden, régimen y disciplina, buen trato de los pobres, y puntual cumplimiento de lo prevenido por la ley, estatutos, reglamentos ó estipulaciones particulares.

7.<sup>a</sup> El manejo de caudales estará igualmente á cargo de una persona abonada que responda de su recaudacion, existencia y legítima inversion bajo fianzas.

Pero acaso la mejora mas notable que ofrece la ley de 1838 es el principio de emancipacion y libertad para establecer empresas y asociaciones particulares de beneficencia. El Gobierno no puede menos de conocer que su accion es acerba y dura aun cuando protege y favorece; que sus agentes subalternos, en general mercenarios, no tratan al pobre con el cariño é interés de hermano, al paso que la accion de la beneficencia privada (sobre todo cuando su móvil es la caridad y no la sórdida especulacion) es mucho mas suave, mas acomodada á las necesidades, supera mejor los obstáculos, no ofende el amor propio, gradua mejor las miserias de la vida, y nunca lastima las secretas y dolorosas llagas de la verdadera indigencia.

Claro es, sin embargo, que este principio de libertad tiene un límite, y que el Gobierno no puede renunciar ni desa-

tender la tutela que le incumbe sobre todas las clases; que no ha de tolerar contratos fraudulentos ni que se abuse de la buena fé, ó de la angustiosa situacion en que se halla el desvalido.

Las cajas de ahorros merecen llamar la atencion del Gobierno y de los legisladores. Han progresado en pocos años de tal modo en Inglaterra, Francia, Holanda, Bélgica y Suiza, que influyen ya notablemente en el bienestar de las clases inferiores (1). Son un verdadero montepío universal, que disciplina la sociedad y asegura un porvenir al artesano en caso de inutilizarse, ó á su familia en el de morir. En España no existe ninguna caja; y los montepíos que maneja el Estado con escandaloso abandono, son un despojo de las viudas y huérfanos del que ha servido honradamente á su país, y sufrido descalabros forzosos por largos años.

Así en los establecimientos privados como en los públicos, aun en aquellos que están destinados á la enmienda de jóvenes, ó á la asistencia de los infelices privados de razon, deben prohibirse severamente los golpes, grillos, azotes, y castigos brutales, que lejos de corregir exasperan y hacen acaso imposible la reforma. Las benéficas disposiciones de los artículos 19 y 22 de la ley, que ademas están literalmente conformes con la de 1821, no pueden menos de ser aplaudidas por todos los hombres de bien, y la comision del Senado no solo las conservó íntegramente, sino que las hizo estensivas al trato de los dementes y furiosos, exijiendo el dictámen del facultativo para toda medida represiva en que haya de emplearse la fuerza.

Preciso es ya terminar este largo y enojoso artículo, pero antes de soltar la pluma séame lícito rogar encarecidamente á los amantes del país á que illustren esta importantísima materia, y sobre todo que suministren datos y noticias exactas,

(1) En el año 1818 se establecieron en Francia por primera vez; en 1832 existía depositado en ellas un fondo de diez millones (fr.) de capital próximamente; en febrero de 1835 ascendía á 36, y á fin de octubre del mismo año á 57.742,000 fr. En esa época existian ya en Inglaterra mas de 500 cajas, cuyo capital no bajaba de 1400 millones de rs. y algunos lo calculaban en 2400. En Suiza se han multiplicado extraordinariamente.

porque estas son el mejor elemento de un buen sistema de beneficencia digno de la religion que profesamos, y de la ilustracion y filantropía de este siglo.

### EL MARQUES DE VALGORNERA.

## LAS SILLAS DEL PRADO.

(COSTUMBRES CHARLAMENTARIAS.)

*«O sabe naturaleza  
mas que supo, en estos tiempos,  
ò muchos que nacen sabios  
son, porque lo dicen ellos.»*

Lope de Vega.

**E**N risueño ademan y galante apostura, sujetada la lira en la siniestra mano, y descansando la diestra, como quien ya no tiene gana de cantar, se alzaba el rubicundo Apolo en el término medio del Prado Matritense, dominando á las cuatro estaciones del año, que yacian acurrucadas á sus pies.

Era la noche, y la señora Diana, aunque algo soñolienta y ajada de amores, había relevado al Dios de Delo en la guardia y centinela de este mundo pecador; con que veíase el hijo de Latona libre aun por algunas horas de este cuidado; que no lo es corto, ni discreto, el haber de consumirse por alumbrar á los demas, mientras cierran los ojos á la luz.

Es fama en el Olimpo que estas horas de reposo, en que el Dios de los membrillos cede á su hermana *la alta mision de propagar las luces*, las tenia consagradas de tiempo inmemorial á tomar las cuentas de cargo y data á las señoras Musas allá en el Parnaso, y á despachar el correo, expidiendo desde aquel *comité* central sendas remesas de inspiraciones á todos los poetas con quienes conservaba buena amistad y correspondencia; ora fuesen príncipes y magnates, y supieran y pudieran acompañarse con lira de oro, ya rústicos y pecheros, y entonasen sus villancicos al son de cáramo pastoril.

Con esto el señor Apolo andaba tan ocupado que apenas le bastaban para la firma las largas horas de la noche; y solíale acontecer á veces rendirse cansado al sueño, olvidando su obligacion matutina, hasta que ya muy corridas las horas se levantaba todo atortolado y

corria á los pies del padre Júpiter, el cual no dejaba de echarle una buena reprimenda, y decirle que la poesia habia de acabar por dejarle á buenas noches.

Hoy dia, bendito Dios, es otra cosa; pues ó sea que el Nímen Delfico se haya desengañado de la inutilidad de semejante tragin, ó sea (y esta parece la verdad) que los señores poetas se hayan emancipado y proclamado sus derechos imprescriptibles, ello es que ha venido á levantarse el abasto de las inspiraciones, declarándose estas comercio libre, y que cada cual pueda surtirse de ellas en cualquier parte y á poca costa, v. g. en los cafés ó en los cementerios; cosas todas mas fáciles y hacederas que no andarse un hombre toda su vida trepando por las escabrosidades del Parnaso, á riesgo de rasgarse el corbatin ó de ensuciarse los guantes. Con esto el Dios indefinido ha venido á quedar tan holgachon y tan horro de todo trabajo, que se pasa una vida que ni un canónigo del antiguo régimen, limitado á pasear su reluciente carro por el Olimpo, y á presidir (con superior permiso) las prosáicas aventuras de nuestro Prado Matritense.

Queda dicho arriba que era una de estas noches de Agosto en qué despues de haberse divertido el buen señor en tostarnos las mulleras descansando perpendicular sobre los tejados de Madrid, se hallaba substituido por la *casta diva*, que con mas galanteria y benevolencia dejaba escapar una luz templada, y daba á los madrileños el grato espectáculo de su hermosa faz, pura, grande, serena, *senza nube é senza vel*.

Llegado era el momento, en que todos los heroicos ciudadanos se habian, en uso de su soberania, retirado á acostar, y reinaba por todo el Prado el mas profundo silencio, cuando repentinamente se percibió un ruido armonioso, que por lo sobrenatural é inusitada parecía dar vida y movimiento á aquel solitario recinto; y no era otra cosa, sino que el Dios Timbreo, viéndose solito y seguro de que nadie le escuchaba, habia tenido la tentacion de pasear los dedos por las cuerdas de su lira, con que quedaron las estrellas suspensas en el firmamento, y los árboles inclinaron las venerables copas para mejor poderle escuchar.

Cualquiera creeria que estos no eran mas que preludios para empezar á cantar; pero ¿qué filarmónico ni qué poeta han visto VV. que guste de cantar sin auditorio? S. M. Delfica tampoco era indiferente á una *comision de aplausos*, y hubiera dado en aquel instante un ojo de la cara por encontrar un poeta que quisiera escucharle; pero los poetas andaban todos á la sazón muy ocupados, cuales buscando ideas en un bol de ponche, cuales escribiendo desde un quinto piso un artículo contra el Ministerio.

Despechado, pues, de verse tan redondamente escaso de auditorio, ocurriósele una idea que le pareció muy feliz; y fue, que pues que los seres animados rechazaban su inspiracion, debia acudir á dispensarla á los inanimados, y usando como si dijéramos de una licencia poética, inspirar á las sillas que le estaban mirando sin decir « esta boca es mía. »

Dicho y hecho; apéase de su elevada cúspide; baja de un salto hasta colocarse en el borde del pilon de la fuente, y esforzando cuanto pudo la voz. — « ¿ Eh... señoras sillas... ha de caso.... (las dijo)... Apolo os llama, y os pide conversacion; vengan aquí todas, y entreténganme un rato, que ya me causo de tanta holganza; y tomen y reciban ese cacho de inspiracion que repartirán entre si como buenas hermanas, y sino alcanzase á poder hablar en verso, vaya en prosa, con tal que sea clara, que en prosa habló Cervantes y no por eso deja de ser el primer poeta del mundo. »—Y súbito las sillas se vieron animadas, y agrupándose misteriosamente en ancho círculo en derredor del Dios, dejaron entender un bisbiseo confuso como el que ofrece un enjambre de abejas en presencia del colmenero, ó una escuela de muchachos en el punto en que el maestro da licencia de marchar.

Largo rato esperó Apolo el resultado de aquel acuerdo preliminar, hasta que viendo que nadie tomaba resueltamente la palabra, enderezó la suya al monton, y dijo no sin muestras de enojo mal reprimido. — ¡ Ah, señoras alcorcoques! ¿ será cosa de hablar todos á un tiempo y sin que nos lleguemos á entender? ¿ á habrán VV. de hacer el mismo uso que los hombres del don de la palabra que he tenido á bien concederles? pues por vida de mi padre que si me enojo, suspendo del todo esta *garantia*, y las dejo tan mudas como antes. Pero, vamos á cuentas, que deseo que me diviertan, y para ello fuerza será poner orden, instruyéndolas en las prácticas parlamentarias que veo que no les son familiares. Por de pronto salga aquí la mas vieja y cuide de hacerme una relacion clara y sucinta, sin ambages ni rodeos, entre tanto que las demas pueden irse formando en comisiones; y cuidado con las intrigas y con los tiquis-niquis, que no estoy, juro á Brios, con intencion de perder el tiempo.

Dicho esto se alborotó de nuevo el cotatro, acusándose todas unas á otras como que ninguna queria ser la mas vieja, hasta que convicta y confesa de ello una, que por su traza denunciaba bien su fecha antdiluviana, agarróla Apolo por las greñas con muy malos modos, y lanzándola en medio del corro volvió á encaramarse en el pilon de la fuente, y la intimó con entereza que empezase su narracion.

—Yo, señor Apolo, dijo la silla, un tanto medrosica y mohina,

soy natural de Vitoria, y nací, si mal no me acuerdo, por los años de 95 al 96: fui destinada en mi tierna edad á autorizar con mi presencia la portería de un convento de monjas, y sostener la descuidada persona de el demandadero, que me bautizó con el nombre de la *Carraca*, á causa de cierta analogía que pretendia encontrar entre mis suspiros y el despacible sonido de aquel fúnebre instrumento. Mas entrada en años, y reconocida mi injusta colocación, fui elevada al rango de silla capitana en una escuela de latin, en donde mi posesion era para los muchachos el último término de la felicidad; hasta que elegido el maestro por alcalde de su pueblo, me llevó consigo y me colocó como quien nada dice al frente de todo un ayuntamiento. Por este tiempo el que regia perpétuamente los destinos municipales de esta capital, (todavía no heroica), quiso introducir en ella una mejora que la proximidad del siglo XIX hacia ya necesaria; y entendiéndose para ello con mi alcalde, pudo recabar de él que me remitiera á la corte, para servir de modelo á la organizacion de los móviles asientos con que pensaba sorprender á los madrileños en la famosa feria de la Plazuela de la Cebada. Vine pues á Madrid, y todos los ingenios silletteros de la corte se apresuraron á copiar mi estampa, en términos que me vi reproducida en sus manos, ni mas ni menos que si fuera edicion estereotípica, pasando con mis compañeras á autorizar un recinto en que tantas aventuras amorosas podiera recordar. Entrado ya el siglo actual, y mas civilizadas las costumbres, creyóse oportuna nuestra presencia en el Prado; y ya en posesion de este mi último destino, asistí á coronaciones y entradas régias; presidí revistas y escuché serenatas; serví en las comidas cívicas; fui una de las víctimas del Dos de Mayo; escuché amores; vi aparecer y desaparecer grandezas; serví á conferencias políticas; miré njarise bellezas y nacer otras nuevas; y con mis débiles fuerzas, mi constancia y sufrimiento, tolero hoy los sarcasmos de los hijos de los nietos de aquellos que en otro tiempo me miraron como un progreso. Unicamente me indemniza de tantas penas el cariño paternal con que me distingue mi usufructuario, cuando calculando mi edad y mis servicios, reconoce que se los he prestado por espacio de treinta y nueve años; que en ellos han descansado en mi ocho mil quinientas cincuenta y cuatro personas, y que habiendo cada una contribuído con el alquiler de 8 mrs., he venido á producirle 68,452 mrs., ó sean 2140 rs. y 24 mrs.; esto es, unas cuatrocientas treinta y dos veces mi valor capital.—

Aquí calló la silla, interrumpida por un expresivo signo de desagrado del Dios bermejo, á quien no parecia complacer tan prosaica narracion. Con que despues de una breve pausa seyera encarandó la

faz á la propinante. — Siempre fue de viejos charlatanes, (exclamó) el aprovechar la ocasion de un taufico de auditorio, para relatar sus propias hazañas, sin tener en cuenta que las mas veces no interesan sino á ellos solos.

Y sino dígame, la máquina deslenguada, ¿qué tenemos acá con sus miserables vicisitudes, sus ponderados padecimientos, y toda esa tiramira de voluntarios encomios hechos de su persona, encomios que á nada conducen, que nada prueban, sino que tan leño es ahora como en el primer instante de su ser natural? ¿Parécela, pues, que aquí venimos para escuchar relaciones de méritos y *profesiones de fé* como las que ahora se estilan? ¿ó cree acaso que somos ministros ú opinion pública, y que tenemos allí á mano una intendencia de rentas ó cuatro cargas de aura popular? ¡Ay señora vieja, señora vieja! ¡y que porro debió de ser el primero que enseñó á hablar á las cotorras, y cuánto mas lo parece aquel que tiene paciencia para escucharlas!

¡Alto ahí! (continuó el Dios canicular, dando una patada en el suelo) alto ahí, repito; quédese esto entre nosotros, y callar y callemos, que peor es menearlo. Sirva sola esta alocucion de advertencia piadosa, y ojo al margen, para que las demás post-opinantes no nos muelan con tales reclamos; que acá, hermanas, no hay nada que dar como no sean coplas, y ya me ven á mí, el padre de ellas, desnudo y en pelota, como mi madre me parió. Y ora tome la palabra la mas discreta, ya sea joven ó vieja, (supuesto que vemos que la tontuna tambien crece con los años) y cuénteme cosas del oficio y de buen aprovechamiento; que no les será difícil puesto que no hagan otra cosa que relatar sencillamente lo que cada dia oigan y vean, dejando de mi cuenta las reflexiones y los discursos de fondo, que cada cual tiene su alma en su almarío para poner notas y sacar consecuencias. —

Y vuelta otra vez al clamoreo y á los dimes y diretes, como que todas querian tomar la palabra por mas discretas, hasta que en fin lo consiguieron las mas atrevidas, y las otras tomaron á bien callar y rabiar. Pasada, pues, la lista de las oradoras, resultó haber mas que orejas para escucharlas; razon por la cual hubo de dar la palabra el señor Apolo á la mas cercana, *la Desvencijada*, sin perjuicio de que fuesen despues intercalando sus relaciones hasta donde alcanzase la paciencia las otras oradoras *Temblorosa*, *Andamios*, *La descosida*, *Tronera*, *Muletas*, *Columpio*, *Tres pies*, *Escollillon*, *Montserrat* y otras varias hasta unas cinco docenas, poco mas ó menos, que se hallaron como por ensalmo influidas de la ciencia de Demóstenes. —

— Paréceme, (dijo *Desvencijada*) que la voluntad del señor Apu-

lo es escuchar de nosotras la crónica fiel y sucinta de nuestros sucesos contemporáneos, de aquellos que puedan hacerle formar una idea de algunas de las costumbres de la época, que en este paseo, punto central y máximo de la capital de la monarquía, vienen á reflejarse en toda su viveza, como los rayos del sol en un espejo ustorio, ó los movimientos del péndulo en la muestra del reloj.—

— Así es, dijo Apolo entre grave y risueño; y únicamente la advierto, hermana, que deje á un lado las comparaciones y metáforas, que sobre ser de gusto añejo corren el evidente riesgo de hacernos dormir.—

— Pues entonces, replicó la silla, procederé sin mas introito á narrar á vuesa merced, señor Apolo, una conversacion que he escuchado esta misma tarde, y que me ha dado á conocer una porcion no indiferente de nuestra sociedad moderna (y digo nuestra porque las sillas tambien formamos parte de esta sociedad).

En armonioso grupo estábame yo solazando con otras mis compañeras, ahí en el trozo de abajo, entre vuesa merced y el señor Neptuno, cuando vinieron á ocuparnos cuatro apuestos mancebos, que por su locuacidad y desenfado calificamos desde luego de personas de importancia. Ella era sin duda tal, que apenas pasaba alma viviente que no saludasen y hablasen con llaneza y marcialidad; otros, al parecer de la misma clase, venían á incorporarse con ellos, y formar corro, que se iba ensanchando en términos formidables; pero por mas que hacíamos mis compañeras y yo, no podíamos adivinar que gentes eran aquellas tan populares, tan decisivas, tan espontáneas. Aplicábamos, pues, nuestra atencion á sacar el ovillo de su profesion por el hilo de sus palabras, y unas veces los tomábamos por artistas oyéndolos hablar de *colores* y *matices*; otras encarecían sus *artículos de fondo*, y al instante los calificábamos de almacenistas de la plaza, ó drogueros de Santa Cruz; discurrían á veces sobre la manera de propagar *las luces*, y tomábamoslos entonces por encargados del alumbrado; ora se decían *órganos* de no se que coro; ora se daban el titulo de opinion pública, y de *juicio del país*; y en medio de tantas confusiones, nosotras sin acertar ni que juicio, ni que luces, ni que fondo, ni que colores, ni que órganos, ni que palabrotas eran aquellas, hasta que quiso Dios que acertase á pasar un quidam, el cual vino como llovido á resolver nuestras dudas, saludándoles sombrero en mano con estas palabras.—«Salud, señores periodistas.»—

— ¡Voto á...! (esclamó Apolo saltando espeluznado como un gato sobre el borde del pilon); ah hi de puerca, tú y la madre que te parió, y que gentes me traes á la rueda! ¡aquellos por quienes yo pa-

dezo y sufro confinacion y destierro; aquellos que me han arrancado el cetro y tornádome muda la lira; aquellos que me miran como mueble clásico y pueril, y entretienen al vulgo con sus discursos originales, traducidos del francés. Hablárásle á Apolo de herejes judaizantes, ó de moriscos recién convertidos, de caribes antropófagos, ó de negros bozales; pero hablarle de periódicos, y de periodistas políticos sobre todo, tentacion es del demonio y que no se puede sufrir. Mas pues carezco de otra medio de comunicacion con esas gentes, gustoso habré de disimular mi encono, aprovechando la ocasion que se me presenta de informarme de su condicion y travesura; y así, hermana silla, prosiga ya la comenzada historia, que cuando no dé gusto, podrá servir á mi délfica persona de interés y aprovechamiento.—

—Tuvimosla y no poco yo y mis compañeras, volvió á replicar la silla, con el descubrimiento que al fin hicimos del carácter y circunstancias de aquel conclave, pues siendo como á cada paso repetian la expresion *formulada* de la pública opinion, poniannos en el caso de conocer á poca costa el estado de ella. ¡Pero ay, señor Apolo! y que chasco tan estupendo nos llevamos; y como no será menor el que se lleve, si le repito palabra por palabra el lenguaje convencional en que fue sostenido aquel diálogo; lenguaje tan de todo punto nuevo, que puesto que nacidas en Madrid, y súbitas ordinarias de vuesa merced, era para nosotras claro como el hebreo, y cuenta, que vuesa merced pueda interpretarlas tampoco sino ha por ahí á la mano un diccionario de esta moderna gregueria.

Porque ellos, á lo que pudimos entender, se clasificaban en varios bandos (*comuniones*, como dicen ahora, y *compañrazgos* como deciamos antes) apellidándose los unos *conservadores*, y los otros *progresistas*; cuales *retroçados*, y cuales *estacionarios*; de los unos era la divisa *la soberania de la inteligencia*; de los otros *el instinto gubernamental*; aquellos estaban por la *aplicacion práctica*; estos por las *sublimes teorías*; los de allá se decian maestros de la *vieja escuela*; los de mas acá se proclamaban los nuncios de la  *futura España*. Una vuesa merced á aquellas exóticas calificaciones con las indefinibles palabras de *oposicion y resistencia*, el *poder* y las *masas*, la *interpelacion* y el *voto de confianza*; la *orden del dia* y el *bill de indemnité*; la *colisiones y pronunciamientos*, *fusiones y pasteles*, *derechas y garantias*; disuelva luego todos estos furibundos vocablos en una accion mas que medianamente enérgica y apasionada; descubra á vuelta de cada frase sendas pullas mas ó menos al alma contra la opinion contraria, todo revestida con cierto aire de autoridad providencial y arrogante, y tendrá vuesa merced una ligera idea de los

órganos del país; que el diablo me lleve si al país no le sucede lo que á nosotras en cuanto á entenderlos. —

— Ya veo con dolor, repuso Apolo, que aun me quedan largos años de reposo por esta tierra; ya veo y conozco que cuando tan á poca costa y con cuatro frases pomposas puede aspirarse al título de sabio, y tras él á una Direccion ó á un Ministerio, necio será el que se quiera consumir trabajando concienzudamente con solo el objeto de alcanzar fama literaria; ya reconozco la razon de tanto desvío hácia mi persona, y que apenas haya quien quiera saludarme cuando me encuentra; ya en fin advierto que es tiempo de arrojar la lira, renegar de mis hermanas las musas, y marcharme por ese mundo adelante proclamando principios y disfrazando fines, y riéndome de los necios humanos, que así caen al cebo de las palabras como los pájaros al de la liga. —

Y diciendo esto el afligido Dios levantóse resueltamente haciendo ademán de arrojar el instrumento en el pilon de la fuente; viendo lo cual muchas de las circunstantes se abalanzaron á contenerle, y una mas atrevida, que no sin harto trabajo habia callado hasta allí, saltó en medio del corro y exclamó: —

— Alto allá, señor Apolo, no hay que desesperarse y hacer una calaverada; que por mi fé y palabra que aun existen por esta tierra celosos servidores de vuesa merced, bastantes á poblar todos los hospitales del mundo. No sino éntrese cualquiera mañana por esa universidad adelante, y á poco que se revuelva tropezará con dos ó tres centenares de vates desde los quince á los veinte de la edad, entre la palmeta y el barbero, vamos al decir, ingenios precoces y prematuros, que así masean y comentan el *fuero juzga* como entonan una jaculatoria á la eternidad, ora sustentan un argumento *à priori*, ora dirigen á su querida un tratado de teología en quintillas; que sueñan en sus versos nocturnos seres ideales, fantásticas mujeres, aéreas, vaporosas, sulfúricas, y por el día corren en prosa tras las modistas de la calle de la Montera; que todavía no han saludado mas que el salon de Oriente y ya escriben dramas en que aspiran á pintar la sociedad sin máscara.

Pues descuélguese vuesa merced luego por esas oficinas, y á las pocas mesas tropezará en papelotes berrugados, llenos de rengloncitos desiguales que al pronto tomará por informes ó extractos; pues tambien son coplas, mas ó menos malas, que de todo hay, y el diablo me lleve sino topase con alguno de estos expedientes en variedad de metros, en que venga á decirse poco mas ó menos v. g.: «Excelentísimo señor: = El Excelentísimo señor secretario de Estado me dice con esta fecha lo siguiente: = Excelentísimo señor: = Al Exce-

lentísimo señor Presidente de..... digo con esta fecha lo que copio:  
 =Excelentísimo señor:

¿Qué es el no amar? rodar en la agonía  
 sin ensueños, sin gloria, sin temor;  
 igualar con la noche al claro día,  
 y dormir en fatídico estupor.....

Excmo. Sr.

Pues si aun no está satisfecho, señor Apolo, dése luego una vuelta por los cafes, que son como si digéramos los estanquillos del Parnaso, (puesto que ya no haya tal Parnaso en el mundo) donde á cualquiera mesa que se acerque está seguro de encontrarse en corro con media docena de notabilidades literarias, de estas que siempre andan pegadas con engrudo por las esquinas, y ocupan las lunetas del teatro, los folletines de los periódicos, y por último, nos ocupan á mí y á mis compañeras todas las tardes dos ó tres horas; y por la miseria de los ocho mrs. de costumbre, nos encajan de memoria sus composiciones lastimosas, y sus dramas á grande espectáculo, con tales manoteos y entusiasmos, que mas quisiéramos sufrir la relacion de los batallas de un militar pretendiente y recién llegado del ejército, ó las infinitas muecas y repulgos de una coqueta en un dia de revista, ó el simulacro de la defensa de Bilbao, hecho con nosotras por los chicos de la candela.—

—Cada cosa que os escucho, dijo Apolo, me da mas en qué pensar, y me afirma de nuevo en la idea que he llegado á concebir de la inutilidad de mi ministerio. Vosotras, por egemplo, me hablais de una prodigiosa abundancia, de una generacion entera de sabios y poetas; y yo Apolo, el Dios del saber y de la poesía, apenas puedo decir que conozco de vista á media docena; me contais sus triunfos, y yo no he asistido á sus triunfos, ni siquiera de política convidado. Me encomiais sus numerosas obras, y yo apenas encuentro nada que leer por mucho que me mato á recorrer esas librerías. Luego ¿qué es esto? ¿Son ellos los sabios, ó yo soy un porro? ¿Hablan ellos en castellano, ó yo soy hebreo?

—Eso consiste, replicó la silla, en que vuesa merced es poeta clásico, retrógado y añejo, y está muy casado con su Aristóteles y su Horacio, libros por otra parte muy santos y muy buenos, pero que no son ningun evangelio. Ademas, señor Apolo, fuerza es confesar que su lira iba estando ya un si es no es destemplada y floja; y sus desmayados sonidos no son cosa para electrizar á una generacion

educada al ruido del tambor y al humo de la pólvora, á los gritos de la plaza pública y á la violenta agitación de las revoluciones políticas. No, sino vénganos V. ahora con sus *dulces caramillos* y con sus *Melampas* y sus *Melibeos*, y quiéranos encajar su zamarilla de pieles y su cayado, cuando el que mas y el que menos anda por esas calle hecho un Bernardotta, y sabe muy bien manejar el fusil, ó sublevar á un pueblo desde la tribuna, ó derribar á un ministerio desde la redaccion de su periódico. —

— Calle, calle la maldecida, replicó impaciente el Dios, y no hablemos mas en esto, ó sino la encajo la lira encima del espaldar, y entonces me dirá si es ó no de algodón cardado. ¡Habrás visto desvergüenza mayor! ¡Porque me ven solo y sin corte como rey cesante, todos han de querer, como quien dice, subírseme á las barbas! Pero ay triste! que no las tengo, y hasta en esto me diferencio de los poetas del día!

— Vaya, vaya, señor Ex-numen, no hay que llorar, ni sonarse tan á menudo, (saltó en este momento *Tembtorosa*, otra de las eradoras inscriptas) déjelo con mil diablos, que no hay mal que por bien no venga; y sino inspira ya á los poetas, para eso luce sus inspiraciones en los anuncios del Diario: si le han mandado horrar basta del techo del teatro, para eso sirve de muestra á un almacén de quincalla en la calle de la Montera; sino hace bailar á las musas en el Pindo, como de esas bordadoras bailan alegres bajo su tutela en la puerta de Bilbao, ó en los jardines de Chamberf. Con que no hay que desanimarse, sino tomar el tiempo como viene, y meter la cabeza donde se pueda, aunque sea de mancebo de una tienda, ó de pasante del colegio nuevo; que día vendrá en que pare la nube, y en que se cansen las gentes de espectros y calaveras, volviendo á entusiasmarse con la *mariposilla incauta* y el *arroyuelo murmurador*, que es cosa buena, y con que no se ofende á Dios.

Entre tanto, para que no vaya vuesa merced á pasar por un mal crido, si gusta de meterse en el gran mundo, y ya que mis compañeras le han iniciado en el lenguaje político y literario, quiérole dar yo un repaso del de la buena sociedad; que aquí donde nos va no hay nadie que tenga mas roce de gentes, ni que encuentre por lo tanto mejor ocasion de aprender el moderno vocabulario. — Eso me toca á mí de derecho (exclamó *Columpio*), que soy la mas jóven, y como tal susceptible de la inoculación intelectual de las novísimas doctrinas sociales. — Yo (saltó á este punto *Montserrat*), por mas aseada y pintoresca, soy favorecida de preferencia por las altas clases y..... — Nada de eso pega ya (replicó *Tronera*), que ya no hay clases altas ni bajas, y todos somos unos y libres; con que ya..... — ¿Y me

he de estar callando, interrumpió *Tres-pies*, yo que guardo en mis adentros cosas estupendas y dignas de ser puestas en solfa? — Pido la palabra. — Pues yo la tomo. — Pues yo la agarro. — Pues yo no la suelto. — Pues yo..... — Pues tú..... — Pues sí..... — Pues no.....

Y aquello se convirtió, como si digéramos, en un verdadero parlamento en día de interpelación. Todo era interrumpirse y chillar, y ponerse roneas, y dar manotadas, y lanzarse pullas, y mirarse de través; basta que el presidente Apolo, habiendo llegado á los 59 grados sobre cero de su despecho, ideó una diablura que ni el mismo Satanás en sus buenos tiempos; y fue quitarlas de repente el entendimiento y la voluntad, y dejarlas solo la memoria; y luego permitir que todas hablasen á un tiempo y sin oír á las demas; y que repitiesen como un eco, simplemente y sin comentarios, todas las palabras sueltas que habían escuchado aquella tarde en el paseo; con que se armó un confuso clamoreo de interrupciones, preguntas, respuestas, medias palabras y palabras enteras, como si todo el Prado se hubiera vuelto á la sazón á poblar de paseantes; en fin una barbaridad tan discordante é inconexa como la siguiente.—

—«¡Jesus qué calor....! — Diez y ocho años y soltera. — ¿Qué dice «V. de la guerra?... — Este correo trae mas vuelo el figurin. — Ay «mamá! es preciso enanchar este sombrero. — El de mi marido tam-  
«bien. — ¿Y no le parece á V. una injusticia que... — Dicen que era  
«sobrino de S. E. — Es excelente autor. — Discipulo de Vensano. —  
«Y aquella noche le cerró la puerta. — Porque no estaba en voz y...  
«— Hoy lo he leído en el Correo Nacional. — ¿De qué color es esa  
«tela?... — Mira á la Fulana con sus niños y su marido.... — Es el  
«editor responsable. — Como no sabe firmar.... — ¿Te subes á la otra  
«vuelta? — Despues de cenar. — Anoche estuvimos en Francia. — Le  
«han hecho intendente. — Y de qué sirven los libros?... — Porque en  
«tiempos de revueltas políticas.... — Pierde el pau y pierde el per-  
«ro. — Y de cuántos meses estaba? — Era una ligera interpelacion. —  
«Con que se ha cansado de él? — Es una vida muy circular. — Y el  
«vestido es precioso. — Con prima á sesenta días á voluntad del com-  
«prador. — Dicen que el Ministerio hace dimision. — ¿Damos otra  
«vuelta?» —

— Basta, basta, canalla infernal, dijo enfurecido el Dios, apresurándose á trepar á su sitio acostumbrado; basta ya con vuestra diabólica gritería, que cuento que aunque me suba al Olimpo no he de desochar tan pronto la pesadilla. ¡Cascaras! y que noche me han dado las per-  
ras, y qué amargas verdades me han enajado que quieres que vo.  
Ea bien; tiempo es de callar, que ya estoy viendo á la señora Diana  
que me hace señas de que vaya á relevarla, porque se quiere ir á dor-

mir. Todo el mundo pare la lengua, y vuelva por su camino sin chistar ni mistar, que si alguna otra noche me diere gana de echarla a perros, se les avisará á domicilio, y veremos si entouces me ponen en limpio este borrador.—

Y todas las sillas marcharon á sus puestos sin replicarle; y cuando el sereno atravesó al amanecer el Prado, despues de haber dormido toda la noche en un banco, ya se las encontró á todas como si tal cosa, guardando sus puestos, mudas, graves y en correcta formacion.

### EL CURIOSO PARLANTE.



# ESPAÑA CARTAGINESA

## Y ROMANA [1].

**N**ADA mas digno de meditarse, nada mas digno de someterse al exámen de la crítica ilustrada, que las vicisitudes por donde han pasado las naciones para llegar á la altura de civilizacion en que se encuentran. Si los hombres desaparecen, si las circunstancias varian, si jamas vuelven á reproducirse exactamente los mismos hechos; las pasiones que agitan el borrascoso mar de la vida de los imperios son siempre las mismas, y la experiencia de los siglos sirve para enseñarnos á evitar los escollos en que han naufragado nuestros padres. La nacion, cuyos gobernantes sordos á la voz de las generaciones pasadas hayan de aprender á costa de peligrosos ensayos, está condenada á experimentar de nuevo las catástrofes anteriores, y á sufrir los males consiguientes á la imprevision de la infancia.

La historia de España presenta un fenómeno que debe detenidamente considerarse. Miles de causas favorables á la civilizacion, y miles de causas contrarias se han disputado constantemente el campo; y ni las unas han conseguido consolidar un buen gobierno y desenvolver del todo la ilustracion, ni las otras sumirnos en la barbarie. El ingenio español lozano, independiente, vigoroso y siempre ligado, llegó á perder hasta los deseos de salir de esclavitud, y solo daba muestras de su pujanza por el brio con que conmovia sus cadenas. Las

(1) El autor piensa recorrer los principales periodos de nuestra historia, haciendo observaciones sobre la parte política, intelectual y administrativa. A este trabajo servirá de introduccion el presente artículo.

ciencias, la industria, la riqueza, todo permanecía estacionario, y el instinto de la perfectibilidad yacía lánguido y sin movimiento, sino extinguido enteramente. Esta circunstancia característica de nuestra historia, y los principales acontecimientos que hayan influido esencialmente en nuestra suerte, serán objeto exclusivo de mis investigaciones, dejando á la erudicion el derramar luz sobre los hechos subalternos, necesarios para completar el conocimiento de los sucesos pasados, pero inútiles para mi propósito.

La misma niebla de contradictorias tradiciones que oscurece el origen de todos los pueblos, envuelve la cuna de la nacion española. Solo se descubre con alguna claridad la ocupacion de la Península por los iberos belicosos, agrestes é indomables, los que fueron despues invadidos por los celtas tan rudos y tan feroces como sus contrarios. Travóse una lucha tenaz é interminable entre ambas razas, hasta que fatigados de lidiar infructuosamente suspendieron las hostilidades, quedando dueños los iberos de la parte del Sur y del Oriente, y los celtas del Norte y del Oeste. Mezcláronse, como era natural, en los parages intermedios, y tomaron el nombre de celtiberos.

Para comprender el resultado de las invasiones de los fenicios, cartagineses y romanos es necesario formar una idea aproximada de la índole de aquellos pueblos á quienes una inmemorial posesion aseguraba la propiedad de nuestro suelo. Como son tan escasas é inexactas las noticias trasmitidas por los escritores de la antigüedad, no me empeñaré en determinar las diferencias características de las varias tribus esparcidas por la Península: podemos contentarnos con indicar los rasgos generales que con alguna verosimilitud se les atribuyen.

Indóviles, indomables, incapaces de unirse y de constituir un cuerpo sólido y vigoroso, la imprevisión y el espíritu de independencia caracterizaba á los españoles. Apegados á su país nativo no tenían ese genio vagante y emprendedor propio de otras tribus bárbaras. Su carácter díscolo les impelia á buscar los combates, mas por un instinto de discordia que por acrecentar su territorio, ó por dominar en el extraño; y su

audacia irreflexiva desdeñaba todo concierto, toda alianza para sus empresas: así sus guerras se reducian á ataques imprevisos, á sorpresas, á correrías de corta duracion, sin propósito y sin resultado. El único sentimiento comun que ligaba á los españoles era el odio á los extranjeros y el deseo inextinguible de sacudir su yugo. Poseian tambien las prendas propias de los hombres belicosos, como son la generosidad, la grandeza de alma; y eran tambien, como todos los pueblos poco cultos, hospitalarios y benéficos.

Salta á los ojos desde luego una singular coincidencia entre algunas de las cualidades, que segun los griegos y romanos poseian los españoles, y las que despues de la monarquía goda desplegaron, y que aun el pueblo conserva en nuestros dias. La misma indocilidad para someterse á un gobierno único, el mismo odio á los extranjeros, el mismo denuedo, el mismo sufrimiento, la misma perseverancia, la misma repugnancia á la disciplina y á la subordinacion del soldado, y la misma aptitud para la guerra de montaña caracterizan á los españoles actuales. El sistema imperial y la teocracia goda pudieron sofocar estas pasiones, no extirparlas enteramente; y cuando la conquista de los árabes alteró la constitucion del Estado, retoñaron y volvieron á cobrar la fuerza y la lozonia que hasta nuestros tiempos han conservado. Debe haber en nuestro suelo, en nuestro clima, en nuestros alimentos alguna causa que imprime á nuestro carácter ese sello de originalidad distintivo de la raza española.

Sin gobierno alguno central cada tribu obedecia á sus gefes y estaba regida á su manera. Desdeñaban la agricultura dejando á las mujeres el cuidado de los campos; y consideraban, como única ocupacion digna de un hombre, el arrostrar los peligros (1), el invadir la propiedad ajena (2), y vivir á

(1) *Bellum quam otium malunt; si extraneus decet domi hostem quarunt.* Just. Hist., l. XLIV, c. 2.

(2) Tácito asegura esto mismo de los germanos. *Pigrum quinimmo et iners victor sudore acquirere, quod possis sanguine parere.* Germ., c. 14. Las celtas creian que la fuerza daba un título incontestable sobre los débiles, y que estos no tenian ningun derecho sobre lo que no podian defender. Trad. à l'histoire de Danemarck, par Mallet. L. IV.

expensas del vencido. En las costas, sin embargo, la población era algo más culta; y el roce inevitable con los extranjeros que venían en busca de los productos del suelo, domó algún tanto su nativa ferocidad, y les persuadió á cultivar el comercio.

La fama de la fertilidad de esta tierra y de las riquezas que abrigaba en su seno, despertó la codicia de los fenicios, y presto sus buques ocuparon nuestras riberas, y fundaron algunas ciudades para hacer su tráfico más seguro y más lucrativo. Cádiz, Málaga y Córdoba fueron sus principales establecimientos; más penetraron en el interior con el objeto de labrar las minas, y de recoger los productos de la agricultura. También los griegos visitaron la Península y establecieron algunas colonias, entre las cuales se cuentan Rosas, Sagunto y Ampurias.

Varias medallas é inscripciones acreditan la mansión de los fenicios en parages lejanos de las costas; y los eruditos en el Bascuence pretenden que este idioma, según ellos, un tiempo universal en España adoptó muchas voces que aun conserva de la lengua griega.

La venida de los fenicios y de los griegos no tuvo otro fin que el comercio, y fue pacífica y beneficiosa para los naturales; no así la de los cartagineses. El estrépito de las armas anunció su llegada, y el despojo y la conquista fueron su único objeto. Rivales de todas las potencias marítimas miraron con celos la propagación de las colonias griegas, y á viva fuerza les arrebataron las Islas Baleares. Imploraron después su auxilio los fenicios á quienes los naturales habían lanzado de Cádiz, y con ánimo doble acudieron á socorrerlos. Una vez pisado el continente español por aquellos ambiciosos republicanos expulsaron á sus protegidos, y no contentos con establecer factorías de comercio, intentaron apoderarse á viva fuerza de la Península.

Mal avenidos los españoles entre sí fue fácil á sus contrarios el recorrer las provincias, mas no imponerles su yugo. El indómito corazón de los vencidos se enardecía con los triunfos, con la superioridad de los vencedores; y destruían en combates, en emboscadas y en todo género de sorpresas á los

que no osaban esperar en batallas campales, escarmentados con los reveses anteriores. Una sola vez se acordaron los españoles de que formaban una gran nación; acallaron su espíritu insocial, reunieron sus huestes, y en las orillas del Guadiana vengaron sus injurias en la sangre del odiado extranjero y del despiadado Amilcar su caudillo. Sucedióle Asdrubal, y por su muerte empezó á brillar en el horizonte ibero el genio de Anibal.

Este grande hombre, adornado con todas las cualidades de un guerrero y de un político profundo, supo vencer al enemigo en el campo, hacerse amar del soldado, y someter al país que ocupaba, empleando ya los halagos, ya la mas inflexible severidad. Los historiadores romanos han hecho justicia á sus dotes extraordinarias; pero han calumniado su carácter. Ni la perfidia, ni la crueldad, ni la avaricia le eran habituales: las empleaba como medios para conseguir su propósito, y solo cuando creía inútiles la suavidad y el buen trato, ó cuando se veia precisado á hacer un egemplar que sirviese de escarmiento. Solo así puede explicarse la atroz y poco generosa conducta que observó con Sagunto. Tuvo la vil inhumanidad de negar una capitulación decorosa á aquel pueblo héroeico, y de ver á sus habitantes víctimas de la desesperacion y del noble desprecio con que rechazaron indignados todo convenio humillante. Percieron los hombres lidiando con el enemigo, las mujeres por sus propias manos, y el vencedor asesinó bajamente el corto número de prisioneros y de niños que sobrevivieron á tan horrenda catástrofe. No intentará mi pluma disculpar este hecho innoble y atroz que empaña la gloria del domador de casi toda España; pero no debe olvidarse que siendo la base de sus planes el sujetar á los españoles, se propuso acariciar á los unos brindándoles con su amistad, aterrorizar á los mas tenaces haciendo palpables los efectos de su venganza, y contestar con un insulto á las amenazas de los romanos.

Logró por el pronto dominar en España; pero el ánimo ulcerado de los vencidos esperaba una coyuntura para manifestar la indignacion que le inspiraba el extranjero. Sagunto, como todas las colonias griegas de España, se habia puesto ba-

jo la proteccion de Roma, y habia implorado su auxilio. Esta república prohibió á los cartaginenses pasar el Ebro, é inquietar á sus aliados: mas la ambicion de Anibal, irritada con la negativa buscó pretextos para un rompimiento, embistió á Sagunto, la redujo á ruinas, y dió motivo para la declaracion de una guerra que desde su niñez ansiaba. Pasó los montes á la cabeza de un ejército de africanos y españoles, y nuestros compatriotas contribuyeron poderosamente á humillar el orgullo de los soberbios señores de Italia en las orillas del Tesin, del Trebia y del Trasimeno; á casi aniquilar su poder en Canas, y por último los vieron temblar detras de las almenas del Capitolio.

La expedicion de Anibal trajo á España los romanos para estorbar que reclutase su ejército, y que aprovechase los inmensos recursos de tan fértil suelo. Llegó primero con unos diez mil hombres Gneo Scipion, á quien siguió despues su hermano Publio Cornelio con ocho mil mas, y uno y otro fueron recibidos como libertadores, y auxiliados poderosamente por los naturales. Despues de varios sucesos prósperos y adversos perecieron ambos capitanes; y por último el talento, la magnanimidad, la política, y si tambien se quiere, la hipocresía de Publio Cornelio Scipion lanzaron de España á Magon con las reliquias del ejército cartaginés.

El objeto de la dominacion cartaginesa no fue solo el comercio, aspiró tambien á conquistar el pais y á hacerlo tributario y esclavo de la metrópoli. Quiso tener á su disposicion un plantel de buenos soldados y riquezas para cumplir sus proyectos ambiciosos. Para asegurar su dominio intentó introducir sus dioses, sus costumbres, y hermanar en lo posible á los dos pueblos; pero como el régimen adoptado era tiránico y debia sostenerse violentamente por gobernadores revestidos de facultades omnímodas y lejos de la vigilancia del gobierno supremo, á las injusticias y sacrificios que este dictaba se añadian las exacciones y la tiranía del general, á veces órgano de una faccion. Anibal hizo servir su ascendiente y los inmensos recursos de España al engrandecimiento de la parcialidad de los Barcas á cuya familia pertenecía.

Poco sufridas y nada dóciles las tribus iberas llevaban

impacientes el yugo extranjero, y odiaban de muerte á sus tiranos. Su falta de union les hacia sucumbir, pero de continuo estallaba el furor comprimido, y las insurrecciones se repetian con frecuencia. El cartaginés no dominó en España, la tuvo bajo su dependencia, y compró bien caros los tributos de sangre y de dinero que á la fuerza arrancaba. Severa leccion para los pueblos que pretenden esclavizar á las colonias y emplearlas en satisfacer su ambicion y su codicia. Con su propia sangre está regado el oro que les arrebatan, y la metrópoli, víctima de su errada politica, es un ejemplo de que las naciones jamas faltan impunemente á la justicia.

*España incorporada á la República Romana.*

Desde la fundacion de Roma existió el Senado compuesto de los hombres mas distinguidos de aquella ciudad. Como todo cuerpo privilegiado próximo al poder, concibió y trasmitió á sus sucesores el proyecto de estender indefinidamente su dominio dentro y fuera de la nacion. Tal vez el sobrenombre de soberbio impuesto al último Tarquino (1) tenga su origen en haber querido refrenar las demasias del Senado, y tal vez la ambicion de esta junta destronara á los reyes, mas bien que la violencia de Lucrecia y que el amor á la libertad.

Dejándonos de conjeturas podemos asegurar que establecida la república la autoridad del Senado era ilimitada (2), y que abusó como era natural de su fuerza y de su ascendiente. El pueblo romano altivo y belicoso sufrió con impaciencia el yugo nuevamente impuesto, y procuró sacudirlo de su cerviz, mas sus señores lo mantenian sumiso ya con el halago; ya con el engaño. La indisputable sabiduría y la superioridad de aquella reunion escogida avasallaban los ánimos y los hacian

(1) Hay fundados motivos para poner en duda quanto refieren los historiadores sobre los primeros tiempos de Roma; pero aunque sea todo una fábula delie sospecharse que tenga algun apoyo en la realidad, y en el libro primero de Tito Livio se vé á este cuerpo ya asesinando á Romulo, ya en pugna con Tarquino, hasta que logró vengar sus agravios destronándolo.

(2) Senatam reipublica custodem presidem, propugnatozem collocaverunt (majores nostri) hujus ordinis auctoritate uti magistratus, et quasi ministros gravissimi consilii esse voluerunt. Cic. orat. pro P. Sext. c. 65.

moderados en sus pretensiones. De aquí la cordura y circunspección del pueblo romano en los primeros tiempos, y de aquí también la firmeza del Senado y el despotismo que á veces ejercía.

Uno de los medios mas frecuentemente empleados para perpetuarse en el mando eran las conquistas. El orgullo nacional se alimentaba con la idea de estar destinada la ciudad eterna para dar leyes al mundo, la juventud volaba á las armas para engrandecer la república, y los despojos del vencido, la distribucion de una parte de las tierras adquiridas, y el aumento de honores y de empleos lucrativos eran sobrado cebo para la ambicion y para la codicia.

Primero se estendieron los romanos por Italia, y considerándose pocos en número para hacer frente á tantos enemigos unieron á la república los diversos estados de aquella península distinguiéndolos con el nombre de socios, y concediéndoles sino tantos derechos como á los ciudadanos, muchos y muy preciosos, bajo la denominacion de derecho latino y derecho itálico. Dueños ya del hermoso pais que el mar y los Alpes limitan, y no cabiendo en tan breve cauce el orgullo del pueblo vencedor, derramóse sobre los demas paises, inundándolos sucesivamente con sus ejércitos.

Sicilia fue la primera provincia unida á la república, y la espada y el genio de Scipion incorporaron tambien á España durante la segunda guerra púnica. Pero Roma fuerte con la alianza de las naciones de Italia no miraba á las provincias como amigas, sino como esclavas; no se interesaba en su suerte, las consideraba como una mina inagotable de hombres para la guerra, como un manantial de oro donde saciar la hidrópica sed de los magnates, y como una finca destinada para alimentar con sus productos al pueblo, y para engrairlo con locos espectáculos. Tal era el desprecio que les inspiraban, que los hombres mas austeros y mas virtuosos no escrupulizaban de entregarse á las mas vergonzosas estafas y latrocinios, y de cometer las mas inhumanas atrocidades.

Para mantener sumisas las provincias establecia la república colonias que gozaban de los mismos derechos que Roma, y les conferia tambien en todo ó en parte á algunas ciudades

llamadas municipios. Unas y otras elegían una curia ó concejo entre los vecinos mas respetables, á cargo de los cuales estaba el gobierno interior y la recaudacion de los impuestos. Asi tuvieron origen las municipalidades romanas.

La imperfeccion de los sistemas políticos de los antiguos produjo una medida tan trascendental, puesto que no permitia á las capitales de los grandes estados atender á la seguridad ni al régimen interior de las ciudades. Distantes de la residencia del gobierno, y amenazadas por una multitud de peligros necesitaban tener en su seno un poder tutelar que velase por su conservacion. Durante el imperio se fueron haciendo estensivos á todas las ciudades los derechos de Roma, y por último no hubo ninguna que no los disfrutara.

A medida que el poder central se iba debilitando en la época precedente á la irrupcion de los bárbaros, cobraban las curias mas vigor, y suplían con su propia vigilancia al desamparo en que la impotencia del gobierno las dejaba. El sistema municipal echó asi tan hondas raíces que el torrente de la invasion no pudo estirparlas, y despues las vemos brotar, robustecer sus tallos, y elevar el arbol magestuoso que hasta nuestros dias se ha perpetuado.

Cuando Anibal llevaba la guerra y la victoria hasta el mismo corazon de Roma, el sábio gobierno de esta ciudad meditó hacer á sus contrarios una poderosa diversion en España y apoderarse de la península. No era de presumir que el indómito carácter de los españoles tolerase el férreo dominio de los romanos. Pérfidos como los cartagineses, codiciosos é inhumanos como ellos los nuevos señores, superaban á sus rivales en insolencia y orgullo. Presto tambien se alzaron los pueblos contra la injusticia y se vengaron de sus opresores. Ninguna de las provincias puso en tanto aprieto al Senado, ninguna le costó tanta sangre, ninguna exigió tantos esfuerzos, y en ninguna se llevó tan al extremo ese régimen de egoismo y de tiranía calculada, distintivo de la política romana.

Apenas Publio Scipion habia lanzado á los Cartagineses de España, y mientras estaba gozándose con la gloria de haber dado á la república una nueva sierva tributaria, los ilergetas y los ausetanos se sublevaron. Sofocóse á tiempo esta in-

surreccion, mas pronto fue preciso vencer á los sedetanos, y pòco despues cundió el incendio por toda la península, y se necesitaron grandes aprestos para extinguirlo.

Porcio Caton el censor, cuya virtud tanto encomian sus contemporáneos, consul entonces, fue destinado á España con un ejército, y no cedió á ningun otro general en crueldad, en doblez ni en rapacidad. Saqueó é incendió los campos de Ampurias, vendió á los habitantes de los pueblos que sujetaba, engañó bajamente á algunos caudillos sus aliados, y por último, llevó á Roma multitud de riquezas debidas á sus rapiñas. Hasta tal punto estravia al corazon humano el espíritu de nacionalidad ó de partido. Satisfecho el hombre con la aprobacion de sus asociados se entrega sin remordimiento á excesos y crímenes, provechosos para ellos, y que como tales merecen su aplauso.

Sesenta años de desastres y de continuas vicisitudes iban ya pasados, cuando la atroz conducta de Galba encendió en ira el alma de Viriato y sublevó á los lusitanos. Diez años duró la encarnizada lucha que amenazó acabar con la dominacion romana en la península, y terminóse con la vil alevosía que dió fin á la vida de aquel caudillo. Empezó despues el sitio de Numancia, oprobio de sus vencedores, y con su caída disfrutaron los romanos de veinticuatro años de paz, interrumpida solo por la conquista de las Baleares. Volvieron á insurreccionarse los lusitanos, y continuó la guerra, que se embraveció cuando Sertorio se puso á su frente. No se acabaron con la muerte alevosa de este capitán las agitaciones de los españoles, siguieron hasta que la península fue teatro de la espantosa guerra civil que derrocó la libertad romana.

Tres veces la república aterrada buscó en vano jóvenes que se atrevieran á empuñar las armas contra los españoles. Cuando el Senado no encontraba caudillo para las tropas de la península ofreció el mando al que se sintiera capaz de acometer esta empresa, y Publio Scipion se fingió inspirado de los Dioses para alentar á sus compatriotas. Su nieto Scipion Emiliano en una ocasion semejante se brindó á pelear en España, y reanimó con su ejemplo el abatido espíritu de los romanos. Numancia apellidada con razon *terror imperii* amilanó

por último la altivez romana, y el mismo Scipion Emiliano nombrado consul tomó á su cargo la ruina de aquella ciudad, sepulcro de las legiones y oprobio de los mas grandes capitanes.

Censurada ha sido con extremo y acaso con injusticia la tiranía de los romanos en las naciones vencidas. Se ha declamado contra su avaricia y sus violencias, y muchos críticos abominan de una potencia cuyo principal atributo era oprimir la humanidad y envilecer á los pueblos sometidos. Para juzgar con exactitud á los hombres y á las naciones no se les ha de comparar con un modelo ideal que solo exista en nuestra cabeza, sin tener en cuenta los tiempos, las circunstancias, el estado de la civilizacion, y las relaciones que unian á los pueblos entre sí en época tan remota. Las violencias de los romanos las hubieran egercido contra ellos los vencidos si la suerte les hubiese ayudado; tal era el derecho internacional antiguo. Los bienes y la persona del vencido eran propiedad del vencedor, y las naciones sin ninguna seguridad recíproca estaban condenadas á perecer ó á esterminar á sus rivales. No es digna la política romana de un grande elogio; pero es forzoso confesar que ninguna nacion antigua ofrece en sus anales mas pruebas de moralidad ni de tolerancia.

El Senado para conservar su poder se veia en la precision de seguir un sistema perenne de invasiones, y por instinto comprendia que el término de sus conquistas lo era tambien de su existencia. Se veia arrastrado por la fuerza de las circunstancias, y sus errores eran inevitables.

Las naciones modernas han intentado tambien sujetar y tener en tutela pueblos remotos por medio de virreyes, dóciles instrumentos de la metrópoli, y sin embargo de no haber tropezado en Asia ni en América con hombres belicosos como los iberos, sin embargo de la mayor cultura de la Europa actual y del poderoso auxilio de los misioneros, se han visto precisadas á esterminar á los naturales ó á reducirlos á la impotencia, poblando aquellas asoladas regiones con habitantes cuya suerte estuviese enlazada con la de la madre patria. En la costa mediterránea del Africa, donde la poblacion es indocil y guerrera, la conquista no ha podido arraigarse, ni prosperar ningun establecimiento permanente.

Las tribus españolas abandonadas á sí mismas jamas se hubieran civilizado. Las relaciones comerciales con los fenicios pudieron despertar en ellas el deseo de nuevos goces, é introducir las costumbres y los conocimientos de pueblos mas adelantados; pero las invasiones cartaginesa y romana debieron humillar y envilecer el carácter nacional, ó como sucedió, irritar los ánimos é imposibilitar toda conciliacion y toda mejora.

El sistema de dominar el pais estableciendo colonias, concediendo derechos á las ciudades, y repartiendo tierras á los soldados tambien se planteó en España, mas el estado continuo de agitacion y de discordia no lo dejó prosperar durante la república.

*España bajo el imperio.*

Las terribles guerras de España tuvieron término con la memorable revolucion que cambió la faz del mundo, y que preparó una nueva era, precursora de la civilizacion actual. Rompióse por último el equilibrio que sostenia la república, la ambicion privada encontró apoyo en el encono del pueblo contra la firmeza del Senado, y socolor de patriotismo echó por tierra el ya minado edificio de la libertad romana. El triunfo de Cesar fue el triunfo del pueblo sobre el Senado, y su efecto inmediato el despotismo, siguiéndose despues la prostracion y la muerte del cuerpo político.

Montesquieu (1) observa con su acostumbrada superioridad que un gobierno democrático ó aristocrático oprime mas que el monárquico á un pueblo conquistado. El déspota contento con mandar iguala al vencedor con el vencido; pero cuando el pueblo entero ó una clase numerosa han de sacar provecho de la conquista es preciso que hagan distinta la suerte de ambos estados, y que el vencido sea no esclavo de un hombre solo, sino de toda una nacion.

Asi puede explicarse cómo las provincias recibieron sin repugnancia (2) la caida de la libertad romana. Un soberano comun iba á regir al mundo con igual cetro, y para ellas ce-

(1) Montesquieu de l'esprit des Loix, liv. X, chap. VII.

(2) Tacit. Ann. Lib. I. v. 2.

saba la insoportable tiranía de los magistrados que aniquilaban las provincias para enriquecerse y para captar con donativos y con espectáculos costosos los sufragios del pueblo, dispensador de las primeras dignidades.

La prolongada lucha sostenida contra enemigos mas fuertes, y casi siempre vencedores, las continuas derrotas y las calamidades propias del estado habitual de guerra, habian llegado á fatigar los ánimos, y España necesitaba de reposo. Asi fue que Augusto no encontró la tenaz oposicion que sus predecesores. Sometió facilmente la mayor parte de la península, y solo las montañas del norte le opusieron una desesperada resistencia que superó asolando el país, y esterminando á cuantos encontrara con armas. Teatro de esta guerra fueron Cantabria y Asturias, que si por el pronto cedieron mientras los generales de Augusto las devastaban, apenas se retiró el ejército invasor de nuevo volaron á las armas y negaron la obediencia á sus opresores. Irritados estos con tan encarnizada contradiccion quisieron aniquilar las provincias que no alcanzaban á someter; y por último cansados de pelear sin fruto renunciaron á una empresa imposible, contentándose con una vana apariencia de sumision y con un vasallage nominal.

Los cántabros, los asturianos ocupan la imaginacion de los escritores latinos, quienes prodigan para calificar su indocil tenacidad los epitetos mas enérgicos y expresivos (1). Tambien los aplican á veces á los españoles todos, mas distinguen á los habitantes de aquellas montañas suponiéndolos invencibles é incapaces de ceder. En todas las épocas de la historia vemos en efecto á los pueblos del resto de la península resistirse, luchar tercamente, pero sucumbir por último; cuando las tribus de las montañas septentrionales despues de lidiar desesperadamente vuelven á hacer la guerra tan luego como el vencedor desampara los yermos que á fuerza de sangre ha conquistado. Testigos de esta verdad son los inútiles esfuerzos de Cartago, del Senado y de los emperadores romanos para someterlos.

(1) *Cantabrum indoctum juga ferre nostra*. Horat. *carm.* l. II, od. 6. *Bellioctus Cantaber*, l. II, od. 4o. *Servit Hispanæ vetus hostis orbe Cantaber sera domitus caetera*, l. III, od. 8. *Cantaber non ante domabilis*. lib. IV, od. 14, etc.

Las montañas inaccesibles que los defienden, los frondosos valles que los ocultan en verano, y las nieves que imposibilitan las operaciones militares en invierno, son causa de que el ejército enemigo no pueda ejecutar ningún plan de campaña, ni pelear con los naturales sino en el campo de batalla y en la ocasión que ellos elijan. Cuando quieren evitar el combate, ó cuando trabada la pelea conocen que van á ser vencidos, el laberinto de sus sierras les proporciona medios de evitar una derrota, y el enemigo burlado vé disiparse como el humo sus soñadas victorias. Las lluvias tambien visitan con mas frecuencia á estas provincias, y el terreno húmedo corresponde al desvelo del agricultor, é inspira á la numerosa poblacion que alimenta ese orgullo propio de hombres cuya fortuna no depende de la voluntad ajena, y esa independencia que nace con la propiedad. No así en las áridas y desnudas montañas del mediodia, donde la esterilidad del suelo no engendra amor al país natal, ni tampoco proporciona medios de defensa ni de subsistencia. Así las vemos ceder en todos tiempos y sufrir un vencedor, mientras que las breñas Cántabras conservan aun la raza que peleó con Anibal, y el idioma que le sirvió para contratar con los Fenicios.

Con la libertad romana pereció tambien el ascendiente del Senado y la sabia política que con tanta perseverancia habia seguido este cuerpo respetable. Reemplazóla el sistema imperial imaginado por Augusto, perfeccionado y puesto en ejecución por sus sucesores. Roma, pues, varió de conducta con los extraños, educó de distinta manera á sus hijos, y alteró la faz moral del mundo despues de haberlo subyugado.

La mira principal de Augusto fue acabar con el espíritu marcial del pueblo romano, renunciar á las conquistas, centralizar el poder, y uniformar gradualmente á las provincias con la capital. En su testamento dejó recomendado que no se estendiesen mas los límites del imperio (1), no por temor ni por celos de la gloria de sus sucesores, como maliciosamente sospecha Tácito, sino para evitar el peligro inminente que era la disolucion del estado.

(1) *Addideratque consilium coarctandi intra terminos imperii, incertum metum, an per iracundiam.* Tacit. Ann. I, c. 11.

Las circunstancias tambien eran otras, ya no existia la necesidad de conducir al pueblo contra el extranjero para que desbravase su furor y saciase su codicia, ya interesaba principalmente robustecer el poder y debilitar las fuerzas que pudiesen combatirlo.

Una prueba de que la determinacion de Augusto fue producto de un detenido examen, es que antes habia proyectado y aun emprendido nuevas conquistas. Horacio hace votos por la conservacion de Augusto que en persona dirigia un ejército contra Britania, al mismo tiempo que enviaba otra expedicion al Oriente.

*Serves (ò fortuna) iturum Cæsarem in ultimos.  
Orbis Britannos, & juvenum recens  
Examen Eois timendum  
Partibus Oceanoque Rubro (1).*

HORAT. CAR. LIB. I. OD. 35.

En otro lugar supone sometidas estas regiones, y concede á Augusto los honores divinos por las victorias que vaticina.

*..... præsens divus habebitur  
Augustus, adjectis Britannis  
Imperio, gravibusque Persis (2).*

LIB. III, OD. 5.

Para mantener sumisas las provincias y para incorporarlas en la gran masa del pueblo romano, procuró Augusto civilizarlas abriendo caminos y protegiendo la industria y el comercio. Estableció un gran número de colonias, concedió derechos á muchas ciudades extranjeras, y suavizó en parte la insoportable tiranía de la metrópoli. Procuró robustecer su autoridad arrogándose la potestad consular y tribunicia, y

(1) ¡Oh fortuna! consérvanos á César que va á conquistar á Britania, al último confin del mundo, y á esa juventud helicosa terror del Oriente y del mar rojo.

(2) Como á un Dios adoraremos á Augusto por haber engrandecido el imperio con los Britanos y con los feroces Persas.

constituyendo el Senado de manera que fuese un instrumento dócil para sus miras (1).

Tiberio siguió exactamente los planes de su predecesor (2), y se logró con esta conducta que el Occidente adoptara el habla, las costumbres y el régimen administrativo de Roma. En el Oriente hubo que luchar con una civilización adelantada y con una literatura muy perfeccionada, y se encontraron insuperables obstáculos. El idioma latino nunca pudo penetrar en unas regiones en donde se le consideraba como un dialecto bárbaro.

El diferente carácter de los emperadores, y la fuerza de las circunstancias introdujeron algunas modificaciones en la política imperial, y á veces varió accidentalmente de sistema.

Claudio emprendió la conquista de Britania (3), y la grande alma de Trajano inflamada con las tradiciones de la gloria republicana no pudo sufrir que el imperio fuera un cuerpo inerte donde se estrellase el impetu de los bárbaros; quiso humillarlos y reanimar el abatido espíritu de Roma. Pero Adriano mas político y menos belicoso abandonó las recientes conquistas, y se limitó á conservar lo adquirido y á hacer homogénea la enorme mole del estado.

La manía de declamar contra los conquistadores sin tener en cuenta las circunstancias ni la situación reciproca de las naciones ha inducido á Gibbon (4) á censurar la conducta de Trajano, atribuyendo sus conquistas á la sed de gloria militar, vicio que atribuye á la fogosidad de su carácter. Sin embargo si consideramos que Roma estaba rodeada por naciones belicosas, y que su existencia pendia de su propio esfuerzo, conoceremos que se hallaba en la alternativa ó de esterminar á sus vecinos, ó de ser vencida por ellos. Limitándose á defender su territorio habia de ser al fin presa de unos contrarios cada vez mas aguerridos.

La irresistible fortaleza del imperio cuando Augusto ascendió al poder, no le permitió prever estos peligros, y tal

(1) Tacit. Ann. I, c. 2.

(2) *Consilium* id divus Augustus vocabat, *Tiberius preceptum*. Tacit. Agr., c. 13.

(3) Tacit. Agr. cap. 13.

(4) *Decline and fall of the roman empire*. (Chap. 1).

vez su excesiva prudencia (1) le hubo de ocultar los males futuros, no dejándole ver sino los presentes. El genio de Trajano adivinó que la existencia de Roma exigía alentar las antiguas virtudes marciales, y reducir á la impotencia á los bárbaros. Roma, belicosa y rodeada por naciones sumisas, con facilidad hubiera rechazado las invasiones de los asiáticos, únicos que podían amenazarla. Así es que los militares inteligentes elogian la prevision de Trajano y la superioridad de sus miras (2); y que el pueblo vió escandalizado retroceder, despues de su muerte, los límites del imperio.

Diocleciano hizo otra gran revolucion que perfeccionó el sistema de Augusto, robusteciendo el poder monárquico, y que tambien acabó de enervar las almas, y de disponer el imperio á ser fácil presa de los bárbaros.

Los emperadores, antes gefes del Estado, se convirtieron en ostentosos monarcas, y el trono se vió revestido de una pompa inusitada. Asocióse Diocleciano, para dar mas vigor á su autoridad, á Maximiliano con el título de Augusto y con el nombre de Césares, y en una gerarquía inferior á Galerio y á Constancio. El fundador del imperio, aunque influia en todas las decisiones del Senado, habia conservado á este cuerpo las apariencias de su antigua grandeza; pero Diocleciano dejó de consultarlo, y procuró cuanto pudo extinguir hasta los recuerdos de la república. Las cohortes pretorianas fueron casi reducidas á la nulidad, y los emperadores pudieron en adelante mirar seguras sus vidas del furor de las facciones. De propósito añadió una multitud de ruedas á la máquina administrativa para tener otros tantos medios de represion, y un ejército auxiliar de empleados dócil á sus insinaciones.

Dividió el imperio en cuatro partes, confiando el Danubio y el Rin á los Césares, y reservando el Oriente y la Italia para sí y para su colega. Con esta medida dificultó mucho las re-

(1) *Nihil autem minus inperfecto duce quam festinationem temeritatemque convecire arbitrabatur.... Praelium quidem aut bellum suscipiendum omnino negabat, nisi cum major emolumentū spes quam damni metus ostenderetur.* (Suet. Div. Oct. Aug. c. 25.

(2) *Considerations sur l'art de la guerre par le baron Rogiat. Note 14.*

beliones; mas preparó la division de los dos imperios que en adelante llegó á consumarse.

Constantino completó la obra de Diocleciano, y consolidó mas el reposo interior del Estado y la seguridad de los emperadores. La creacion de una nobleza vitalicia con el título, aunque vano, honorífico, de Patricios; la total reforma de las guardias pretorianas y la separacion de los mandos militares y civiles fueron las primeras medidas adoptadas. Conserváronse con el nombre de prefecturas las cuatro grandes divisiones hechas por Diocleciano, mandadas cada una de ellas por un prefecto pretoriano. Las cuatro prefecturas estaban divididas en trece diócesis, á cuya cabeza se hallaba un vicario ó vice prefecto, y en ciento diez y seis provincias regidas por otros tantos gobernadores.

En cada prefectura habia un gefe superior de caballería y otro de infantería, cuyas inmediatas órdenes obedecian en todo el imperio treinta y cinco gefes, diez de ellos con el título de condes, y los demas con el de duques. Parte de la fuerza militar se distinguia con el nombre de tropas palatinas, especie de guardia imperial privilegiada que residia en el interior de las provincias, y el resto ocupaba las fronteras. Redújose el número de las legiones romanas, y se crearon otras auxiliares de bárbaros.

Una infinidad de empleados subalternos servian de eslabones á la cadena que ligaba el pueblo á la voluntad del príncipe; y como era consiguiente, el Estado carecia de movimiento y de vida, y estaba agoviado bajo el peso de gravísimos impuestos.

Augusto, Diocleciano y Constantino consiguieron plenamente su objeto. Convirtieron á los turbulentos y belicosos romanos en una nacion asiática, sierva dócil de sus señores; pero inhábil para resistir una agresion extranjera. La disciplina militar se echó en olvido; el espíritu marcial se fue amortiguando, y los bárbaros ya no encontraban aquellos pechos acerados que reprimian su ímpetu ciego.

La religion cristiana vino desde el principio en apoyo del proyecto de estos emperadores, y dió al imperio la unidad que antes le faltaba. Compuesto de naciones diversas en cos-

tumbres, en intereses, y sometidas á una capital distante con la cual no tenían otro vínculo que la fuerza, pugnaban por separarse, y lo habrían conseguido tan luego como la mano de hierro que las sujetaba se hubiera enervado. El carácter esencial del cristianismo era la unidad; el mismo Dios lo había fundado, y su vicario, como cabeza visible de la iglesia, ofrecía un centro único, al rededor del cual se apiñaban todos los fieles. La doctrina evangélica llamó poderosamente la atención de los hombres hácia otras ideas ajenas del gérmen de división que existía en el mundo, y los extranjeros empezaron á mirarse como miembros de una misma familia.

El celo imperturbable de los convertidos, sus virtudes austeras, propias para excitar el entusiasmo de la muchedumbre, y el espíritu de proselitismo de que estaban animados no podían menos de acreditar las nuevas creencias. Por otra parte la miserable suerte de las clases inferiores se prestaba á abrazar una religion que ofrecía consuelos y esperanzas, única felicidad del desgraciado.

Roma debía su poder y su existencia á la fuerza, la fuerza era su único derecho para dominar, y todas sus instituciones se resentían de este principio. La condicion de los seres débiles era la servidumbre; las mujeres miraban á sus maridos como á un señor imperioso; los hijos á sus padres como á tiranos; las provincias gemían bajo el cetro de hierro de los procónsules, y una gran parte del género humano estaba humillada por la esclavitud. En tan desventurada situación empezó á predicarse en nombre del cielo la igualdad, la caridad mútua, el desprecio de los bienes mundanos, y empezó á predicarse no á los sábios ni á las clases acomodadas como hicieron los filósofos griegos, sino al pobre, al oprimido, al esclavo. En materia tan combustible prendió y cundió rápidamente el fuego de la doctrina evangélica. Acudieron á atajarlo los fuertes, los poderosos, los dominadores del mundo, y solo consiguieron atizar la hoguera que pretendían extinguir, cuyas llamas por último los devoraron.

De las clases inferiores de la sociedad pasó á las clases medias el nuevo culto, de estas á las mas elevadas, y se convirtió por último en religion del estado.

La nación española experimentó las mismas vicisitudes que el imperio, y sirvió á los emperadores con los productos de su suelo y con su belicosa poblacion. Sus minas, su riqueza, y el esfuerzo de sus hijos la hicieron mirar con cierta cariñosa preferencia, y el gobierno de Roma formó un empeño decidido en apropiarse este país y en introducir en él la cultura de Italia. Ninguna provincia correspondió mas ventajosamente á los esfuerzos que se hicieron para civilizarla, ninguna dió mas hombres ilustres, y ninguna ha transmitido con mas gloria á la posteridad el nombre romano.

Las mismas causas que favorecieron la propagacion del cristianismo en el resto del imperio contribuyeron á vigorizarlo en la península. Dejemos á nuestros historiadores disputar sobre la época precisa de su introduccion en España; dejémosles guiarse por la incierta luz de tradiciones inseguras, lo único que podemos afirmar con confianza, es que á principios del siglo segundo la religion de Jesucristo tenia hondas raíces en nuestro suelo, y que estaban regadas con la sangre de los mártires. Aumentóse el número de los secuaces del evangelio y redobló tambien el furor de sus contrarios, mas la constancia de las victimas logró al fin embotar el acero y cansar el brazo de los verdugos. Al principio se escondian los fieles para celebrar las ceremonias de su culto, despues ya pudieron practicarlas en público, con el tiempo celebraron concilios diocesanos, y finalmente decidieron los prelados en concilios nacionales las cuestiones capitales del dogma y de la disciplina eclesiástica. No se sabe á punto fijo el número de sínodos generales que hubo en España en los cuatro primeros siglos. Solo se conservan las decisiones del concilio iliberitano, del cesarangustano y del primero toledano, pero existen datos suficientes para convencerse de que se celebraron otros muchos. El concilio iliberitano se reunió veintitres ó veinticuatro años antes del niceno, y es el primero de la cristiandad cuyos cánones hayan llegado hasta nosotros.

Mientras que España tranquila obedecía á los emperadores, y mientras que la religion cristiana sofocaba los gérmenes antiguos de discordia, la agricultura, las artes y el comercio florecian amparados por unas leyes y por un gobierno

cuales nunca se habian conocido en nuestro suelo. Nuevas colonias, nuevos municipios asimilaban á Italia la península, é introducian en ella la civilizacion romana.

Cuatrocientas poblaciones se contaban en tiempo de Plinio el mayor (1), y aunque M. Guizot (2) opine que solo ellas y sus contornos estaban habitados, hay fuertes razones que oponerle. Los frutos y los impuestos que los romanos extraian de la península exigian un cultivo mas estenso, y los numerosos ejércitos que cruzaron su territorio y combatieron en él por espacio de tantos años, no hubieran podido subsistir sin encontrar viveres y abrigo á menores distancias. Por otra parte el considerable número de soldados del pais que pelearon en pró y en contra de cartagineses y romanos, suponen una poblacion grande (3) que no podia alimentarse con los productos de tan limitada estension de terreno.

Tampoco sacaré de la asercion de Plinio las consecuencias exageradas en favor de la opulencia de España que deducen Gibbon (4) y Masdeu (5). Estos escritores traducen la palabra *oppidum* por *ciudad*, y estiman floreciente la nacion que tantas contenia. Mas como *oppidum* significa un conjunto de casas dentro del mismo recinto (6), ó lo que nosotros entendemos por la voz genérica *pueblo*, para no suponer á España casi yerma, es preciso creer que la poblacion estaba diseminada por los campos.

El gran número de acueductos, de teatros, de circos, de puentes, de caminos, algunos de los cuales se conservan en el dia, prueban el gran empeño que tuvieron los romanos en fomentar nuestro pais, sin omitir sacrificio alguno conducente á su propósito. La prosperidad de la península durante la dominacion imperial ha hecho esclamar á un historiador filósofo

(1) Hist. nat. l. III., 3 y 4 y l. IV., 5.

(2) Histoire generale de la civilizacion en Europe, 2. leçon.

(3) Esta opinion se halla corroborada por el testimonio de los antiguos: nec numero Hispanos superavimus Cic. orat. de Harusplicum responsis.

(4) Decline and fall of the roman empire Chap. II.

(5) Hist. crítica de España, lib. 3.

(6) Quam eum locis, manúque sepsissent, ejusmodi conjunctionem tectorum oppidum vel urbem appellarunt. Cicero. de Republica lib. I.

que España floreció cuando era una provincia, y ha decaído cuando ha llegado á ser un reino independiente (1).»

Pero de estos recuerdos de una brillantez efímera pasemos á los monumentos de una gloria sólida que la corriente de los siglos no puede sumergir, y que ilustran á la posteridad como á los contemporáneos. La España romana fue mas fecunda que ninguna otra provincia en grandes hombres.

Aquel Trajano

Gran padre de la patria, honor de España

.....  
Ante quien muda se postró la tierra.

RIOJA.

y cuyas miras si hubieran sido apoyadas, tal vez el imperio no habria sucumbido, era natural de Itálica.

Sucedióle Adriano, hijo de la misma ciudad, príncipe casi tan grande como su predecesor, y que tiene la gloria de haber sido el primero de los emperadores que compuso y publicó con el nombre de *Edicto perpétuo* un cuerpo sistemático de leyes.

Marco Aurelio, el monarca filósofo, aunque no fue español, como equivocadamente aseguran Dunham (2) y Saint-Hilaire (3), pertenece por su visabuelo á España.

Teodosio I (4), gran capitán y tambien legislador, reunió los imperios de Oriente y de Occidente antes separados. Arcadio su hijo, reinó en Oriente, y Teodósio II, hijo de Arcadio y español como ellos, aunque desigual á los anteriores, debe nombrarse por haber sido autor del código teodosiano.

Los escritores españoles enriquecieron la literatura latina con joyas de inestimable precio. Su mérito eminente los hace demasiado conocidos para que me detenga á examinarlos

(1) Gibbon's decline and fall Chap. II.

(2) The history of Spain and Portugal. Book I, chap. I.

(3) Histoire d'Espagne. Espagne Romaine.

(4) Teodosio no era natural de Itálica como han pensado muchos, entre ellos Rioja, sino de Galicia. V. Masdeu, historia crítica de España, t. 7.

individualmente, y así me limitaré á hacer algunas observaciones generales.

La escuela de literatura española-romana se distingue por el nervio de la dición, por la fuerza de los pensamientos, y sobre todo por la originalidad. Esta última dote es la característica de nuestros escritores de aquella época. Todos se desdénaron de pisar servilmente las huellas de sus predecesores, mientras que la mayor parte de los poetas y de los filósofos de Roma humillaban la cerviz á los griegos sus maestros, y no osaban separarse del camino por ellos trazado.

Lucano es el inventor de su género, suyos son el fondo y los episodios de su poema, y suyos tambien los sentimientos elevados en que abunda. Marcial es el primero que ha descollado en el epigrama satírico y punzante, y la multitud de agudezas que su carácter maligno y burlesco le sugeria son originales. Si consideramos á Séneca el trágico como dramático, le veremos acomodarse al gusto dominante, y en este concepto no hallaremos mucho en él que admirar, pero en los coros hay trozos de bellísima poesía lírica, nuevos en el tono, en el estilo, y en los pensamientos. Ninguno de los líricos griegos ni latinos le ha servido de modelo.

Si los escritores españoles no imitaron á nadie han dado en abundancia materiales á los modernos para adornar sus composiciones. Sabido es que el Tasso, Corneille y otros muchos bebieron en el copioso raudal de Lucano, y las profundas sentencias de Séneca esmaltan los dramas de Corneille, Racine, Metastasio, Voltaire y Alfieri.

Los defectos de la mayor parte de los escritores españoles son la rigidez y uniformidad en el estilo, el afán de hacer efecto dando un giro conceptuoso á la frase, y la manía de dessecar la sencillez y la verdad como triviales, buscando con empeño imágenes exageradas y gigantescas. Nuestros apologistas han intentado probar que estos vicios los contrajeron en Italia. Sin duda alguna habrían corregido su gusto si el de Roma no hubiera estado corrompido, pero la esperiencia posterior convence de que la imaginacion de los españoles propende á esos extravíos, cuando la crítica severa no la reprime. El ingenio español fogoso, impaciente, va de ordinario á sal-

tos á su término rara vez con una carrera seguida, así es tan poco comun entre nosotros el don de narrar y tan frecuente el talento lírico. La fogosidad de nuestros compatriotas es proverbial: un comentador de Tibulo dice de Lucano, que refiere hechos portentosos *con un aliento casi mas que español*, y encuentra en él y en sus versos la aterradora ferocidad ibérica (1).

Tantos y tan rápidos progresos en la carrera de la civilización acreditan la sagacidad y la prevision del Senado. Conocia muy bien la importancia de poseer la península y los recursos que podia sacar de su suelo, y ninguna provincia le costó mas afanes ni mas sangre, y ninguna fue objeto de una predilección tan decidida. No desmintió sus cálculos el éxito; inmensas riquezas, soldados valerosos, distinguidos literatos y grandes emperadores fueron el fruto de sus desvelos. La nación española puede jactarse de haber sido el rival mas terrible (2) de cuantos Roma llegó á someter, y despues el aliado mas fiel y mas celoso de cuantos contribuyeron á su grandeza.

España excedió las esperanzas de sus señores. Pidiéronle tesoros, pidiéronle brazos robustos, satisfizo generosa sus deseos, y ademas hizo alarde de su fecundidad dando dominadores al mundo y eminentes ingenios que lo ilustráran.

JOSÉ MORALES SANTISTEBAN.

(1) De rebus incredibilibus multo etiam incredibilia narrantis, cum spiritu fere plusquam hispanico.... Adde Lucanum nisi te terret iberica ferocitas et ipsa carminis truculentia. F. Brouhhusius ad Tibullum.

(2) Veleyo Patereulo va mas adelante: in his multo mutaque ita certatum est sanguine, ut amissis populi romani imperatoribus exercitibusque, saepe contumeliam, etiam nonnunquam periculum romano inferretur imperio.... in tantum Sertorium armis extoluit, ut per quinquenium dijudicari non potuerit, Hispanis, Romanisne in armis plus esset roboris, et uter populus alteri pariturus foret. C. Vell. Patere. Hist. l. II. c. 90.

## DE LA MONARQUÍA ABSOLUTA

DESDE LA IRRUPCIÓN DE LOS ÁRABES HASTA LA CONQUISTA DE GRANADA  
POR LOS REYES CATÓLICOS.

---

### § I.

EN mi artículo último examiné la índole y la naturaleza de la monarquía goda. En él procuré demostrar que esa monarquía fue el resultado lógico de la combinación espontánea del principio religioso, del principio monárquico, y del principio democrático, enlazados entre sí por un pacto perpétuo de alianza. Pero andando el tiempo esos principios se viciaron, y viciada entonces también la monarquía de los godos, desapareció del mundo, sepultados en los campos que baña el Guadalete los restos imperiales de su vana pompa y de su esteril magnificencia.

El principio democrático cesó de animar al pueblo, el religioso fue viciado por los sacerdotes, y el monárquico por los reyes. Los sacerdotes viciaron el principio religioso transformando ese instrumento de salud en instrumento de ambición, y consagrándole á su servicio cuando ellos eran sus obligados servidores. El principio religioso perdió entonces su carácter espiritualista y divino, y se revistió de un carácter materialista y humano: la religión bajada del cielo para regenerar á la tierra se vició con el contacto de los hombres, que olvidados fácilmente de la divinidad de su origen, de señora que era de sus pensamientos la convirtieron en esclava de sus apetitos, y de reina del mundo moral en servidora vil de los intereses del mundo.

La llama del principio democrático dejó al mismo tiempo

de inflamar á las masas populares entregadas á la indolencia y adormecidas en el ocio, desde que vencedoras del arrianismo y de la aristocracia, y lisonjeadas por los reyes, no encontraron enemigos delante de sí, y vieron seguros sus intereses, y sobre todo, triunfantes sus creencias. Entonces sucedió, que saboreando las delicias de la paz, se entregaron al sueño y al reposo, abandonándose ciegas á la merced del destino. Ni podía ser de otro modo, si se atiende á que las masas populares carecen de unidad, de prevision y de concierto: solo la inminencia del peligro puede obligarlas á agruparse al rededor de una bandera: cuando el peligro pasa, el entusiasmo decae, y la unidad facticia y momentánea que el entusiasmo formó se quebranta y se fracciona. Mientras existe el entusiasmo todas las individualidades se eclipsan, solo resplandece el pueblo vestido de su armadura. Cuando el entusiasmo se extingue, el pueblo deja de ser una realidad para ser un nombre sonoro: en la sociedad entonces no hay mas que intereses que se combaten, principios que luchan entre sí, ambiciones que se escluyen, é individualidades que se chocan. En tiempos de paz y de reposo solo aparecen en los hombres las calidades que los constituyen diferentes: en épocas de crisis y de exaltacion moral solo aparecen en ellos las que los constituyen semejantes: cuando las diferencias se esconden y las semejanzas aparecen, hay pueblo porque hay unidad, y la unidad es lo que le constituye: cuando las diferencias aparecen y las semejanzas se esconden, no hay pueblo porque no hay unidad social, sino intereses opuestos, principios rivales, y ambiciones hostiles.

De aquí nace la inestabilidad del elemento democrático, vencedor siempre en un momento de alarma y de peligro, y vencido siempre despues en el estado de reposo. Esto explica tambien el vigor y la fuerza del principio aristocrático. Las clases aristocráticas tienen siempre un poderoso centro de unidad, porque así en los tiempos de agitacion y de discordia, como en los de prosperidad y ventura son mas entre sus individuos las semejanzas que los unen, que las diferencias que los dividen. Los tiranos son enemigos de la aristocracia porque *viela*, y amigos de la democracia porque *daer-*

me. Por eso la aristocracia es un elemento de *libertad*, y la democracia un elemento de *tiranía*.

El principio monárquico perdió su fuerza y su vigor desde que los reyes olvidados de sí propios, mientras que por una parte cedían el paso á los prelados de la iglesia, depositando su espada en las manos de sus súbditos, se decoraban por otra con renombres ambiciosos y con títulos bizantinos, confundiendo así, como se confunde siempre en los tiempos de decadencia, con el aparato el decoro, con la fuerza la hinchazon, con la magestad la pompa.

Entonces fue cuando al ímpetu de un huracan venido de los desiertos del Africa cayó por tierra para siempre el ya caduco edificio de la monarquía de los godos, sin que quedase rastro en el suelo de aquella fábrica suntuosa, ni huella de los que la levantaron siendo de España señores. ¿Ni cómo hubieran podido resistir á las aterradoras falanges que lanzó sobre la península ibérica la cólera divina, un sacerdocio olvidado de Dios, y siervo de las ambiciones del mundo, un pueblo entregado al sueño de la indolencia, un trono que muchas veces habia sido un cadalso, una monarquía en fin adormecida en el ocio, gastada por los deleites, y enervada con su fausto oriental y sus escandalosas liviandades? Si á esto se añade que la monarquía goda carecia absolutamente de una aristocracia guerrera que la sirviese de escudo contra una invasion estraña, se concebirá facilmente cómo naufragaron en un naufragio comun el sacerdocio, el trono y el pueblo.

Pero en la monarquía de los godos habia algo que no debia perecer: algo que debia resistir á todas las catástrofes y á todas las invasiones: algo que debia prevalecer sobre la accion de la conquista y las injurias de los tiempos: algo en fin de inmortal, porque siempre hay algo de inmortal, así en el hombre que muere como en las sociedades que sucumben. Cuando el hombre muere su parte mortal es despojo del sepulcro, y su parte inmortal se perpetúa en el cielo: cuando las sociedades sucumben su parte mortal es despojo, su parte inmortal alimento y vida de la historia.

Lo que es el alma en el hombre son en la sociedad los principios. Inmortales una y otros como emanaciones divi-

nas, jamás se apaga su lumbre en el horizonte del mundo, que recibe la animación y la vida de sus maravillosos reflejos. ¿Qué importa que la Grecia abra su seno virginal á los bárbaros del Occidente, que entregue á su profanación sus magníficos templos y sus soberbias estatuas, sus mágicos pensiles y su silenciosa tribuna, y que abandonada de sus Dioses, viuda de sus ilustres capitanes, huérfana de sus oradores, de sus filósofos y de sus artistas, se recline en su sepulcro olvidada de su gloria? De ese sepulcro se salvaron para fecundar los siglos, el genio de la libertad, el genio de la filosofía, y el genio de las artes. Roma abre para recibir á tan ilustres huéspedes las puertas del Capitolio, y cuando el Capitolio fue á su vez presa de los gigantes del norte, ellos se remontaron sobre las inmensas ruinas y los deformes escombros confusamente esparcidos sobre la faz de la tierra, hasta que aplacado el cielo y serenadas las tempestades volvieron á ser la vida de una nueva civilización y el alma de un nuevo mundo.

Así también cuando la monarquía goda sucumbió en las famosas orillas del Guadalete, habiendo llevado las bues-tes sarracenas lo mejor de la batalla, la monarquía pereció; pero sus principios constituyentes se salvaron, porque eran los principios constituyentes de la sociedad española. Los árabes pudieron vencer á Rodrigo, pudieron vencer á los sacerdotes, pudieron vencer al pueblo; pero el principio democrático debía sobrevivir al pueblo, el religioso á los sacerdotes, y el monárquico á Rodrigo.

Nosotros vamos á presenciar ahora uno de los espectáculos más magníficos que puede ofrecer el variado panorama de la historia á los ojos de los hombres. En la monarquía de los godos hemos podido observar de que manera se vician los principios en su tránsito por el mundo, y de que manera cuando han sido viciados degeneran las sociedades y se estinguen: ahora vamos á ver de que manera esos mismos principios purificados con los torrentes de sangre en que se anegó para siempre la monarquía de los godos, dieron vida á una nueva sociedad afirmada sobre una base más ancha, sobre más firmes cimientos. Hasta aquí hemos observado la acción deletérea de las sociedades sobre los principios de quienes re-

ciben su esplendor, á quienes deben su gloria. Ahora vamos á observar la acción vivificante y fecunda de esos mismos principios sobre las sociedades humanas.

Un siglo de existencia religiosa y militar habia bastado á los sarracenos para derramarse por las regiones mas apartadas del mundo. La Media, el pais de los partos, la Siria y el Egipto se postraron vencidas ante el pendon glorioso de Mahoma. Sus sucesores le llevaron despues al Occidente, y penetrando por el Africa se estendieron por sus costas, y echaron por tierra las frágiles murallas de Cartago, allanadas en otro tiempo por Scipion y levantadas del polvo por Augusto. Una profecía misteriosa señalaba á esa ciudad como el punto en donde habia de nacer el hombre á quien estaba reservado el destino de destruir el imperio del profeta: sin duda la voz de las tradiciones habia dicho á aquellos bárbaros que aquella ciudad habia servido de cuna al gigante que vencedor en Canas habia fijado su sangrienta pupila sobre Roma. El recuerdo de Anibal es tan grande que hace temerosas hasta las ruinas, la orfandad y la desolacion de Cartago.

Señores los sarracenos de las costas africanas, y ardiendo en sed de engrandecimiento y de conquistas, se aprovecharon de la coyuntura favorable que la traicion ó el descontento les ofrecieron en un dia, nefasto para el pueblo de los godos, y atravesando la mar tremolaron su estandarte en la Península española. Vencidos facilmente cuantos obstáculos se opusieron á su dominacion, derrotadas en todos sus encuentros las huestes enemigas, marcharon por la Península adelante hasta dilatar por toda ella su duro señorío. Desde esta época sus victorias no pueden reducirse á suma; su ambicion no tuvo límites, y el orbe les vino estrecho. Derramados por la Galia meridional, por la Italia, por la Dalmacia, por la Iliria, por la Albania y por la Morea, hubo un momento en que la balanza de los destinos del mundo quedó suspensa en su fiel, y en que las naciones pudieron dudar, si la fé hubiera permitido la duda, hácia donde habian de volver sus ojos arrasados de lágrimas para adorar á su señor, si hácia los melancólicos campos de la Palestina, ó hácia los estériles y abrasados desiertos de la Arabia.

Apoderados los sarracenos de las nueve décimas partes de la Península, solo quedaron exentas de su yugo una parte de Aragón y las cumbres inaccesibles de Asturias, de Vizcaya y de Navarra. Sus rudos habitantes eran pobres, pero independientes y altivos. La mayor parte de aquellas soberbias cumbres no tenían una huella que hubiera sido estampada por el pie del extranjero: y esta indomable gente no había aprendido jamás que cosa es la esclavitud, ni de la tradición, ni de la historia. Refugiados allí los pocos que, habiendo salvado sus vidas, querían salvar también su independencia, entre los naturales y los huéspedes acometieron la empresa más árdua entre cuantas refieren los anales del mundo: la de rescatar á toda la nación postrada y exánime de su ignominioso cautiverio: y lo más admirable es, que se llevó á cabo esa empresa, porque la nación fue rescatada.

¿Cómo fue que los pocos, olvidados sin duda por débiles y humildes, supieron derrocar desde su altura á los muchos que eran fuertes y soberbios? ¿Cómo fue que el pueblo vencedor se vió obligado á cejar delante del vencido? ¿Cómo pudo vencer la monarquía al emirato, habiendo sido los monarcas vencidos por los emires? ¿Cómo retrocedió el islamismo delante de la cruz, habiendo sido abatida por el estandarte del profeta? ¿Cómo salieron fuertes del campo de batalla los vencidos? ¿Cómo en fin se convirtieron en débiles los fuertes después de la victoria? No habiéndose disminuido las fuerzas físicas de los sarracenos, ni acrecentándose las de los naturales, ni las fuerzas físicas, ni el número son poderosas para explicar este cambio en sus destinos, esta mudanza de su suerte. Ahora bien, como los acontecimientos no se producen en el mundo sino en virtud de las fuerzas físicas ó de las fuerzas morales, cuando un cambio, ó un trastorno no tienen origen en las primeras, le han de tener forzosamente en las segundas. Cuando un hecho no está explicado, su explicación se encuentra en un principio.

Reservándome para más adelante demostrar la rigurosa exactitud de la proposición que ahora anticipo, diré que el cristianismo salió vencedor del islamismo, el pueblo cristiano del pueblo sarraceno, y los reyes de Asturias, de Leon y de

Castilla de los emires de Córdoba, porque los principios constituyentes del pueblo conquistador, efimeros de suyo, se vieron despues de la conquista, mientras que los constituyentes del pueblo vencido recobraron despues del vencimiento su maravillosa energía y su primitiva pureza. De esta manera las mismas causas á cuyo influjo debieron los árabes sus rápidas victorias, dieron despues al pueblo cristiano aquella heroica constancia que andando el tiempo le rescató de su ignominiosa servidumbre con mengua de sus señores.

Dejando para el artículo próximo el examen del pueblo cristiano, será bien que me ocupe en este, aunque con toda la brevedad posible, del islamismo en cuanto dice relacion con los asuntos de España.

El código del profeta, sancionando el dogma de la fatalidad, y sujetando á reglas escritas, inalterables é inflexibles, no solo todos los deberes morales, políticos y religiosos, sino tambien los civiles y los domésticos, suprime la libertad en el mundo, porque á un mismo tiempo encadena el cuerpo y aprisiona el espíritu: y encadenando al uno y aprisionando al otro ataca hasta en sus gérmenes el principio de la perfectibilidad que se desarrolla en el seno del hombre, y en el de las sociedades humanas. Por esta razon el Coran, que en su inflexible rijidez petrifica cuanto toca, solo reconoce una virtud social y una forma de gobierno, la resignacion y el despotismo. Cuando una sociedad se envilece hasta el punto de renunciar absolutamente al pensamiento, todas las pasiones grandes se extinguen en su corazon helado, todas las fuerzas vitales abandonan sus miembros entumecidos: su vida es una vegetacion perezosa, y cuando ha acabado de vegetar, permanece estúpida-mente inmóvil, aguardando impasible el rayo que ha de convertirla en polvo, y que ha de bajar del cielo. En tal estado se presenta á nuestros ojos Constantinopla reina ayer de dos mundos, pasto tal vez mañana de las águilas moscovitas, y hoy cadaver embalsamado con las brisas del Oriente, y tendido con magestuosa inmovilidad sobre un magnífico lecho.

A estas causas generales de una precoz decadencia reunian los conquistadores de España otras especiales que habian de producir su rápida disolucion con su poderoso influjo. La

principal de todas consiste en que sus huestes, unidas por el entusiasmo en el periodo de la invasion, perdieron toda unidad y concierto despues de la victoria, como compuestas de diversas gentes y naciones, todas ardiendo en sed de mando y de despojos, y entre sí mal avenidas. Ocupaban los grados superiores de la gerarquia social los árabes, los sirios y los egipcios. Estas eran las razas aristocráticas. Despues venian los africanos, raza feroz y turbulenta que, ocupando los grados inferiores de la escala social, sufría impaciente su yugo y su estúpido ilotismo. Cada una de estas razas estaba dividida á su vez en parcialidades y bandos: y los odios que estas parcialidades alimentaban en su seno eran tan antiguos en algunas, que para asignarles fecha es necesario remontarse á los tiempos anteriores á Mahoma.

Esto basta para explicar por qué los árabes, despues de la conquista, no supieron edificar nada sobre los escombros esparcidos por toda la Península española. Contrastado por guerras intestinas, por locas rivalidades, por torpes crímenes, por ambiciosas insurrecciones, por escándalos y desafueros, el Gobierno de los emires fue débil, turbulento y desastroso. Los emires solo pensaban en afirmar su poder: los gobernadores de las provincias en hacerse independientes de los emires; y los gobernadores de las ciudades en sacudir el yugo de los gobernadores de las provincias. Ni era posible que esta disolucion encontrase remedio en la autoridad vigilante y protectora de los emires del Africa y de los califas de Damasco, porque los imperios que regian eran presa tambien de trastornos interiores y de conmociones violentas. El Gigante fantástico y aterrador del Islamismo, se devoraba á sí propio despues de haberse presentado para reclamar su herencia en las mas apartadas regiones, y cuando soñaba en su delirio rodear con sus nerviosos brazos al mundo.

Entonces sucedió, que la terrible unidad del imperio de los califas fue quebrantada y dividida en fracciones. Los árabes de España se hicieron independientes; y habiendo elegido por su soberano y señor á Abdel Rahman, último descendiente de los califas omiaditas, raza ya destronada, Córdoba fue el centro de su poder y la silla de su imperio.

Esta revolución, realizada á fines del siglo octavo, dió principio á una nueva era para los árabes. Ya entonces los rudos montañeses, que habian de restaurar una religion y redimir de su servidumbre á un pueblo, habian comenzado á hacer sus incursiones por las mal guardadas fronteras de los enemigos de su libertad y de su ley. Sus incursiones habian sido siempre seguidas de victorias; y los conquistadores se vieron en la necesidad de reprimir hasta cierto punto el impetu de sus odios, convertidos por el riesgo comun á la comun defensa. Vencidos en buena lid las mas veces, pero vencedores algunas, acometieron magnificos hechos de armas durante el periodo histórico que comienza con Abdel Rahman I, y que concluye con Almanzor, dilatándose el espacio de dos siglos. Esta es la época maravillosa en que comienzan á resplandecer entre los árabes las delicadas artes del ingenio, y en que el Oriente comienza á reflejar en el Occidente toda la pompa de sus galas y toda la riqueza y la variedad de sus colores. En este tiempo aparecen tambien de cuando en cuando algunas fisonomias que se distinguen entre las demas por su magestad y su nobleza, y que cautivando la atencion la separan agradablemente del triste espectáculo de una sociedad decrepita y moribunda. Entre todas resplandece la de Almanzor, entendido como pocos en las artes de la paz, como ninguno en las artes de la guerra. Era blando y apacible en las ciudades, indómito leon en los campos de batalla. Almanzor era uno de aquellos hombres providenciales nacidos en épocas de decadencia, para contener con su mano poderosa la rápida disolucion de los imperios. Cuando Almanzor apareció, el pueblo cristiano, crecido ya en fuerzas y en pujanza, iba dilatando los terminos de su jurisdiccion y señorío: sus aguerridas huestes habian entrado por armas ciudades populosas: su immaculado pendon tremolaba á todos vientos llevado por la victoria, y hacia sombra á los abatidos pendones de las huestes agarenas. Almanzor contuvo el torrente que amenazaba inundar el campamento de los árabes, y la sociedad decrepita que protegió con su poderoso brazo, pudo respirar algunas horas sentada en el borde de su abismo. Cincuenta batallas campales perdieron entonces los cristianos: jamas los adoradores de la cruz

habian visto levantarse dias mas nebulosos para ellos en el horizonte de la Península española, desde que fueron rotas y deshechas en las orillas del Guadalete las espesas falanges de los godos. Jamas el Dios de los ejércitos habia puesto en sus labios una copa tan llena de amargura, desde que los condenó á cautiverio y servidumbre, haciéndolos juguete de sus iras.

Pero Almanzor falleció al fin, sirviéndole de sepulcro el polvo sacudido de su manto en los dias de las batallas. Entonces sucedió, que el vasto imperio de Córdoba, huérfano del capitan que le amparó con su escudo, que llenó su soledad con su nombre, que cubrió su debilidad con su grandeza, y su desaudez con su resplandeciente vestidura, se desmembró, dividiéndose en esmeros y pequeños principados. Con lo que se atestigua que mientras que Almanzor presidió á los destinos del imperio, el fuego de la discordia continuó alimentándose escondido en el seno de aquellas razas rivales; puesto que cuando desapareció el gran hombre se dejaron otra vez arrastrar por los ímpetus de sus mal reprimidos odios y de sus escandalosas venganzas.

En este estado de postracion, la fortuna volvió á mostrarse contraria á las armas agarenas, mientras que los cristianos, recobrados ya de su pavor y de sus prolongados desastres, no solo reconquistaron en breve todo el terreno perdido, sino que pasando mas allá clavaron su pendon en los imperiales muros de Toledo. La posesion de la Ciudad Santa en donde en tiempos mas felices habian sido ungidos por los prelados de la iglesia los reyes de los godos, debió causar un estremecimiento de placer á los que vivian la vida de los combates, animados por tan gloriosos recuerdos. Toledo era la Jerusalem de los cristianos de España. Señores de su Jerusalem, sin duda olvidaron sus fatigas y desastres para pensar solo en sus glorias y en el término de su peregrinacion aquellos nobles combatientes y fatigados peregrinos.

Ni pararon aquí las conquistas de Alfonso VI, sino que pasando mas adelante se apoderó de Madrid, Guadalajara y Maqueda, llevando por todas partes el prestigio de su nombre, el recuerdo de sus victorias y la gloria de sus armas.

Desmembrado el grande imperio sarraceno en pequeñas y rivales monarquías no pudo resistir al torrente; y como sus débiles monarcas le viesen crecer y dilatarse por el corazon de sus dominios, volvieron sus ojos en busca de proteccion hácia las costas del Africa. En ellas encontraron un hombre grande que, solicitado en nombre de los demas por el rey que dominaba en Sevilla, desembarcó en la Península española al frente de los almoravides africanos. Su nombre era Yusef Bentaxfin. Nacido en tiempos de grandes trastornos y de discordias civiles, en los que el poder está al alcance de los ánimos inquietos y de los hombres esforzados, supo ganarle para sí, sujetando á un pueblo numeroso que le proclamó su gefe, siendo de esta manera fundador de una gloriosa dinastía.

Cuando Yusef con sus almoravides rompió por la Península, Alfonso estaba sitiando á Zaragoza; y como llegase la nueva á sus oidos levantó el cerco para acudir adonde el mayor peligro le llamaba. Los dos competidores se avistaron en octubre de 1086 en las llanuras de Zalaca, entre Badajoz y Mérida, al frente de sus ejércitos. Ambos ejércitos eran numerosos y aguerridos. Ambos competidores eran dignos de la gloria. La fortuna en esta ocasion hubo de sernos adversa, segun nuestros historiadores refieren, aunque hubo motivos para dudar cual de los dos competidores salió peor librado del campo de batalla,

Los príncipes mahometanos comenzaron á desconfiar del ilustre aventurero á quien habian abierto las puertas de la Península, y en quien suponian ya designios hostiles y miras ambiciosas. ¡Triste condicion la de los débiles! hallarse rodeados por todas partes de asechanzas: no poder elegir sino entre enemigos encubiertos, ó enemigos declarados: no saber para quienes han de implorar la misericordia del Dios de los ejércitos en los dias de los combates, si para los que les tienen declarada la guerra, ó para los que son sus protectores: ciertos como estan de que la victoria de los primeros los condena al exterminio, y la de los segundos á una ignominiosa servidumbre.

Esto cabalmente sucedió con Yusef, que viéndose podero-

so, y como poderoso temido, acometió la empresa de enseñorearse del hermoso país que se dilataba ante sus ojos como una magnífica oasis: y convirtiendo sus armas contra sus propios aliados, dió feliz cabo á su empresa, restableciendo con sus triunfos la unidad del imperio mahometano en la Península española. Entónces no hubo mas que un solo reino gobernado por un solo hombre, gefe de una raza dominante.

Después de la usurpacion de Yussef y sus almoravides hubo por algun tiempo paz entre cristianos y mahometanos. A Yussef sucedió su segundo hijo Aly, heredero de su poder y de sus glorias militares. Aly fue poderoso para contener á los cristianos por la parte del mediodia; pero sus armas se dilataron vencedoras por el Norte. Alfonso I de Aragon se apoderó de Tudela: por los años de 1118 cayó en poder de los cristianos Zaragoza; y con esta gloriosa conquista todo el norte de España quedó libre del yugo sarraceno. Al año siguiente el héroe aragonés venció en batalla campal á veinte mil africanos que penetraron por su tierra, mientras que otro ejército de infieles mandado por Aly retrocedió delante de los pendones de Leon y de Castilla. De esta manera, contenidos por algun tiempo los cristianos por los almoravides, volvieron á seguir muy pronto la carrera de sus triunfos, y á conquistar para sus huestes nuevas y mas ventajosas posiciones.

Si comparamos este periodo histórico con los que le precedieron, no nos será difícil demostrar que la decadencia del imperio mahometano fue constante y progresiva; ahora comparemos unos con otros los tiempos de desmembracion y de discordias civiles, ahora comparemos entre sí los tiempos en que recobró su unidad y su vigor, merced á los esfuerzos de sus gloriosos capitanes.

La época turbulenta y desastrosa á que puso un término Almanzor, no fue tan desastrosa y turbulenta como aquella á que puso término Yussef, cuando respondiendo al llamamiento de los árabes de España, penetró por la Península adelantado con sus almoravides africanos. De la misma manera la época gloriosa de Yussef no fue tan gloriosa para su raza y su imperio, como la de Almanzor para el imperio y la raza de los principes omiaditas. De donde resulta que andando el tiempo

los periodos de unidad fueron menos prósperos; mientras que los de desmembracion y de anarquía fueron mas turbulentos y anárquicos: es decir, que para los árabes de España el *mal* estuvo siempre en un *progreso* constante, y el *bien* en una constante *decadencia*. Lo cual no deberá extrañarse si se atiende á que el *bien* fue el resultado de la accion momentánea de los hombres, mientras que el mal tuvo su origen por una parte en la accion permanentemente deletérea del principio fatalista, y por otra en el antagonismo profundo é invencible que existió siempre entre las diversas razas, de cuya agregacion resultó el débil y deforme, aunque colosal imperio mahometano.

Volviendo ya á anudar el hilo de esta historia diré, que apenas volvió sus espaldas la fortuna á la raza de los almoravides, cuando vino por tierra el edificio que Yussef levantó con su mano vencedora. ¡Tan endeble era su fábrica! ¡Tan frágiles sus cimientos! Para descubrir las causas de la debilidad interior del imperio mahometano en esta época, será bueno recordar aquí lo que manifesté al principio de este artículo, á saber: que la raza de los africanos, ocupando el grado mas infimo de la gerarquía social, era una raza de ilotas: asi como eran razas aristocráticas las oriundas de la Arabia, del Egipto y de la Siria. Ahora bien: cuando los desacordados príncipes de los árabes de España abrieron á los almoravides africanos las puertas de la Península, abdicaron su poder en esa raza plebeya, encontrando su muerte donde buscaron su remedio. Cuando la providencia ha decretado la destruccion de un pueblo ó de una raza, un vértigo se apodera de la víctima, y ella misma se encamina al sacrificio.

Señores los africanos de toda la España mahometana, no encontraron delante de sí sino encarnizados enemigos, obstáculos insuperables y resistencias invencibles. Para afirmar su dominacion, tenian que vencer á un mismo tiempo á sus enemigos exteriores y á sus enemigos interiores: á los cristianos que inquietaban sus fronteras y á las razas subyugadas, que encontraban alimento y satisfaccion para sus odios en los públicos desastres. Por donde se ve que la unidad de imperio durante la efímera dominacion de los almoravides, fue apa-

rente, puesto que los conquistadores lejos de comprimir los elementos de discordias, fueron causa de su acelerado desarrollo. La conquista de los almoravides fue una revolución social, porque con ella se trasladó el poder de las razas aristocráticas á las democráticas, de los árabes á los africanos, de la nobleza á la plebe. Esta revolución que en apariencia dió unidad al imperio fue realmente desastrosa, como lo es siempre una revolución que se realiza cuando el enemigo amenaza, porque al peligro que amenaza de fuera añade el de los obstáculos que se desarrollan dentro.

Esto sirve para explicar, por qué los almoravides luego que experimentaron los primeros desastres en el campo de batalla, se encontraron á su vuelta con sediciones interiores que se embravecieron hasta el punto de hacer inevitable su ruina. Córdoba se sublevó contra Aly siendo la silla de su imperio, y solo á favor de condiciones humillantes pudo serenar la tempestad y reprimir el tumulto.

Solo faltaba un hombre á la sedición para ostentarse victoriosa: y ese hombre se presentó en el dia y en la hora conveniente. Uno de los caracteres de la decadencia del islamismo, es la aparición de reformadores fanáticos que rompiendo la unidad terrible de la fe, y dividiendo la sociedad mahometana en varias comuniones religiosas, entregaron á los vientos de las discordias, fatales para los imperios mas firmes, el vasto y colosal imperio fundado por el profeta.

Uno de estos reformadores fue Mohammed ben Abdalla, natural de Córdoba, y como todos los fanáticos de encapotado ceño, de duro corazon y de carácter melancólico y sombrío. Dotado desde su niñez de una actividad devorante, emprendió el viaje de Bagdad en donde estudió con el famoso reformador Algazali, cuyas doctrinas habian sido condenadas por los verdaderos creyentes. Encendido su espíritu con las atrevidas ideas que inculcó en él su maestro, determinó propagarlas por el mundo. No transcurrió mucho tiempo sin que estuviese seguido de discípulos numerosos, que muy pronto se convirtieron en sectarios. Llegado que hubo á Marruecos, capital del imperio africano de los almoravides, comenzó á sufrir destierros que le santificaron á los ojos de los suyos y aumen-

taron su crédito y poderío entre la gente africana, raza en todos tiempos ansiosa de novedades y emociones.

Luego que tuvo la conciencia de su poder levantó el estandarte de la insurrección seguido de sus almohades, es decir, unitarios, porque aspiraban á la estirpación de la idolatría y á la persecución de los cristianos que adoraban á Dios en tres personas, que desde sus primeros encuentros salieron siempre victoriosos: pero como muriese poco despues en el año de 1129, fue proclamado sucesor suyo Abdelumen digno de ser el heredero de su dignidad y de su nombre, como dotado de sus mismas prendas, de su indomable ardor, y de su extraordinaria bizzarria.

La destrucción de los almoravides del Africa fue obra de algunos instantes, y la de los almoravides de la Península obra solo de un momento. Los almohades fueron entonces señores del Africa y de la España mahometana juntamente.

Hallándose á la sazón divididos entré sí los príncipes cristianos Abdelumen quiso romper por sus tierras tan de improviso y con un ejército tan poderoso, que no tuviesen tiempo para aparejarse á la defensa comun, dejando antes ajustadas sus contiendas y dirimidos sus pleitos. Para este glorioso fin publicó la guerra sagrada con la solemnidad religiosa de costumbre. Tan terrible anuncio puso en movimiento todas las gentes africanas desde Tunez hasta el Océano, para servirme de las espresiones de un historiador, desde el gran desierto hasta Ceuta.

Este alzamiento en masa del imperio mahometano solo sirvió para hacer un vano alarde de su gigantesco poderío. Abdelumen murió despues de revistadas sus tropas que licenció el apocado y pacífico Yussef, hijo suyo y heredero de su poder, aunque no de sus virtudes marciales.

A Yussef le sucedió en el imperio su hijo, de nombre Yacub ben Yussef, á quien por sus victorias llamaron despues Almanzor: príncipe magnánimo, valiente y justiciero; y entre todos los príncipes de los almohades, sin duda el mas digno de memoria y el mas esclarecido. Queriendo aprovecharse como Abdelumen de las discordias intestinas de los cristianos, marchó sobre Valencia contra Alfonso VIII de Castilla á quien

derrotó completamente en los campos de Alarcón, habiéndose trabado el combate antes de que el cristiano recibiera los refuerzos que le habían prometido sus aliados de León y de Navarra. Por lo demás esta victoria no fue parte para hacer de peor condición la causa de los cristianos, ni para dar aliento á los infieles. El progreso de los unos y la decadencia de los otros tenían mas altas causas; la victoria, al punto á que habían llegado las cosas, no dependía ya de los azares de la guerra.

Almazor falleció en mayo de 1199 y le sucedió su hijo Mohamed Abu Abdalla, conocido con el nombre de Alnasir. Este príncipe afeminado á un tiempo y ostentoso, reunió bajo sus pendones, para humillar la soberbia de Alfonso de Castilla, uno de los ejércitos mas formidables que han existido en el mundo. La cristiandad se llenó de espanto, porque los enemigos que iban á lanzarse contra ella eran tan numerosos como los granos de arena de los desiertos del Africa. El papa Inocencio III proclamó una cruzada contra los infieles de la península, que en su loco envanecimiento presumían herir de muerte con sus innumerables falanges al cristianismo en Europa. El punto de reunión para los cruzados fue la ciudad de Toledo. Pero como los reyes de León, de Aragón y de Castilla aguardasen inútilmente los auxilios extranjeros que esperaban, acometieron por sí solos, y con la ayuda de Dios, la empresa de salir al encuentro á sus contrarios. Empresa, atendida la diferencia del número entre cristianos é infieles, la mas temeraria de cuantas nos refieren las historias.

Llegados al pie de las montañas que se elevan como linderos entre Castilla y Andalucía, ocupadas á la sazón por el ejército enemigo, un pastor de nombre Isidro, á quien Madrid festeja como á patron, y que la iglesia celebra como santo, les enseñó la senda que habían de seguir para sorprender á los infieles. Los cristianos, aprovechando el aviso que por la boca de un pastor recibían indirectamente del cielo, siguieron adelante por la senda desusada, y con admiración y sorpresa de sus aterrados enemigos dominaron de repente las alturas. Encastillados en ellas por espacio de dos dias, al tercero descendieron á las para siempre memorables llanuras de Tolosa, en donde dieron y ganaron la batalla de las Navas.

Con esta prodigiosa victoria, las innumerables falanges de agarenos mordieron el polvo de la tierra. Infantes y ginetes pasaron como fantasmas que huyen: y sus ensueños gloriosos de engrandecimiento y de conquistas se disiparon como el humo que se disipa en los aires.

Esta victoria preparó sino llevó á cabo la destruccion del islamismo. Desde entonces todo fue confusion, desaliento y congoja en el campo de los infieles y en sus ciudades populosas, por donde pasaron efimeros usurpadores. Destmembrado el imperio, gefes independientes y enemigos unos de otros se disputaron su ensangrentado cadáver. Poco despues aparecen Don Jaime de Aragon y San Fernando: el primero conquistador del reino de Valencia, y el segundo conquistador de Sevilla. El islamismo se refugió entonces en la ciudad de Granada que comienza á brillar á mediados del siglo XIII.

Hasta aqui hemos asistido al espectáculo de su decadencia: vueltos ya nuestros ojos á Granada solo podemos asistir al espectáculo de su agonía. Pero el imperio mahometano no debia extinguirse como se estinguen los demas imperios del mundo. Sintiendo en paso de muerte, quiso festejarse á sí propio, y mandó á sus artistas que preparasen sus cinceles y á sus poetas que templasen su cítara sonora, y abrió sus puertas á todas las gentes y naciones, y se embriagó con los perfumes, y se perdió en los confusos laberintos de sus jardines orientales; y mandó á la Europa que pusiese sus ojos en sus galas, que eran las galas de una víctima; y que envidiase su civilizacion, que era la vana cultura de un imperio decrepito y moribundo, y que escuchase su canto, que era el último canto del cisne.

Cuando los reyes católicos se presentaron á sus puertas, el cisne suspendió su dulce y profano canto, porque Granada la hermosa debia dar á los vientos mas severas armonías, esclava ya de mas adustos señores.

Antes de concluir este artículo será bueno que hagamos algunas breves reflexiones sobre el imperio de los árabes en España. Despues de haber recorrido rápidamente la série de los acontecimientos, como el orden cronológico lo exige, será bien que agrupando esos mismos acontecimientos como la filosofía lo requiere, pongamos la consideracion en las leyes generales

á que obedecieron en su sucesivo desarrollo, y que los examinemos en conjunto.

Varios echos generales llaman desde luego la atencion en esta historia de ocho siglos. Los sarracenos no salen nunca vencedores sino cuando un hombre grande los dirige. Los hombres grandes no desaparecen jamas sin que por el vacío que dejan no penetren los vientos de las discordias, y sin que una rápida desmembracion no venga á debilitar las fuerzas vitales del imperio. En esta historia se advierte una regularidad que pasma. El que haya estudiado uno de sus periodos conoce ya todos los que le preceden y todos los que le siguen. Todos los desastres llevan consigo unas mismas consecuencias, todas las victorias producen unos mismos resultados.

Los árabes, conducidos por un gefe experimentado, triunfan en Guadalete de los godos: este es el primer capítulo de su historia. El imperio necesitado de un capitan se desmembra: este es el segundo capítulo. =Capítulo 3.<sup>o</sup> Los árabes colocan el cetro en las poderosas manos de los príncipes omiáditas, y vencen.=Capítulo 4.<sup>o</sup> Los príncipes omiáditas pierden su primitivo vigor, y el imperio se desmembra. =Capítulo 5.<sup>o</sup> Almanzor aparece, y los árabes triunfan.=Capítulo 6.<sup>o</sup> Fallece Almanzor, y el imperio se desmembra. Y así los demas capítulos.

Cualquiera diria, al recorrer con sus ojos esta historia, que es la historia de las funciones regulares de una máquina, y no de la actividad regular y espontánea de un gran pueblo. Y el que esto digese diria bien; porque no es dado á los hombres hacer vivir con su aliento á las sociedades humanas. Mahoma quiso imitar á Jesus; pero Jesus era Dios, y Mahoma era hombre: por eso aquel dejó una sociedad sobre la tierra, y este una máquina en el mundo.

El dogma de la fatalidad despojó á los mahometanos del temor por las desgracias futuras: por eso se adormecian con las victorias presentes, sin que se guarecieran nunca de las desgracias posibles. El dogma de la fatalidad los despojó de la esperanza; por eso no se atrevian á esperar ni á luchar contra el destino en los dias de sus desastres. Su resistencia hubiera sido un crimen: su esperanza una abominacion: porque cri-

minimal y abominable cosa es, aspirar á dirigir el curso de las cosas, estando escrito en lo alto.

Ahora bien: como un pueblo que ni teme ni espera no obra, y como un pueblo que no obra tarde ó temprano sucumbe cuando poderosos enemigos le hostilizan, los árabes debieron sucumbir ante los cristianos en su desigual contienda.

La tierra del Islamismo en la Península española fue una tierra estéril: en vano para fertilizarla corrió á torrentes la sangre de ejércitos africanos: esos ejércitos y esa sangre no pudieron hacer fecundas sus arenas. El Islamismo habia secado sus jugos, y no hubieran podido fecundarla toda la sangre de los hombres, todas las lluvias del cielo.

Averiguadas las causas de la progresiva decadencia del Islamismo, solo nos falta volver los ojos hácia los soldados de la cruz para encontrar en sus creencias y en sus instituciones el secreto de sus victorias.

*(Se concluirá.)*

JUAN DONOSO CORTÉS.

EN LA MUERTE DE MI AMIGO

**DON JOSÉ MUSSO Y VALIENTE.**

**I.**

**Y** a va á espirar! su pabellón la muerte  
 Despliega sobre el lecho,  
 Y los latidos, con abrazo inerte,  
 Comprime de su pecho.

Y entre tanto, oh natura, tú insensible  
 Del hombre á los dolores,  
 Te levantas hermosa y apacible  
 De tu lecho de amores.

La luna que sus ráfagas dilata,  
 Se inclina lentamente,  
 De la diadema de topacio y plata  
 Desnuda ya su frente.

La niebla el campo envuelve, como encaje  
 La espalda de una hermosa,  
 Flotando su magnífico ropage  
 De záfiro y de rosa.

Las estrellas de luz, que la mañana  
 Sorprende centellantes,  
 Cubren con velo de violeta y grana  
 Sus tímidos semblantes.

La noche vé desde el opuesto monte  
 Subir el sol al cielo,  
 Arrollando en el pálido horizonte  
 Sus túnicas de duelo.

Cárdeno Sirio sobre nube vaga,  
 Floresta de aletés,  
 Brilla, como en la frente de una maga,  
 Corona de rubíes.

Vibrante el rayo del fanal secundo  
 Que en el Oriente oscila,  
 Va con su luz á herir de un moribundo  
 La lánguida pupila.

¡Naturaleza! al despedir ingrata  
 La humana criatura,  
 Mas dulce encanto tu mirar retrata,  
 Mas gozo tu hermosura.

Cual mujer que los sueños bonancibles  
 Disipa de su amante,  
 Ostenta risa en labios apacibles,  
 Y calma en el semblante.

Pero en vano resuena en tu palacio  
 Tu cántico sonoro;  
 En vano el sol despide en el espacio  
 Sus círculos de oro.

El hombre moribundo no te atiende,  
 Dulcísima sirena!  
 Su alma sobre otros globos ya se estiende,  
 De paz divina llena.

Muere: su grande espíritu en el suelo  
 Sacude sus despojos,  
 Y el mundo vil, en su elevado vuelo,  
 Se pierde ante sus ojos:

Como su nido al águila aparece  
 Cuando entre nubes nada,  
 Cuando del sol entre los rayos mece  
 Su pluma fatigada.

¡Ay! si contemplo tu semblante yerto,  
 Y los tristes blandones  
 Iluminan con brillo mustio, incierto,  
 Tus pálidas facciones;

¡Cuántas visiones tremebundas miro  
 En silencio espantoso!  
 ¡Interrumpa una lágrima, un suspiro  
 Tu aterrador reposo!

Un rayo brote de divino fuego  
 De la órbita sombría!  
 Pero ¿qué pide á la materia el ruego,  
 Si está sola, vacía?

Rompió su mente de la tierra impura  
 Los ponderosos lazos;  
 Ya apurado, su caliz de amargura  
 Cayó roto en pedazos.

Padezca el cuerpo en dolorosa calma,  
 Si un cuerpo amigo espira;  
 Pero alégrese el alma, si otra alma  
 Ya en libertad respira.

## II.

¡Oh tú, que agora solitaria y triste,  
 Te inclinas al embate de la suerte,  
 Como la yedra si en la tierra inerte  
 Cayó el tronco del olmo protector!  
 Tú, cuyo acento en fúnebres sollozos,  
 Al firmamento, tímido, se exala,  
 Mientras la ardiente lágrima resbala  
 Por tu semblante que enlutó el dolor;

Gime, ¡infeliz! tu súplica egoísta  
 Do quier en vano con dolor retumba;  
 Duerme tu padre el sueño de la tumba;  
 Vive otra vida de ventura ya.  
 Tu voz, que arrastra el viento en su carrera,  
 No conmueve la bóveda ondéante,  
 Donde puso en columnas de diamante,  
 Su trono, entre relámpagos, Jehová.

Mira del árbol arrancar las hojas  
 El viento del otoño seco y frío,  
 Y arrebatargas con rabioso brío,  
 Y revolcarlas, rechinando, aquí.  
 Vendrá la primavera; su guirnalda  
 La rama cubrirá, desnuda ahora,  
 Con hojas y con flores; mas tú llora,  
 Porque no hay primavera para tí.

«Sube!» gritóle Dios: «triste es el mundo;  
 »Purísima mi bóveda y serena;  
 »Sube, que entre tus labios solo arena  
 »Los frutos de la tierra dejarán.»  
 Obedeció; ¡no llores! en el cielo,  
 Como nubes de mística pureza,  
 Las palmas que coronan su cabeza  
 Ante tus bellos ojos brillarán.

Ahora empieza otra vida; ya su planta  
 No estampa en polvo sus mezquinas huellas;  
 En sus ojos la luz de mil estrellas  
 Refleja su suavísimo esplendor,  
 ¡Y cuando el ángel de la fé su alma  
 Lleva en sus alas de esmeralda y oro,  
 Interrumpen el cántico sonoro  
 Tus gemidos, tu llanto, tu dolor!

El te aguarda en el coro de querubés  
 Que entre abrojos la vida atravesaron;  
 Que en los lazos del mundo se agitaron,  
 Como el delfín en la flotante red.  
 Y cuando cubra con amarga espuma  
 La hiel el borde de tu caliz frío,  
 Te lanzará dulcísimo rocío,  
 Para apagar tu devorante sed.

¡Llora! que pronto de tu ardiente pecho  
 Se calmarán los rápidos vaivenes,  
 Y la negra corona de tus sienés  
 Sus punzantes espinas perderá.

No borraré su imagen tu memoria ;  
 Mas su recuerdo plácido , postrero ,  
 Como el rayo de tímido lucero ,  
 En tu vida infeliz reflejará.

¡ Libre está ya ! su espíritu al dejarla ,  
 Secó de su existencia la corriente ,  
 Que como el manto del Centauro ardiente ,  
 Sus desmayadas fuerzas agovió !  
 ¡ Lloro , llora , mujer ! para ti fueron  
 Sus pensamientos últimos del mundo ,  
 Y en el ruego postrer del moribundo ,  
 Tu nombre , melancólico , sonó.

Oirás siempre sus ecos ; en las auras ,  
 Del ancho bosque en los suspiros vagos ,  
 En el murmullo de los tristes lagos ,  
 Escucharás su acento paternal.  
 Y cuando el sueño de tus ojos huya ,  
 Una mirada hasta tu frente bella  
 Bajará sobre el rayo de una estrella ,  
 Para ser en el mundo tu fanal.

### III.

¡ Ay ! si al mirar los rostros que me cercan ,  
 Puedo mezclar mi duelo á sus dolores ;  
 Si en medio de los fúnebres clamores  
 Puede llegar mi súplica hasta ti ;  
 Escucha mis gemidos , y tus voces ,  
 Desde las altas bóvedas del cielo ,  
 Suenen , como un anuncio de consuelo ,  
 Derramando la calma sobre mí.

¡ Oh ! si es verdad , si el justo que en la vida  
 Se resignó , cual Job , á horrenda suerte ,  
 Por medio de las sombras de la muerte  
 Va otro globo magnífico á habitar ;

Vives tú en él, y sabes que á mis ojos  
 Está la tierra lóbrega y vacía,  
 Y que, aspirando al cielo, el alma mía  
 Quisiera el mundo del dolor dejar.

Cansado estoy de combatir; las dudas  
 Contra mi mente su furor redoblan,  
 Y ya mis hombros débiles se doblan  
 Bajo el peso incesante de la cruz.  
 ¿Desde tu altura inmensa una esperanza  
 No puedes dar al ánima afligida?  
 Caiga en el yermo de mi oscura vida  
 Un rayo solo de brillante luz!

La muerte invoco, y si la muerte viene,  
 Pido otra vez al cielo la existencia;  
 ¡Si descendiese celestial creencia  
 Sobre mis años, plácida, á brillar!  
 ¡Dulce ilusion! mi corazón un templo  
 En soledad tranquila te labrara,  
 Y el mundo con su aliento no llegara  
 Su destello purísimo á empañar.

No me quejo de tí, ¡Dios de clemencia!  
 Me diste un corazón, me diste un alma;  
 ¿Es culpa tuya si á la hermosa calma  
 Mi vida las tormentas prefirió?  
 No: que un tiempo mi estrella en el espacio  
 Vertió su lumbré candorosa y pura;  
 ¡Qué tesoros inmensos de ventura  
 Mi juventud ardiente prodigó!

Nunca entendí del mundo los placeres,  
 Ni él comprende mi bárbaro martirio;  
 Jamas irá gimiendo mi delirio  
 Su vergonzoso júbilo á turbar.  
 Yo viviré su despreciable vida,  
 Sin enredarme en su angustioso lazo,  
 Hasta que venga de la muerte el brazo  
 El velo que me cerca á desgarrar.

## IV.

¡Dios de bondad, á quien el mundo adora!  
 Tú, que en tu trono celestial, sereno,  
 Brillas tan grande al resplandor del trueno,  
 Como á los rayos de la blanca aurora:

El huérfano infeliz su suerte llora,  
 De fé y de amor el pensamiento lleno,  
 Y la oracion del destrozado seno  
 Al labio sale que doliente implora.

Tú, cuya mano justa en su grandeza,  
 Siembra el dolor, y siembra la alegría,  
 Compadece su fúnebre tristeza;

Para calmar ¡oh Dios! su pena impía,  
 O derrama consuelo en su cabeza,  
 O vuelve al que murió la luz del día!

SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO.

# INDICE

DE LOS

## ARTICULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

	<u>Pág.</u>
ESPAÑA DESDE 1834.—Artículo I.— <i>Consideraciones generales.</i> —POR DON JUAN DONOSO CORTÉS. . . . .	3
CORTES DE CASTILLA. —POR DON JOSÉ MORALES SANTISTEBÁN. . . . .	20
LITERATURA.—POR DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO. . . . .	41
DEL RÉGIMEN MUNICIPAL EN ESPAÑA. —POR DON ALBERTO LISTA. . . . .	56
REFLEXIONES <i>sobre la ley electoral de 1837: vicios é inconvenientes de la eleccion complexa.</i> —POR EL MARQUÉS DE VALGORNERA. . . . .	76
IMITACIÓN DE LOS SALMOS. —Poesía. —POR DON VENTURA DE LA VEGA. . . . .	93
ADMINISTRACION.— <i>De los tribunales contencioso-administrativos.</i> —POR D. ANTONIO GIL DE ZARATE. . . . .	97
AMÉRICA.—POR D. ANTONIO BENAVIDES. . . . .	111
DE LA CERTIDUMBRE HISTÓRICA.—POR D. JOSÉ MUSSO Y VALIENTE. . . . .	131
ESPAÑA DESDE 1834.—Artículo II.— <i>De la monarquía absoluta considerada en su origen.</i> —POR DON JUAN DONOSO CORTÉS. . . . .	155
CRISIS POLÍTICA DE ESPAÑA EN EL SIGLO XVI.—POR D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA. . . . .	182

A NAPOLEON BONAPARTE.— <i>Oda.</i> —Por D. Santos Lopez Pelegrin. . . . .	191
FANTASIA DE UN CENTINELA LA VÍSPERA DE SU PRIMER COMBATE.—Por D. F. Vera. . . . .	195
CARACTER DISTINTIVO DE LA SOCIEDAD ANTIGUA Y MODERNA, — Por D. José Morales Santisteban. . . . .	201
ESTADO POLITICO Y COMERCIAL DE LA REPUBLICA PERUANA.—Por D. Jacinto de Salas y Quiroga . . . . .	220
MAXIMILIANO ROBESPIERRE. — Por Don Antonio Alcalá Galiano. . . . .	228
DE LA MODERNA ESCUELA SEVILLANA DE LITERATURA.—Por D. Alberto Lista. . . . .	251
DIOS. <i>Poesía.</i> —Por D. Salvador Bermudez de Castro. . . . .	277
PREOCUPACIONES. — Por D. Miguel Puche y Bautista. . . . .	293
DE LA BENEFICENCIA PUBLICA EN LAS SOCIEDADES MODERNAS. — Por el Marqués de Valgornera. . . . .	309
LAS SILLAS DEL PRADO. ( <i>Costumbres charlatanarias.</i> )—Por el Curioso Parlante. . . . .	337
ESPAÑA CARTAGINESA Y ROMANA.—Por D. José Morales Santisteban. . . . .	349
DE LA MONARQUIA ABSOLUTA <i>desde la irrupcion de los árabes hasta la conquista de Granada por los Reyes Católicos.</i> §. I.—Por D. Juan Donoso Cortés. . . . .	373
EN LA MUERTE DE MI AMIGO D. JOSÉ MUSSO Y VALIENTE.— <i>Poesía.</i> —Por D. Salvador Bermudez de Castro. . . . .	392

## ERRATAS.

### CORTES DE CASTILLA.

PAG.	LIN.	DICE	LÉASE
24	28	favorables à avasallar	favorables, à avasallar
32	22	el año de 1226	el año de 1266
34	1	una en 1395	una en 1295.

### CARACTER DISTINTIVO

#### DE LA SOCIEDAD ANTIGUA Y MODERNA.

PAG.	LIN.	DICE	LÉASE
210	24	comprendian	compendian
212	17	fuera de razon	fuera de sazon
217	2	se rehusó à	rehusó
217	34	serà el colmo	seria el colmo
218	36	la fuerza dominante	la faccion dominante.







